

MATEO MARTINIC B.

*Mujeres
magallánicas*



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE MAGALLANES



Mateo Martinic Beros nació en Punta Arenas, Magallanes, en 1931.

Abogado e historiador, integra el cuerpo académico de la Universidad de Magallanes, donde ostenta la jerarquía de Profesor Titular, y dirige el Centro de Estudios del Hombre Austral, del Instituto de la Patagonia.

Su actividad como investigador e historiógrafo le ha merecido la membresía de la Academia Chilena de la Historia del Instituto de Chile y de otras entidades del género chilenas y extranjeras. En el año 2000 ganó el Premio Nacional de Historia y la Universidad de Magallanes le otorgó el grado de Doctor Honoris Causa.

Su fecunda producción historiográfica supera los cuatro centenares de títulos, de ellos una treintena de libros, de los que pueden citarse

PUNTA ARENAS EN SU PRIMER MEDIO SIGLO, 1848-1898 (1988),

HISTORIA DE LA REGIÓN MAGALLÁNICA (1992),

LOS AÓNIKENK HISTORIA Y CULTURA (1995), *CARTOGRAFÍA MAGALLÁNICA 1523-1945* (1999),

MENÉNDEZ Y BRAUN PROHOMBRES PATAGÓNICOS (2001)



MUJERES MAGALLÁNICAS

© Mateo Martinic Beros

Registro Propiedad Intelectual N° 129.281
I.S.B.N. 956-7189-17-X

Diseño cubiertas: Pamela Ojeda y el Autor

Impreso en Chile
"La Prensa Austral", Punta Arenas, Magallanes
2003

Derechos reservados para todos los países de habla hispana.
Ninguna parte de esta obra, incluidos los diseños de cubiertas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin el permiso previo escrito del autor.

MATEO MARTINIC B.

*Mujeres
magallánicas*

Ediciones de la Universidad de Magallanes
Punta Arenas
2003

Dedicatoria

*A las mujeres de todos los tiempos que habitaron alguna vez
el territorio austral:*

*A las que remaron afanosas buscando rumbos conocidos o
ignotos y a las que cargaron a cuestas la escasa impedimenta
doméstica en incansables vagabundeos.*

A las que gestaron y parieron con dolor para poblar la tierra.

*A las que en su cotidiana labor sólo supieron de cocinar,
zurcir y lavar... que ya fue suficiente.*

A las que dieron amor, comprensión, aliento y consuelo.

A las que crearon con sus mentes y sus manos.

A las que con abnegación o ciencia supieron aliviar los dolores.

*A las que calladamente soportaron improperios o golpes
del hombre abusador y brutal.*

*A las que sobrellevaron por años la cruz de sus penas
y sus angustias.*

A las que tan sólo dieron efímera compañía y pasajero goce...

A las que sólo soñaron...

*A las que nacieron y vivieron en la tierra austral y a las que por
ella pasaron y dejaron algo de sí.*

*A las que tuvieron y tienen rostros y nombres conocidos;
y a las que fueron una figura nebulosa, una sombra fugaz
o una leve traza en el suelo.*

*A todas, en fin, porque, como se quiera, el acontecer vital en el
tiempo histórico -sin ellas- no habría sido como fue.*

Contenido

Presentación	9
Mujeres del tiempo pretérito y del mundo aborígen	13
Mujeres en la tragedia colonizadora hispánica	20
Mujeres en el asentamiento chileno inicial y en la colonización pionera	26
Las que vinieron... y se fueron	26
Las que llegaron para quedarse	37
La vida cotidiana de la mujer común en el Magallanes de otrora	44
La vida alegre en el tiempo de la colonización pionera	52
Mujeres notables de antaño y ogaño	56
Dos mujeres de excepción	56
Maestras y educadoras	75
Misioneras	81
Samaritanas	88
Gestoras económicas: artesanas, empresarias, trabajadoras independientes	99
Trabajadoras dependientes (servidoras personales y familiares)	108
Partícipes societarias y activistas sociales	112
Artistas y escritoras	114
Científicas	116
Viajeras que dejaron memoria de su paso	125
Colofón	136
Índice onomástico	139

Presentación

Que la Historia, como exposición comprensiva del acontecer del ser humano sobre un territorio a lo largo del tiempo, con toda su compleja carga de motivaciones y acciones, ha recogido el protagonismo determinante de los varones, es algo que por obvio resulta indiscutible. Como lo es, también, el hecho de que varones han sido quienes han llevado la cuenta de lo acontecido y de alguna forma lo han conservado para la posteridad, bien por la tradición oral, bien mediante la escritura.

Pero no es menos cierto que, y no obstante tal protagonismo, aquéllos no estuvieron ni actuaron, como no están ni actúan, sin el concurso fundamental de las mujeres. Por tanto, teniendo esto por igualmente indiscutible, resulta curioso, por calificarlo de algún modo, cómo ese registro parece haber tomado en cuenta, más que eso, valorizado mejor la intervención masculina que la femenina, con el resultado de la noción común de una presencia histórica abrumadora de los varones.

Ha sido así, no tanto porque pareciera ser que la tendencia natural de la especie humana apunta a privilegiar la conducta del macho por sobre la de la hembra, que algo de ello hay, sino, porque por razones culturales que se remontan a milenios y milenios, se ha tendido a ver y dar más relevancia al ser y actuar del varón que al propio de la mujer. Guste o no, así fue y, en alguna medida lo es todavía en el presente entre ciertos pueblos que nuestra cultura occidental mira como atrasados o regresivos; y así, entonces, la Historia como registro ha recogido el protagonismo masculino.

También ha sido así en la historia del meridión americano, desde el comienzo del poblamiento humano hasta hace muy poco, pues los tiempos han ido cambiando -y significativamente- en el aspecto de que se trata. Pero no obstante, hemos querido hacer un esfuerzo -buscando una mejor relación de participación- para recoger y dar un adecuado relieve a los hechos de las mujeres, en un anhelo justiciero que siendo de recordación lo sea en cierto modo también de reparación por la reiterada omisión que ha solido hacerse y aún se hace por cuantos se ocupan de los hechos del pasado.

Tal ha sido y es la razón motivadora de este ensayo histórico: poner de relieve, siquiera en general, los hechos de las mujeres que han habitado en, o pasado por, el territorio magallánico desde el pretérito hasta nuestros días.

En realidad de verdad, ello no es el fruto de la preocupación investigadora e historiográfica que me caracteriza, sino que es la consecuencia de una sugerencia o, si se prefiere, de una invitación que me hiciera una amiga muy estimada en una circunstancia por demás especial.

Sucedió hace un par de años. Exactamente el 31 de agosto de 2000, fecha importante para mí, pues ese día se conoció el otorgamiento del Premio Nacional de Historia. Al anoecer, entre tantos que se acercaron hasta nuestro hogar para congratularnos a mí y a mi esposa, estuvieron Adriana Römer de Sougarret y León, su esposo. Fue allí que en algún momento en medio de la conversación y ante otras personas presentes, Adriana me dijo, "Mateo, ¿y cuándo vas a escribir la historia de las mujeres de Magallanes?". Sorprendido, en verdad, atiné a decir lo obvio, que no lo había pensado, pero que quizá más adelante podría intentarlo.

La pregunta-invitación comenzó desde entonces a rondar

por mi mente y así fue como un día me prometí que lo haría, y en un momento de inspiración pergeñé sobre el primer papel que encontré a mano la dedicatoria que precede al contenido de este libro. Luego, lo dejé estar y en plan de mi ordenamiento intelectual decidí incluir el trabajo en mi programa de tareas futuras, después de abordar otros temas pendientes.

De esa manera puse manos a la obra y así ha llegado el tiempo de escribir esta necesaria presentación explicativa.

El trabajo ha sido concluido. Espero que el mismo haya resultado satisfactorio, tanto como lo han sido mis entregas precedentes. En síntesis, se ofrece una visión a vuelo de pájaro sobre el tiempo largo del acontecer humano en el territorio meridional americano, teniendo como referente a la mujer en general, sobre la base de los escasos datos explícitos que contiene el saber acumulado y más de las inferencias que pueden extraerse de la información implícita. Eso, de una parte, y de otra, una referencia particularizada a las mujeres notables de antaño y ogaño, a manera de expresión paradigmática del protagonismo femenino histórico en las tierras del sur.

Es, lo reitero, un acto de reconocimiento justiciero, que bien se lo merecen las mujeres magallánicas, porque ellas han sido también dignas protagonistas de nuestra Historia.

El Autor

Mujeres del tiempo pretérito y del mundo aborígen

La pequeña fogata apenas alumbra los rostros de los que la circundan, cuyas sombras no obstante se proyectan agigantadas contra los muros y el techo de la caverna o abrigo rocoso que los cobija. El centro de atención del grupo está puesto en una mujer semi envuelta en pieles que con el brazo izquierdo sostiene un crío que mama de su seno, mientras que con la derecha da vueltas sobre el fuego a una rama en la que están ensartados unos trozos de carne esperando su cocción... La escena, no obstante que imaginada corresponde a la que pudo darse muchísimas veces desde el principio del establecimiento de los humanos hasta comienzos del siglo XX, a lo largo y ancho de la Magallania. En ella han debido confluír sensaciones y sentimientos de valor universal y permanente: el calor y la seguridad que emanan del uso del fuego, la alimentación esencial producto de la caza y el rol preponderante de la mujer en el seno íntimo del núcleo familiar, algo así como "puertas adentro" en el ordenamiento cultural de los hombres primitivos, porque "puertas afuera", el papel más significativo correspondía al varón, en su caso el más hábil, el más fuerte o el más anciano, en tanto que más sabio.

De acuerdo con las informaciones más recientes que nos entrega la Arqueología, los primeros humanos llegaron a los territorios australes de América entre 12000 y 11000 años antes del presente. Se les ha denominado genéricamente como "paleoindios". Respecto de su aspecto físico es casi nada lo que se conoce, debido al hecho de haberse encontrado poquísimos

restos esqueléticos de un tiempo tan antiguo¹. Sin embargo, no es aventurado conjeturar que su apariencia era muy parecida a la de los indígenas históricos. Su forma de vida era nómada y estaba determinada por las necesidades de la caza y la recolección -las dos actividades vitales y económicas esenciales-, que les proporcionaban los recursos alimentarios y utilitarios indispensables para su existencia. Por consecuencia, su patrimonio material era elemental o poco más: armas y herramientas de piedra y de hueso, con algunos componentes complementarios de madera; indumentaria simplísima hecha con cueros raspados y sobados, y algo de cestería para usos de recolección y guarda. Con ese escaso bagaje material y una indudablemente más rica disponibilidad espiritual, habían venido avanzando, generación tras generación, desde la Beringia, en lo más septentrional de América, hasta la Magallania, en el remate del meridión continental. Ello a lo largo de varias decenas de milenios.

Su posible ingreso al territorio actual de Magallanes tal vez se produjo a través de algún boquete intermontano en la sierra Baguales, para acceder así a un distrito que debió llamarles la atención por su abundancia de recursos y su grato y atractivo ambiente, como es el hoy bien conocido de Última Esperanza. Allí pasaron a convivir y utilizar los variados recursos del rico entorno, en el que marcaba presencia determinante un vasto lago proglacial, con especies animales con las que los arribados estaban harto familiarizados: grandes herbívoros (milodones, macrauchenias), herbívoros menores (caballos, camélidos), carnívoros terrestres (tigres de los dientes de sable, panteras, osos de las cavernas, zorros), rapaces y predadores aéreos, y una variada fauna menor acompañante formada por diferentes otros mamíferos y aves.

El clima, sin embargo de la abundancia y variedad vital que

¹ En el sitio de Baño Nuevo, en Ñirehuao, Región de Aysén, se han descubierto hace pocos años los restos humanos más antiguos para Patagonia, que han sido fechados en 9000 años de antigüedad aproximadamente.

pareciera sugerir lo contrario, era riguroso, con temperaturas de templado-bajas a bajas y un ambiente de mayor humedad que el que se conoce en el día, debido a la frecuencia y abundancia de precipitaciones, lo que aseguraba la vida de las plantas en sus diversas manifestaciones. La cobertura gélida que por milenios había dominado el paisaje meridional se hallaba en notoria retirada hacia el occidente y el sur, y la potencia volcánica de la franja cordillerana se hacía sentir muy de tarde en tarde como elemento acompañante del ambiente natural.

Esos humanos eran inicialmente, y lo fueron por mucho tiempo, más bien escasos que numerosos. Organizados en pequeñas bandas familiares o plurifamiliares, batían constantemente el territorio en plan de exploración, conocimiento y obtención de recursos para su vida.

En su ordenamiento ancestral la mujer era protagonista fundamental. Desde luego, era copartícipe en la generación vital, que aseguraba la continuidad de la especie y del grupo en el territorio, y, como tal, responsable insustituible de la crianza de los hijos y de su educación inicial según las normas consuetudinarias. Pero además, era la responsable del fuego hogareño y contribuía al suministro de alimentos para el grupo familiar, a través de la recolección de productos varios del ambiente tales como hongos, bayas silvestres, raíces y hojas comestibles, etc. Era, asimismo, corresponsable, sino directamente responsable por natural predisposición o habilidad propia del sexo, de la cocción o preparación de los alimentos.

Indisputablemente suyas eran las faenas, por cierto indispensables, que la hacían artífice de la utilería complementaria del bagaje material de la familia, mediante el tejido y la fabricación de cestos (que incluía las tareas previas de búsqueda, selección y preparación de las fibras vegetales), de utensilios con el empleo de la corteza de los árboles, de la preparación de los cueros para la confección de la elemental vestimenta u otro uso, de la costura y remiendo de piezas, en fin. También en la elaboración de ornamentos corporales con huesecillos de aves

y pequeños mamíferos, en la decoración facial y corporal con pinturas preparadas a base de arcillas, grasa, sangre y otros productos, para fines igualmente ornamentales o rituales, lo que, inclusive, podría llevar a pensar en la intervención femenina en el desarrollo de las pinturas parietales o rupestres que tanto intrigan a los arqueólogos.

Era, bajo otro aspecto, la que atesoraba los conocimientos acumulados de generación en generación, referidos al cuidado de la salud, a la curación de heridas y tratamiento de enfermedades, lo que le brindaba -en casos especiales- una posición relevante en el seno del grupo al que pertenecía, como chamán o curandera, presuntamente dotada de poderes preternaturales.

Pero, por si faltaba, era la paciente cargadora que echaba sobre sus hombros o espaldas el peso de buena parte del bagaje familiar y marchaba, a veces abrumada, pero sin quejarse, siguiendo a los hombres que batían el campo en vanguardia, en plan de caza.

No era poco, en verdad, cuanto cabía la mujer en esa sociedad primitiva. Es seguro que algo escapa en el recuento, pero aún así, ya es más que suficiente como para reconocerle a la mujer paleoindia un papel fundamental -verdaderamente esencial- tanto en la generación de la vida, como en la continuidad existencial y espiritual de aquellas comunidades elementales del principio del tiempo histórico. Su sola laboriosidad es justificatoria de su protagonismo determinante en la vida social. Al respecto, cabe recordar lo que varios observadores notaron entre los aónikenk del siglo XIX con ocasión de la visita a sus aduares: las féminas hacendosas hasta más no poder, en tanto que los hombres haraganeaban descansando de nada o jugaban naipes entre ellos...

Lo descrito para la mujer primigenia de Magallania bien vale, con tan sólo ligeras alteraciones por agregación de nuevas cargas -como fue el caso de la responsabilidad de remar y la de bucear en procura de mariscos y equinodermos, entre los canoeros históricos; y la de acarrear los elementos de la vivienda

portátil y su erección y desarme, entre los cazadores-recolectores terrestres-, como expresión figurativa de su importancia familiar y social, y, por lo tanto, como agente activo y pasivo, siempre relevante, de la historia humana, para los otros grupos culturalmente diferenciados que se sucedieron unos a otros a lo largo de milenios y de siglos, hasta las etnias existentes al arribo de los europeos al territorio meridional en los principios del siglo XVI.

Una suerte de excepción a esta que debería ser tomada como norma general de conducta social, se habría dado con la presunta vigencia del matriarcado -esto es, con protagonismo absoluto- entre algunos grupos étnicos antecesores de los históricos, específicamente entre los sélknam y yámana, como lo recogiera su rica tradición oral. Ello permitió, en ese caso, la elaboración de todo un complejo mítico y ritual propio de las ceremonias de iniciación masculina, que da cuenta del antiguo ordenamiento matriarcal y de su reemplazo por el ordenamiento patriarcal, al descubrirse por los varones la superchería en que el mismo había estado basado. También, y aunque insuficientemente documentado y estudiado, el mito del matriarcado habría formado parte del arcano espiritual de los kawéskar.

Sin embargo de los que nos parece un notorio merecimiento, la mujer en las culturas aborígenes se hallaba en un nivel de subordinación completa con relación a los varones, y qué decir de aquél de la o las esposas respecto del marido, de cuya voluntad absoluta y discrecional dependían.

Era tal la situación en que se encontraban las mujeres que, inclusive en tiempos históricos los hombres aónikenk -los maridos y padres- forzaron a sus mujeres -esposas e hijas- a prostituirse con los foráneos, movidos por la codicia de los bienes que éstos poseían. Esta virtualmente desconocida censurable práctica, que tanto repugna a nuestra moral civilizada, ha sido recientemente conocida gracias al hallazgo de documentación inédita correspondiente al período inicial del asentamiento

chileno en la Patagonia (1843-1848).

Está visto, así, que en las sociedades aborígenes el hombre era, literalmente, el amo y señor.

No obstante y teniendo al aserto por irredargüible, otra vez recurrimos a dos excepciones que confirma la regla. Fue el caso histórico de la famosa "India María", que integraba el grupo aónikenk que fue vista de manera recurrente por los navegantes foráneos en el paradero tradicional vecino a la bahía de San Gregorio, durante el lapso corrido entre 1825 y mediados de la década siguiente. Esta mujer, nombrada también indistintamente como "reina" o "cacica", y tenida por algunos que la trataron como indígena neta, por otros como mestiza y por unos terceros, inclusive como una mujer blanca "aindiada"², ganó notoriedad tras las recaladas que los marinos ingleses integrantes de la expedición hidrográfica dirigida por el comandante Phillip Parker King, hicieron a la bahía mencionada, ocasión en que tuvieron reiterado y amistoso trato con los aónikenk.

Pues bien, a juzgar por esos informantes, aquella mujer parecía ejercer autoridad sobre el grupo indígena, no obstante que en forma ocasional, pero, como fuera quienes la trataron la tuvieron como un personaje de cierta importancia entre los naturales³.

Excepcional fue también el caso contemporáneo de una indiecita yámana que fuera tomada como rehén, conjuntamente con otros tres aborígenes, en 1830 por orden del capitán Robert Fitz Roy, a la sazón a cargo del bergantín *Beagle*, que se hallaba en tareas de exploración hidrográfica en el distrito

² Se nombraba así a las personas civilizadas que pasaban a vivir entre los indígenas adoptando sus costumbres.

³ A propósito, y sólo como dato curioso viene al caso recordar que otra mujer aónikenk que frecuentaba un paraje situado al nordeste de Punta Arenas, aproximadamente en la bifurcación de las sendas indígenas que conducían a los paraderos de Nameraik (Dinamarquero), por el interior, y Kolkaike (San Gregorio), por la parte de la costa del estrecho de Magallanes, y en donde había un pozo o manantial, era conocida por los baqueanos y cazadores de la Colonia durante los años de 1870 con el apodo de "Reina Victoria". De allí derivó el topónimo para el lugar, *Pozo de la Reina* (kilómetro 85 ruta Ch 255), que se conserva hasta el presente. Lo consignamos porque el mismo, conjuntamente con los de "Río de las Chinas", en Última Esperanza y "China Creek" (Chorrillo de la China), en Tierra del Fuego, son los únicos topónimos conocidos en la geografía magallánica que hacen referencia a mujeres indígenas.

de los canales australes de la Tierra del Fuego. Fitz Roy había adoptado tal determinación por el robo de una ballenera de que había sido objeto por parte de algunos naturales de la zona occidental. No sabiendo qué hacer con ellos en vista de que nadie pareció reclamar su devolución, el distinguido marino optó por llevarlos consigo en el viaje de retorno de la nave a Inglaterra. Una vez allí, estos indígenas bautizados para el caso con nombres ingleses: Fuegia Basket, la niña, y Boat Memory, York Minster y Jemmy Button, los varones, ganarían fama al permanecer poco más de un año a cargo del propio Fitz Roy, lapso durante el cual aprendieron algunos rudimentos de la lengua inglesa, adquirieron algunos hábitos civilizados y nociones básicas de la doctrina cristiana. Fuegia, en especial, fue recibida con admiración y atendida con afecto por su carácter abierto y simpático y por su natural inocencia. Ella y sus compañeros fueron presentados inclusive ante los monarcas británicos, el rey Jorge IV y la reina Adelaida, que los regalaron, de manera particular a la pequeña Fuegia que estuvo muy lucida y encantadora en la ocasión.

Estos aborígenes, como se sabe, retornaron posteriormente a su territorio insular, conducidos en el mismo barco que los había recogido en la bahía de Wulaia. Allí no tardaron en volver a su vida natural anterior, olvidando todo lo aprendido. De Fuegia no volvería a saberse más, excepción hecha de su matrimonio con York Minster con el que se alejó hacia lugares distantes de aquel centro tradicional.

Por fin, para cerrar esta suerte de capítulo en que se considera la condición de las mujeres aborígenes de Magallania en tiempos pretéritos, respecto de las cuales la norma parece haber sido la opacidad o falta de relevancia de las mismas, menos todavía de alguna singularidad, en las diferentes culturas y sociedades, cabe mencionar, con todo derecho, a dos significativas exponentes contemporáneas de una etnia magallánica milenaria ya virtualmente extinguida, la yámana: las hermanas Úrsula y Cristina Calderón.

Ciertamente ambas se merecen la mención por la dignidad con que ostentan su condición de aborígenes; por la tenacidad con que se aferran a su lengua y tradiciones vernáculas, y por el loable y manifiesto afán de perpetuar entre los descendientes mestizados los valores y contenidos de la cultura ancestral. Vemos en ellas la auténtica expresión de un esfuerzo que no por tardío es menos importante y que, así pareciera ser, no es ni será infecundo⁴.

¡Bien, pues, por estas auténticas y dignas mujeres magallánicas!

Mujeres en la tragedia colonizadora hispánica

Si han de tenerse por buenos y veraces los dichos de dos españoles, unos tales Pedro de Oviedo y Antonio de Cobos, quienes hacia 1563 se presentaron ante el licenciado Julián Gutiérrez Altamirano, teniente general del Reino de Chile, afirmando ser dos de los tripulantes de una nave de la armada del obispo de Plasencia que en 1540 había naufragado en la costa norte de la primera angostura del estrecho de Magallanes, del siniestro se habrían salvado 241 personas de un total de 254 que traía a bordo la carabela, entre ellas trece mujeres casadas, con lo que éstas habrían sido las primeras europeas arribadas a la región meridional de América.

Pero, en verdad, tal afirmación se dio en el contexto de una declaración que tuvo por objeto informar a la autoridad del Reino acerca de la existencia de una población de españoles en un

⁴ Poco tiempo después de escritas estas líneas falleció Úrsula Calderón.

remoto paraje de la Patagonia austral andina, que no obstante la credulidad de muchos entonces y después, fue recibida con muchísima reserva por otros, en cuanto a su veracidad, en particular por algunas autoridades e historiadores posteriores. En esta declaración, como se sabe, estuvo uno de los orígenes del mito de la Ciudad Encantada de la Patagonia o Ciudad de los Césares. Así pudo entrar a sospecharse también acerca de la veracidad de aquel aserto en lo tocante al número, clase y sexo de los sobrevivientes del naufragio de marras. Es más, hasta ahora no se ha conseguido tener suficiente certidumbre acerca de la presencia de mujeres entre los embarcados en la nave siniestrada.

De allí que en la duda razonable, el título de primacía en la presencia femenina civilizada o europea en Magallania corresponde a las mujeres que arribaron con Pedro Sarmiento de Gamboa en 1584.

Para saber cómo y en qué circunstancias ello ocurrió, es menester un preámbulo explicativo.

Sucedió que entre fines de agosto y principios de setiembre de 1578 cruzó el estrecho de Magallanes y penetró en el océano Pacífico una escuadrilla corsaria inglesa comandada por Francis Drake, un capitán intrépido y decidido. Esta penetración y más que ella sus consecuencias en forma de ataques y pillaje sobre poblaciones y naves en las costas de Chile, Perú y otros dominios americanos españoles, llenaron de pavor a las autoridades, lo que las movió a adoptar medidas conducentes a impedir la repetición de lo acontecido y a mantener, que era lo que en verdad importaba, la exclusividad imperial de España en esta parte del mundo.

Fue así que entre fines de 1579 y principios de 1580 tuvo ocurrencia el viaje exploratorio del estrecho de Magallanes encomendado al capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, con el objetivo preciso de verificar la posibilidad de su defensa y el poblamiento de su territorio litoral. Realizado satisfactoriamente el mismo y arribado a España, Sarmiento se presentó ante el

rey Felipe II, a quien dio cuenta de lo realizado. Entonces el monarca tras conocer el parecer del Real Consejo de Indias dispuso la organización de una gran expedición que navegaría hasta el estrecho de Magallanes en procura de la fortificación y el establecimiento de poblaciones en sus costas.

Avatares, contrariedades y situaciones ingratas por demás para Pedro Sarmiento, en quien recayó la responsabilidad de la organización de la magna empresa, y que no vienen a cuento, el día 25 de setiembre de 1581 zarpaba de Sevilla con rumbo al remoto meridión americano una soberbia flota compuesta por veintitrés navíos con casi tres mil personas a bordo. Circunstancias naturales adversas castigaron a la armada, la desmantelaron parcialmente y la obligaron a tomar puerto seguro. Este fue el de Cádiz, de donde debidamente reparados los barcos y reaprovisionados, si cabía, volvió a zarpar la flota el día 9 de diciembre, pero ahora reducida a dieciséis naves.

Según la acuciosa cuenta y relación hecha después por Sarmiento a Felipe II, del total de personas embarcadas, 153 hombres, 30 mujeres y 21 niños y niñas, tenían la calidad de pobladores de las fundaciones a erigirse en el Estrecho.

Otra vez avatares y desgracias aparte -que mucho los tuvo y tendría esta desgraciada empresa-, sólo a comienzos de 1584 las naves que para entonces la componían, únicamente seis barcos, consiguieron embocar el estrecho de Magallanes y de éstas desembarcaron, siempre según Sarmiento, un total de 338 personas, de las que 13 eran mujeres adultas y algunas niñas en un conjunto de 10 muchachos.

Aunque sobre buena parte de ellas el capitán mencionado consignaría sus nombres y apellidos, lo cierto es que con tantas contrariedades como las acontecidas en los dos años y dos meses que habían transcurrido desde la partida de Cádiz se habían registrado sucesivas mudanzas de tripulaciones, por lo que es virtualmente imposible conocer a ciencia cierta cómo se llamaban las primeras mujeres europeas que pisaron el

territorio de Magallania.

Pero aunque anónimas cabe ocuparse, siquiera brevemente, de estas mujeres desventuradas, porque en verdad lo que siguió a su desembarco y hasta el momento en que nunca más se supo de ellas, fue una seguidilla de infortunios y desgracias, en cabal consonancia con una empresa que pareció ser maldita desde el principio hasta el fin.

Así, aquéllas, las adultas y las niñas, integraron el contingente poblador de la primera de las fundaciones de Pedro Sarmiento, la Ciudad del Nombre de Jesús, establecida el 11 de febrero de 1584 en la punta Dungeness. Población precaria por demás fue la misma, pues los recursos con que se contaba -alguna madera y velas extraídas de una nave varada- eran muy escasos, y los propios de la comarca, paupérrimos.

De tal manera las necesidades y privaciones fueron iniciales y sostenidas, haciéndose más serias según corrían los días, por más que Sarmiento en una de las contadas referencias a las mujeres escribiera después, cuando ya se había consumado la deserción del almirante Diego de la Ribera, que se marchó de regreso a Europa con las cuatro mejores naves y la mayor parte de los bastimentos, que con los diversos trabajos emprendidos para remediar la triste situación, *la gente mostraba contento, y las mujeres y los niños regocijo*. Con esa afirmación, el infortunado gobernador no engañaría a nadie pues creemos que ni él mismo se la creía. Pero, aun aceptando como valedera esa manifestación, poco en verdad habría de durarles a aquéllos, ya que la necesidad colectiva era tanta que a poco andar los apretarían y angustiarían las privaciones.

De ese modo se encontraron habitando la tierra aquellas mujeres que en el plan fundador tenían la misión de prolongar la vida, afirmando así la continuidad del establecimiento hispano. Pero, todo se confabularía en contra del mismo y la tragedia acerca de su destino se insinuaría a plazo cada vez más cercano, de no mediar la ayuda de la Providencia, que tanto parecía faltarle al gobernador y compañeros.

Resumiendo, el contingente poblador permaneció en Nombre de Jesús a cargo del capitán Andrés de Biedma, con instrucción de Sarmiento de que la gente procurase arreglarse con las escasas provisiones que le había dejado, más aquellos recursos que pudieran obtener de la comarca y, cuando estuvieran por agotarse los mismos, marcharan todos por la costa hacia la segunda población.

Así debieron hacerlo en efecto, hacia fines de diciembre de 1584, reducido el contingente a no más de un centenar de almas, pues con anterioridad habían salido con igual destino dos grupos de soldados. Esa marcha de pobladores, mujeres y niños incluidos fue en la realidad un suceso extremo penoso. Recorrer los 350 kilómetros que mediaban entre las dos fundaciones, mal vestidos, hambreados, muchos posiblemente enfermos, debilitados o impedidos, soportando el rigor del cambiante clima austral y quizá el hostigamiento de los indígenas, fue una prueba durísima, tanto que sólo alrededor de unas 60 personas llegaron con vida a Rey Don Felipe. El resto, entre los cuales debió contarse más de alguna mujer, pereció durante la larga caminata forzada.

Allí, bien se sabe, los arribados y los habitantes originales, acrecidos con los que habían ido llegando, se juntaron para seguir padeciendo juntos ¡y de qué manera! En síntesis, pues el propósito no es el de hacer una relación pormenorizada de las penurias de estos desgraciados, al entrar la primavera de 1586, o sea, casi dos años después solamente quedaban unas pocas decenas de individuos afligidos hasta lo máximo: atrás habían quedado dos inútiles intentos por salir del fatídico lugar por la vía marítima, con su secuela de bajas, amén de aquellas producidas por querellas intestinas, enfermedades, accidentes o por razón de la justicia.

Abandonada la Ciudad del Rey Don Felipe, los sobrevivientes tornaron a marchar por última vez, desperdigados por la costa del estrecho de Magallanes, hacia el oriente desde donde se suponía que debía llegarles la posibilidad de auxilio, que cada vez

se entendía más distante. Así fue como hacia febrero de 1587 se encontraban en algún lugar de la playa de la bahía Muniçión, más allá de la Primera Angostura, un grupo compuesto por una veintena de personas, pues los datos no son precisos, entre las que sí se sabe había solamente tres mujeres. Las referencias particulares a las mismas son muy escasas y sólo puede agregarse que en el curso de las marchas y contramarchas dos de ellas habían caído en manos de los aónikenk, quienes mataron a una y retuvieron a la otra, a la que al cabo de un tiempo dejaron ir. Quizá esta infeliz fuera una de las tres sobrevivientes de que se da cuenta.

La historia final es conocida: un día de ese mes de febrero, los españoles vieron unas velas que resultaron ser navíos ingleses al mando del corsario Thomas Cavendish, con cuya gente algunos consiguieron entrar en relación, tras lo cual sólo uno de ellos, Tomé Hernández, tuvo agallas para embarcarse e irse con los extranjeros a los que tenían por herejes y enemigos. Por él la posteridad sabría del tristísimo acontecer de los hombres y mujeres que habían quedado en el estrecho de Magallanes al tiempo de la forzada salida de Sarmiento en mayo de 1584.

De los 17 ó 20 que quedaron, contadas las tres últimas sufridas mujeres, todos acabaron muriendo, sepa Dios por qué causa física, pues de ánimo aquellos desgraciados ya llevaban largo tiempo muertos. Tres años después, en 1590, otro corsario inglés, Andrew Merrick, recogió al último sobreviviente que restaba, del que sólo se sabe que se llamaba Hernando.

Las rélatadas fueron las tristísimas circunstancias en que se dio la primera y efímera presencia de mujeres no indígenas en Magallania. Esas pobres españolas, adultas y niñas, debieron padecer tanto o más que los hombres, por razón de su sexo, en un intento infortunado como pocos de cuantos hubo de emprender en América el Imperio Español en el cenit de su poderío. Bien está, entonces, que se las recuerde en las placas conmemorativas del cuarto centenario de tan aciago acontecimiento, que fueran colocadas en sendos monumentos

en febrero de 1984, en la punta Dungeness, y en marzo del mismo año en el sitio donde se descubrieran años antes las ruinas de la Ciudad del Rey Don Felipe.

Mujeres en el asentamiento chileno inicial y en la colonización pionera

Las que vinieron... y se fueron

El 21 de setiembre de 1843 fondeaba en la bahía de San Juan de la Posesión, en proximidad de la punta de Santa Ana que queda hacia el norte, la goleta nacional *Ancud*. Culminaba así con felicidad el primer viaje de una nave de bandera chilena que arribaba al territorio procediendo desde el norte y, al propio tiempo, la fase inicial de la modesta expedición con la que el gobierno de la República de Chile, invocando los títulos que databan de tres siglos, había determinado hacer efectiva su jurisdicción sobre el estrecho de Magallanes y sus territorios, o sea, la Patagonia y la Tierra del Fuego.

En la pequeña *Ancud* habían viajado veintitrés personas, entre oficiales, marineros, soldados y supernumerarios. Entre estos últimos figuraban Ignacia Leiva y Venancia Elgueta, esposas de dos de los artilleros que habrían de integrar la guardia fundacional de soberanía chilena en las tierras australes. En un gesto que las honra, ambas habían decidido acompañar a sus maridos durante aquella permanencia necesaria y al obrar así pasaron a ser, para la Historia, las primeras mujeres civilizadas que entraron a habitar en la Magallania.

De ese modo, cuando a contar del 30 de octubre de ese año el capitán Juan Williams inauguró el modesto fortín que en su materialidad expresaba, junto con la bandera, a los ojos de propios y extraños la chilenidad del territorio, y puso en funciones a la guardia de soberanía, aquellas dos mujeres pasaron a ser con entera propiedad las primeras pobladoras.

Féminas con agallas debieron ser ambas, no sólo por su decisión de acompañar a sus esposos, sino por aceptar compartir con ellos y los demás integrantes del destacamento inicial la incomodidad connatural a un recinto estrecho, insuficientemente abrigado y de rústica factura, amén de una alimentación magra, pues la ordenanza no consultaba ración para ellas. ¡Valientes de verdad estas Ignacia y Venancia, que así honraban su reciedumbre chilota!

Su permanencia debió extenderse por varios meses, hasta tanto sus esposos fueron relevados, y nada en particular se ha conservado sobre su vida en el establecimiento, aunque no cuesta imaginar cuál pudo ser su rutina cotidiana. La misma debió ser la propia del sexo: cocinar para ellas, sus esposos y para el resto del grupo; lavar y componer la ropa, y atender algún otro quehacer manual que por cierto hubo de requerirse. Pero, tal vez, asumiendo tal responsabilidad y compartiendo privaciones y molestias, su vida en común pudo ser llevadera.

Tiempo después, en sucesivos viajes de las naves *Voladora*, *Ballena* y *Magallanes*, que tuvieron a su cargo la comunicación de la nueva colonia chilena de Fuerte Bulnes con el puerto madre de San Carlos de Ancud, en Chiloé, de cuya autoridad superior aquélla pasó a depender en un principio, arribaron nuevos contingentes de soldados y algunos artesanos, que incluyeron más mujeres casadas. Estas debieron conformar una minoría en los primeros tiempos, pues en la población colonial abundaban los solteros y los casados que habían dejado en Ancud a sus familias.

Las vidas de las mismas debieron desenvolverse entre sus

ocupaciones naturales, los inevitables chismes, una que otra disputa propias de situaciones de difícil convivencia a las que condujeron el forzado hacinamiento producto de la falta de habitaciones, la estrechez del espacio a compartir aun fuera de las mismas, la falta de suficiente privacidad, en fin. En medio de tanto apremio, qué bien hubo de recibirse la disposición del gobernador Justo de la Rivera de extender el derecho de ración a las mujeres, del que hasta fines de 1844 estaban injustamente privadas.

Fue en ese período inicial del asentamiento nacional en que tuvo ocurrencia un lamentable hecho luctuoso del que habría de ser víctima una mujer del pueblo, que por dicho carácter así como por la honda impresión que hubo de causar en la pequeña comunidad fue recogido por la crónica gubernativa.

Sucedió a fines de julio de 1844. Protagonistas del hecho fueron el herrero Juan Antonio Cuiña y su esposa Juana Llancalahuén; aquél, un individuo rudo y violento, vengativo y de mala entraña, y ésta, insolente y suelta de lengua, que como pareja *vivían en perpetua guerra*, que solía acabar a golpes, según relataría el gobernador Justo de la Rivera en informe al intendente de Chiloé. El hecho se originó al desobedecer el herrero la orden que le había dado el mandatario de ejecutar algunos trabajos propios de su oficio, razón por la que se le había puesto en prisión, circunstancia que a su vez motivó la airada reacción de la cónyuge. Como esa era una situación repetida, el gobernador quiso *hacer un ejemplar que contuviese a las mujeres dentro del círculo de respeto que se debe a la autoridad, y evitar también en lo sucesivo tener que corregir con mayor severidad delitos como el de Cuiña*⁵ y por tanto, dispuso el alejamiento temporal de la pareja, enviándolos a un paraje de la costa del cercano río Sedger o San Juan, para que allí mortificados por la ausencia de todo contacto humano y en el rigor de la naturaleza invernal recapacitaran sobre

⁵ Oficio de 16 de agosto de 1844. En *Diario de Guerra de Fuerte Bulnes* (Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1999), pág. 42.

sus hechos y dichos, y retornaran obedientes y mansos. Para ello se les proveyó de algunos víveres para el tiempo en que permanecieran en castigo.

Sin embargo, el día siguiente, 30 de agosto, Rivera, recordando que el herrero había amenazado con matar a su mujer, temió que en la circunstancia pudiera acontecer algún hecho que lamentar, envió por la pareja para regresarla al fuerte. Una vez en el lugar en que habían quedado, se les buscó sin encontrarlos, lo que tampoco se consiguió el día subsiguiente no obstante haberse batido los alrededores. Alarmado, el gobernador dispuso una nueva búsqueda que otra vez resultó infructuosa. Temiendo alguna desgracia, por cuarto día consecutivo se ordenó la rebusca, ahora con mayor diligencia, lo que permitió el hallazgo del cadáver de la mujer, en la vecindad de la ramada que habían construido para cobijarse. La infeliz había sido asesinada a golpes, según parecía, por su réprobo cónyuge, a quien el gobernador no dudó en comparar con el semi monstruo descrito por el célebre escritor Víctor Hugo en su novela *Hans de Islandia*. Del hechor no había rastro y nunca más volvió a saberse de él, sospechándose que se había marchado a los aduares indígenas como alguna vez había dado a entender que lo haría.

Triste episodio en verdad este que puso en la crónica histórica a una desgraciada mujer.

Cuando por disposición gubernativa superior la Colonia de Magallanes fue destinada a servir de sitio de confinamiento y castigo -censurable medida que tantos males habría de acarrear en el futuro-, pasó a ser común que algunos de los presos llegados a Fuerte Bulnes lo hicieran acompañados de sus mujeres e hijos. Ello, que bien considerado era una facilidad que ayudaba a sobrellevar las penurias propias de la condición que tenían, también debió servir de motivo para nuevos y ocasionales roces, configurándose otras situaciones de áspera convivencia. No fueron fáciles, ciertamente, esos primeros años del poblamiento inicial de Magallanes, mal llamado colonizador.

No lo fueron porque salvo excepciones rarísimas, a este territorio se venía por destinación, bien se fuera autoridad, funcionario, soldado o preso; la voluntariedad -requisito esencial para una comunidad colonizadora-, sólo se daba en las mujeres que habían optado por acompañar a sus esposos y párese allí. No había por entonces, ni lo habría por un buen tiempo, un ánimo real de radicación. Para que tal sucediera debían modificarse las normas que facilitaran la permanencia y mejorarse las condiciones de vida y convivencia.

Eso fue lo que advirtió no bien puso pie en tierra el gobernador José de los Santos Mardones, al arribar para asumir funciones en abril de 1847. De allí su franca exposición al Supremo Gobierno acerca del estado en que encontró la colonia y respecto del porvenir que esperaba a la misma de seguir las cosas como estaban, lo que inclusive le llevó a cuestionar la permanencia del establecimiento en la punta de Santa Ana, lugar bajo todo punto de vista inconveniente. De ahí pues y en tanto procuró morigerar las condiciones asaz precarias en que vivía la comunidad pobladora, que se agravaría antes de un año desde su llegada con un incendio que destruyó buena parte de las edificaciones, puso virtualmente todo su empeño en gestionar y planear el traslado del establecimiento nacional a un paraje más conveniente y propicio para su desarrollo.

Entre tanto, vale mencionar como uno de los escasos hechos referidos a las mujeres que conserva la escueta documentación oficial del tiempo, lo acontecido con ocasión de la celebración de las fiestas patrias en 1847. En el programa respectivo figuró la interpretación de la canción nacional el día 18, que se realizó tras la salva de ordenanza *al pie del pabellón en la batería del sur por la señorita Emilia Gacitúa de Molina, los SS oficiales Escalas Don Manuel y Don Erasmo y los facultativos Don José María Betelu y Don Roberto Blakley con una música improvisada en pocos días*⁶.

⁶ Oficio 63 de 12 de noviembre de 1847 al Ministro de Guerra. En *Diario* citado.

Para entender esta curiosa última parte de la información es menester tener en cuenta que el himno nacional se cantaba raramente y para remate había sido modificado hacía muy poco en lo tocante a su letra, ahora compuesta por el poeta Eusebio Lillo, pero, así creemos, conservándose la música del himno antiguo escrita por el español Ramón Carnicer. Como fuera, al no tenerse la melodía en la memoria, era forzoso recurrir a la partitura y si esta no estaba disponible... había que improvisar, que fue lo que se hizo entonces. ¿Cómo habrá sido la melodía correspondiente? Habrá que convenir en que la señorita Gacitúa de Molina debía ser dueña de una buena voz y que a la misma, por tanto, y por obra de las circunstancias, le cabe la primacía histórica de la interpretación de un himno nacional *sui generis* en aquel memorable 18 de setiembre de 1847.

Digresión aparte, y entre tanto ya se iniciaban en la punta Arenosa los trabajos que permitirían el traslado del establecimiento nacional desde la punta de Santa Ana, para setiembre de 1848 se dispone de un dato que da cuenta del número de mujeres civilizadas que a la sazón habitaba en Magallanes: 74 adultas, todas casadas (esposas de empleados, soldados y presos), que en conjunto tenían 75 hijos, parte de los cuales eran niñas, con lo que se tiene que un tercio o poco más de la población total era de sexo femenino. *Este crecido número de mujeres*, comentó el gobernador Mardones, *no trae más que lo encapillado, razón por la cual hay que surtirlas al menos de una olla para que cocinen para sus maridos y sus hijos...?*⁷, en una indisimulada aceptación de la escasez de recursos de toda especie que caracterizaba a la impropriadamente llamada “colonia”.

Al promediar diciembre de ese año, según lo hemos dado a conocer en obras precedentes, el nuevo asentamiento de Punta de Arena se hallaba en estado de ser habitado, situación que se fue dando de hecho con la incorporación progresiva de gente que había marchado hacia allí por tierra y por mar,

⁷ Oficio 115 de 12 de setiembre de 1848, de Mardones al Intendente de Valparaíso. *Diario de Guerra...*, citado, pág. 289.

lo que por cierto incluía familias, y que cobró otro cariz de importancia una vez que el gobernador José de los Santos Mardones hizo del poblado la sede de su autoridad (18 de diciembre de 1848).

Allí, debe destacarse, de partida las condiciones de vida fueron sustancialmente mejores, no sólo por las propias y superiores condiciones climáticas y ambientales del lugar, y consecuentemente por la mayor salubridad, sino por la mayor disponibilidad de espacio para edificar y moverse, por la calidad de las viviendas, no obstante que muchas eran inicialmente precarias, con lo que, de cualquier modo, se puso fin al hacinamiento y a la promiscuidad en que, a lo menos la gente común, había vivido en Fuerte Bulnes; por la abundancia de recursos naturales (agua, madera, caza, pesca, pastos) y de buena tierra para sembrar, en fin. Así la vida colonial cobró un nuevo y más favorable sesgo en el que, importa destacarlo, las mujeres y los niños debieron ser los mayores beneficiarios. En Punta de Arena, luego Punta Arenas, todo fue, definitivamente, diferente y para mejor.

Así cobró forma y proporciones el nuevo establecimiento chileno de la Patagonia, que para noviembre de 1851 tenía una población de 436 personas, de las que 93 eran mujeres adultas y 43 niñas.

En la noche del 21 de ese mes se inició el amotinamiento que involucró a una parte de los soldados de la pequeña guarnición y de los confinados, encabezado por un oficial de la peor catadura moral como era el teniente Miguel José Cambiazo. Su tristísimo acontecer, que no es materia de esta obra, condujo en pocas semanas a la ruina parcial y al abandono del poblado de Punta Arenas, con una secuela de crímenes, atropellos y desmesuras en contra de la gente de bien -la gran mayoría-, con víctimas, y daños y perjuicios de toda especie.

Al fin y tras la captura de Cambiazo y sus principales secuaces, su enjuiciamiento, condena y ejecución, pudo iniciarse el repoblamiento y la reconstrucción de Punta Arenas. Ello

comenzó en agosto de 1852 bajo la conducción del nuevo gobernador Bernardo Philippi. Este hecho auspicioso fue seguido por otros avatares que no vienen a cuento y recién a principios de 1853, la vida "colonial" comenzó a recobrar la normalidad de otrora.

Pero ni aún así se tuvo el anhelado adelanto que se deseaba para el establecimiento. Contra toda lógica y olvidándose la dolorosa experiencia reciente en la que mucha gente réproba o en cuentas con la justicia fuera protagonista, se reinició la censurable práctica de hacer del mismo un lugar de relegación y castigo para delincuentes, en vez de un núcleo dinámico de laborioso desenvolvimiento colonizador. De esa manera, por espacio de los siguientes tres lustros, Punta Arenas fue en el hecho un establecimiento penal-militar en el que todos cuantos vivían allí lo hacían de manera virtualmente obligada, bien por la condición de empleados del Estado (el gobernador y sus inmediatos colaboradores, algunos contados artesanos bajo contrato y la tropa militar), bien por el carácter forzado de su permanencia, como era el caso de los penados ("confinados" o destinados"), y los familiares (esposas e hijos) que podían acompañar a todos cuantos entre ellos eran casados. A los mismos, por tanto, pagaba y racionaba el Estado. Nadie se había hallado, se hallaba o se hallaría allí, salvo alguna excepción rarísima, por propia voluntad en calidad de residente libre⁸. El estancamiento social consiguiente se vio reflejado en los recuentos demográficos que anualmente hacía la gobernación colonial, de los que al azar elegimos tres: en 1853 había 151 habitantes; de ellos 86 hombres y 65 mujeres de toda edad; en 1860 los guarismos correspondientes fueron 144, 90 y 54; y en 1862, 202, 114 y 88, lo que confirma la virtual inmovilidad poblacional, así como una semejante proporción femenina en la población colonial, aproximadamente un tercio

⁸ Al lector o lectora interesados en mayor información sobre todo lo referido a la evolución inicial de Punta Arenas, recomendamos consultar nuestra obra *Punta Arenas en su primer medio siglo, 1848-1898* (Punta Arenas, 1988).

de la misma.

Se vivió, pues, durante el lapso de letargo de que se trata en un régimen virtualmente disciplinario, cuya rutina cotidiana no registraba otra alteración que la llegada de los indígenas aónikenk o el arribo de algún barco nacional o extranjero, una y otro ocasionales y aperiódicos. En ese vivir de agobiante monotonía y también de escasez, porque las carencias estuvieron a la orden del día en materia de alimentos, vestuario y otros efectos, transcurrió la existencia aburrida carente de motivaciones de la aislada comunidad magallánica pre o protopionera, por denominarla de alguna manera, y en tal ambiente transcurrió la vida particular de las mujeres que con mucho de aventura habían optado por residir allí, en las circunstancias antevistas.

De los sucesos singulares de aquel tiempo que escapan a la rutina y que están referidos a las mujeres, recogemos entre las escasas menciones de la documentación gubernativa aquella que se ocupa de las "camaradas", esto es, de las compañeras de soldados y confinados. Estas compañías eran uniones de hecho, vale decir, sin haber mediado el sacramento del matrimonio y preexistían al arribo a Magallanes, algo de frecuente ocurrencia en el bajo pueblo chileno de aquellos tiempos. Fue entonces cosa habitual que tales mujeres quisieran acompañar a sus hombres hasta el remoto destino geográfico que era el establecimiento de Punta Arenas, para continuar sus vidas en pareja y de esa manera permitirles sobrellevar el agobio de una permanencia obligada o forzada. Una vez allí, tal circunstancia provocaba un vivo malestar entre los capellanes de la colonia, todos franciscanos procedentes del convento de Castro, en Chiloé, por cuanto implicaba un atentado contra la moral que debía reinar en la pequeña comunidad.

Por cierto, la costumbre no pudo evitarse, pero preocupó más a los religiosos cuando el mal ejemplo venía desde las propias autoridades -lo que olía a escándalo-, como sucedió en diciembre de 1859, ocasión en que el capellán fray Antonio Gamalleri denunció en presentación enviada al ministro de Guerra que el

gobernador Jorge Schythe vivía en amancebamiento público con una joven hamburguesa, mal ejemplo que era seguido por el capitán Nicomedes Gacitúa, jefe de la guarnición militar, y por otros varios soldados. La denuncia no cambió las cosas y, en el caso de Schythe, su relación con Augusta Bartels⁹, que así se llamaba la joven, se regularizó posteriormente en Valparaíso donde ambos contrajeron nupcias según el rito de la Iglesia Luterana, a cuya confesión pertenecían.

Antaño, la presencia de mujeres no ligadas por vínculo sacramental a hombres en particular (único posible en la época, con valor legal), había derivado en situaciones de ejercicio encubierto o clandestino de la prostitución, hecho efectivamente denunciado en 1856 por el mismo Schythe al ministro del Interior. Esto y el abuso del alcohol que más de alguna fémmina hacía con frecuencia, brindan una idea ligera acerca de cómo los buenos franciscanos -y la propia autoridad superior- se acongojaban por el estado moral de la población y se empeñaban, no siempre de modo exitoso, en poner freno a los excesos referidos.

Un testigo de ocasión, el viajero ruso Alexei Vishelavtsev que pasó en 1857, dejó una descripción elocuente sobre algunas de estas fémimas: *En la costa se reparaba una barcaza, bajo el cobertizo colgaban varias lanchas, en los troncos estaban sentadas las mujeres, todas ya de edad, de rasgos acentuados, ojos negros y cabellos enmarañados; tenían puestos harapos multicolores; sus miradas eran descaradas y en absoluto inequívocas. Desde Valparaíso mandan hasta acá a las mujeres de mala vida y las conceden en matrimonio a los soldados instalados aquí. Sin dejarnos seducir por las miradas de las bellezas demasiado maduras, pasamos de largo...*¹⁰.

A propósito, viene al caso recordar una presentación hecha por Damián Riobó, sucesor en propiedad de Schythe en el ejercicio de la gobernación, en octubre de 1866, a poco de

⁹ Esta es la primera mujer de nacionalidad alemana (y la primera europea) que residió en Magallanes según constancia fidedigna.

¹⁰ *Viajeros rusos al sur del mundo*, por Carmen Norambuena y Olga Ulianova, DIBAM, Santiago, 2000.

tomar posesión de su cargo, en la que resumió su apreciación sobre diferentes aspectos.

En un punto de la misma, exponía lo siguiente:

La escasez de mujeres i el sepulcral silencio que reina en las noches hacen de este pueblo una mansión de tristeza: la totalidad de sus moradores asciende a 231 de los cuales solamente 40 son casados i el resto solteros, no contando entre ellos 78 niños de todas edades y ambos sexos.

Sería conveniente que vinieran mujeres en número suficiente para poder casarlos a todos, ya que tenemos aquí al segundo capellán nombrado para la Colonia, Frai Miguel Aros. El colono casado pocas veces molesta no sucediendo lo mismo en el soltero¹¹.

He aquí una expresión clarísima del juicio que, está visto, compartían la autoridad civil y la religiosa acerca del saludable efecto moralizador que debía esperarse del incremento de familias regulares, o, dicho de otra manera, del carácter de “freno social” que podían asumir las mujeres.

En reconocimiento histórico debe atribuirse a Riobó el primer esfuerzo en tal sentido, lo que se hizo efectivo con el arribo de algunos colonos libres, 16 personas en total, entre hombres y mujeres, desde Chiloé. Poco, en verdad, pero era el comienzo.

Para entonces, fines de la década de 1860, ya era evidente, si se quería que la mal llamada “colonia” mutara de verdad desde su condición postrada a la floreciente que muchos anhelaban para ella, que arribaran a Magallanes colonos libres y laboriosos (y con ellos muchas jóvenes casaderas), para cambiar la composición social del establecimiento chileno de la Patagonia.

Históricamente era todo un ciclo que tocaba a término. El asentamiento nacional del Estrecho había resultado exitoso en cuanto el mismo, con todos sus avatares, había conseguido expresar la soberanía de la República sobre las tierras y aguas

¹¹ Oficio 95 al ministro del Interior, en volumen *Correspondencia, informes y cuentas relativas al Gobierno de Magallanes 1856-1866*, Archivo Nacional, Santiago.

del meridión americano, pero, francamente, había resultado ineficaz como ensayo colonizador. En su decurso las mujeres, como los hombres, habían sido solamente aves de paso, en una permanencia sin destino de provecho mirando hacia el porvenir. Era casi urgente que allí habitara gente que se arraigara, sintiera la tierra y el ambiente como propios, y se comprometiera con su adelanto. El cambio consiguiente debía producirse más temprano que tarde si se quería afianzar el proyecto poblador.

Las que llegaron para quedarse

En su hora el gobernador Schythe había expuesto y reiterado su visionaria y progresista apreciación sobre tal necesidad, a materializarse mediante la inmigración colonizadora, favorecida por disposiciones administrativas y legales de fomento. Pero aquel mandatario no encontró interlocutores apropiados, por lo que corrió infructuoso el tiempo y sólo a fines de 1867 el gobierno del Presidente José Joaquín Pérez decidió dar ese paso que resultaría trascendental en la historia de Magallanes, y lo hizo con la dictación del decreto de 2 de diciembre de ese año, que en lo sustancial disponía sobre diferentes facilidades y beneficios para estimular la inmigración al austral asentamiento.

Este instrumento regulatorio cambiaría en poco tiempo el curso del acontecer magallánico, ciertamente que para bien en variado sentido, y en su eficacia social la presencia femenina habría de jugar un papel de real importancia.

Cupo la responsabilidad de ponerlo en práctica, de manera concreta, al capitán de corbeta de la Armada de Chile, Oscar Viel, designado nuevo gobernador de Magallanes por resolución del 28 de noviembre de 1867. Fue una designación que resultaría acertada y feliz por donde se la mirara. El nuevo mandatario

vendría acompañado de su esposa, María Luisa Cabero de Viel, distinguida dama natural de Lima, y que durante la permanencia de su esposo al frente de la colonia haría los honores de su casa con señorío y distinción inimaginables en el medio, circunstancia de la que dejarían constancia con agrado algunos visitantes extranjeros. Doña María Luisa fue, con propiedad cabal, la primera dama de calidad que residió en Magallanes, de gran sensibilidad y buen corazón, además.

Viel, una vez designado y con el decreto comentado en vigencia, se empeñó, entre tanta diligencia que le ocupó en esos días que siguieron al nombramiento, de contratar colonos casados para Magallanes. Tuvo ciertamente éxito consiguiendo enrolar a 22 jefes de familia -a los que genéricamente se les reconoció la calidad de "colonos" para los fines del decreto de marras-, en la provincia de Aconcagua y otros 38, en Ancud, Chiloé. Éstos con sus familiares, esposas e hijos totalizaron 234 personas, con los que arribó Viel a Punta Arenas el 6 de febrero de 1868, a bordo del vapor *Arauco*. Nunca antes en la breve historia local se había registrado un suceso como aquel: la llegada de un contingente poblador voluntario y libre, esto es, algo absolutamente atípico para un lugar al que hasta entonces, salvo excepción rarísima, se había llegado por razón de obligación¹².

En la historia particular de las mujeres magallánicas se iniciaba así un capítulo trascendente como era el del tiempo pionero, en el que, ahora sí, las mismas asumirían un papel diferente y determinante para la nueva sociedad que con su significativo concurso comenzaría a formarse.

El contingente colonizador inmigrado era variopinto bajo distintos respectos. Lo era en edad y sexo de sus integrantes; en sus oficios, capacidades y competencias -aunque en apariencia la mayor parte de los mismos debía ser de la clase agricultora-

¹² Así, al 29 de febrero de 1868 se contaron en Punta Arenas 626 habitantes, la mayor cantidad hasta entonces registrada desde la ocupación inicial en 1843. De ellos 49 eran empleados civiles, 110 soldados y 467 colonos, contándose en cada categoría a los correspondientes familiares.

y en su vigor anímico, ciertamente importante para enfrentar el desafío de poblar y arraigarse en un medio de carácter fronterizo y rudo, en fin. La prueba para muchos pudo ser inicial, toda vez que el establecimiento colonial no estaba preparado para recibir a tanta gente de una vez, a la que había que alojar, alimentar y atender tan bien como se pudiera. Así hubo que sufrir el obligado hacinamiento y otras incomodidades inherentes a la situación, pero fue por poco tiempo, no más de algunas semanas, pues el gobernador Viel puso todo su empeño en llevar adelante y sin demora el plan de trazado urbano, del que carecía Punta Arenas, para que definido sobre el terreno se hicieran las demarcaciones y se asignaran los solares en que los colonos habrían de edificar sus viviendas. Fue por tanto el que siguió un tiempo de gran actividad, pues además de las mencionadas tareas hubo que desmontar y nivelar el terreno, naturalmente irregular, cavar acequias para canalizar las aguas lluvias y toda otra operación que la situación exigía, para luego ¡es de imaginar con qué alegría! dar comienzo a los trabajos propios de la construcción, empleándose los materiales comprometidos por el Gobierno al reconocer la calidad de colonos. Y en la mayor parte de tales faenas, si no en todas, habrán intervenido no sólo los jefes de familia, sino además las mujeres adultas -ellas especialmente-, y los hijos mayores, todos con indudable dedicación y entusiasmo pues se estaba en lo que sería propio merced al esfuerzo mancomunado.

Y de tal manera tuvo principio el verdadero asentamiento colonizador, con un genuino carácter pionero. En el mismo, fuera de toda duda, la mujer hubo de desempeñar un papel determinante en la conformación de la sociedad y, por ende, en el curso favorable de los acontecimientos camino del progreso colectivo.

Fueron las recias mujeres chilotas y aconcagüinas de aquella primera hora colonizadora las protagonistas auténticas del fenómeno social fundacional. Si los varones debieron asumir la responsabilidad de generar ingresos para el sustento cotidiano

de las correspondientes familias, así como procurar su seguridad y bienestar para el porvenir, bien por la vía de cualquier trabajo remunerado, bien dándose maña para obtenerlos por cuenta propia en alguna actividad económica productiva, en las mujeres, en particular en quienes eran casadas, descansaron a su turno y tiempo otras responsabilidades tanto, sino más importantes que la de aquéllos.

Con la cualidad o virtud que es connatural a su sexo, las mujeres dieron forma y contenido a sus hogares, en los que indudablemente fueron las mentes conductoras y las manos ejecutoras. Así desde la administración de la economía doméstica -el permanente milagro de hacer que los recursos alcanzaran-, hasta la gestación y educación de los hijos, pasando por el ordenamiento del múltiple quehacer cotidiano y el establecimiento y mantenimiento de la convivencia vecinal, en la medida que la misma era conveniente y necesaria para el propio acomodo interno de la sociedad en ciernes.

Esa noble, digna y privativa misión fue la escuela magnífica en la que se fueron formando y creciendo las hijas que, a su tiempo, habrían de ser cofundadoras -siente y tronco- de nuevas familias magallánicas con las que se iría nutriendo y enriqueciendo el entramado social. Espigando en documentos referenciales recordamos los nombres de algunas de estas jóvenes que llegarían a ser respetables miembros de la surgiente comunidad puntarenense en el inmediato y mediano futuro: Ana Muñoz, quien casó con el herrero letón Guillermo Bloom; Edelmira Bahamonde, que lo hizo con Tobías Adams, marino británico que serviría como capitán en la flota mercante de Punta Arenas; Rosario Pacheco, que se unió con el comerciante alemán Augusto Wahlen; Aurora Rojas, que casó con Juan D. Jurgens, otro germano del mismo oficio; Rosario Mansilla, que contrajo nupcias con el alemán Enrique Rothenburg, eximio piloto del mar magallánico; Fructuosa Mansilla, que se casaría con el español Victoriano Rivera, capitán lobero y después rico empresario mercantil y ganadero, Domitila Pinto, que se uniría

con el médico Lautaro Navarro Avaria, ciudadano eminente de variada actividad profesional, social y cultural, y, por fin, Anaísa Díaz, que contraería matrimonio con el italiano Juan B. Contardi, hombre culto de variada actividad administrativa, empresarial y social. Puede así advertirse, por esta vía ejemplar, cómo la surgiente sociedad se nutrió de un rico intercambio de sangre y espíritu, en una saludable integración interétnica, afirmando de esa manera y tempranamente una de las características de la comunidad magallánica pionera, la fusión pluriétnica en el singular crisol social del meridión.

Con todo lo variado y provechoso que fue el aporte inmigratorio fundacional de 1868, el mismo no acabó de contentar al animoso gobernador Oscar Viel, alma y motor de la mutación colonial. Este funcionario, preocupado del adelanto de la ínsula que dirigía y administraba, había esperado más todavía de aquel conglomerado poblador, básicamente originario de Chiloé.

Así, sin poder ocultar su decepción por tal causa, el diligente mandatario se empeñó en estimular a modo de necesario complemento la inmigración europea, en la que sí veía las cualidades y características que faltaban a los colonos de origen nacional, en particularidad en lo tocante a laboriosidad e ingenio creativos y hábitos morales sólidos¹³, por señalar algunos aspectos, para con ella dar forma con mayor propiedad y eficacia al progreso de la colonia a su cargo.

Sabemos que su preocupación tuvo fruto, como que a partir de 1873 fueron arribando al puerto de Punta Arenas sucesivos contingentes de colonos, enviados en parte por el ministro de Chile en Buenos Aires, Guillermo Blest, elegidos de entre los millares de inmigrantes que por entonces llegaban a las playas del río de la Plata para radicarse y convertir en realidad el sueño de "hacerse la América". En un principio, esto es, durante

¹³ Se achacaba a los colonos nacionales el abuso en el consumo alcohólico y alguna liviandad por parte de las mujeres casadas, en cuanto a la debida observancia de la fidelidad conyugal. El viajero inglés George Ch. Masters, que pasó por Punta Arenas en 1869, se hizo eco de tal sentimiento al escribir en su relación de viaje *...se dice que las mujeres [de los chilotes] no tienen muy arraigadas sus nociones de fidelidad (Vida entre los Patagones, Buenos Aires, 1964, pág. 54).*

1873 y 1874, entre los contratados por el agente diplomático chileno y aquellos que vinieron por cuenta propia arribaron poco más de cuatro centenares de colonos, de los que en definitiva, se establecerían a firme alrededor de 250. Decimos "a firme", pues como en todo proceso inmigratorio hubo quienes o no se conformaron con las ventajas ofrecidas, o porque sus expectativas iban más lejos de lo que aquel todavía remoto y mezquino destino podía brindarles, o bien porque encontraron más rigurosas las condiciones ambientales que lo que habían supuesto, sin faltar los flojos y poco animosos, y así se regresaron.

En el contingente inmigrado había, como podía suponerse, gente de variada procedencia nacional, pero principalmente franceses, españoles, británicos y alemanes. En su mayoría eran personas ordenadas y laboriosas como lo demostrarían a poco andar, animados del propósito de prosperar a través del ejercicio de diferentes actividades productivas. Entre ellos se contaban artesanos e individuos con conocimientos profesionales, algunos con satisfactorio grado de instrucción; unos con familias constituidas, otros en estado célibe y que con el curso del tiempo se unirían en matrimonio con mujeres ya establecidas o bien arribadas durante el tiempo de que se trata¹⁴.

Se inició de esa manera una corriente migratoria europea que aunque de irregular desarrollo se mantendrá vigente durante el siguiente medio siglo, con particular énfasis de flujo y cantidad entre los años de 1890 y 1914, pero que alcanzará, ya en progresiva disminución, hasta los años de 1930. En simultaneidad con ese proceso se dio otro semejante de carácter nacional, fomentado por las autoridades territoriales deseosas de balancear étnicamente la población regional, pero también integrado por muchos individuos atraídos por las expectativas de desarrollo

¹⁴ El recuento censal ordenado levantar en diciembre de 1878 por el gobernador Carlos Wood brinda una idea cabal de la estabilización poblacional con el satisfactorio balance por sexos que se tenía al cabo de una década del inicio del poblamiento colonizador. De los 1.095 habitantes contados en la Colonia de Magallanes, 674 eran varones y 500, mujeres; 917 eran chilenos y 257 extranjeros pertenecientes a una veintena de nacionalidades.

económico y de adelanto social generadas por la propia evolución progresista del Territorio de Magallanes. De tal manera fueron llegando de manera intermitente sucesivos grupos de inmigrantes nacionales, particularmente de la isla de Chiloé y su archipiélago. Una y otra corrientes migratorias fueron necesariamente confluyendo, nutriendo numérica y también cualitativamente a la sociedad que crecía y se perfilaba con características definitorias de regionalidad, aportando con hombres y mujeres de variados orígenes nacionales, diferentes competencias y talentos, conocimientos y oficios, como de diferentes grados de instrucción y cultura que en su seno, se reitera, se entremezclarían y acabarían fundiéndose para dar forma a una comunidad *sui géneris*, modelada por el espíritu pionero que le daría impronta anímica caracterizadora, en las rigurosas condiciones ambientales del meridión de Chile.

Fue en este gran contingente poblador de lejana y cercana procedencia, sumado al preexistente, y en el curso de un proceso de paulatina inserción e integración desarrollado a lo largo de medio siglo o poco más, en el que la mujer tuvo un papel histórico relevante y determinante.

Lo tuvo ciertamente y de manera destacada en diferentes campos del quehacer social y aun del económico que le fueron y son privativos, y de ello se trata por separado; pero también lo tuvo en las más variadas expresiones del acontecer cotidiano, en que al revés de aquéllos en que hubo destacables figuraciones individuales femeninas, el protagonismo correspondió a la mujer común, anónima, en expresiones que no por su aparente irrelevancia fueron menos importantes para el cuerpo social, al punto de considerarlas, con toda razón, como acontecimientos de indudable significación histórica.

Sobre este acontecer pasamos a ocuparnos en primer término.

La vida cotidiana de la mujer común en el Magallanes de otrora

A muchos, quizá a la generalidad de la gente, puede parecer prosaico el quehacer de la vida doméstica y más todavía el ocuparse del mismo, porque de primera se le mira como algo simple, aun elemental y por tanto irrelevante. Pero si se piensa bien, se advertirá que las labores cotidianas al interior y en torno al hogar conforman una faena no exenta de dignidad y nobleza y, por tanto, con un contenido profundo. Así pues su sencillez y rutinarietà devienen hechos trascendentes susceptibles de historicidad. El entenderlo así ha originado hace ya tiempo en Europa la especialidad de la historia de lo cotidiano.

La sustancia de tal concepción está en las diversas acciones y ocupaciones que dan forma al quehacer del hogar con el protagonismo insustituible de la mujer, en particular de aquella que fuera esposa y madre.

La materia interesa además porque en términos temporales la vida cotidiana, con la participación principalísima de la mujer, conformó un estereotipo que se mantuvo virtualmente invariable desde el inicio del poblamiento colonizador hasta hace unas pocas décadas, cuando comenzó a ser permeado por la modernidad y alterado, por tanto, en mucho de lo que era su esencia.

En el suceder familiar del día a día, el quehacer hogareño fue un suceso común en el Magallanes de otrora, en su aceptable variedad dependiendo del hábito cultural que lo regía, pero compartiendo un invariable hilo conductor, y del mismo participaron todas las familias que arribaron para radicarse o que se constituyeron a lo largo del tiempo en el antiguo Territorio. Todas, porque región de frontera colonizadora y de pioneros como lo fue durante prolongado lapso, cuantos en ella vivieron tuvieron un común y semejante principio, entendido en términos de recursos y comodidades, aun los que después, por obra de su esfuerzo y de las circunstancias,

conocieron y disfrutaron de un vivir mejor. Al historiar el común, se comprende virtualmente a la totalidad de las familias magallánicas de antaño. Y todo, vale repetirlo, para conocer y valorizar el determinante protagonismo de la mujer en la historia social del sur.

Ese suceder histórico estaba compuesto por lo que, en apariencia, eran cosas simples y rutinarias.

Entre las cosas sencillas se contaba el mantenimiento del fuego para dar la necesaria calidez ambiental a un recinto que era el centro de la vida familiar como lo era la cocina, más todavía teniendo en cuenta el habitual rigor climático. En ello había para la ama de casa una suerte de responsabilidad atávica, incorporada a sus genes, como que le venía de aquel lejanísimo tiempo de la prehistoria. Si el padre de familia debía responsabilizarse por lo común de encender cada mañana el fuego del hogar, lo que también podía hacerlo la madre cuando aquél faltaba, a ella en todo caso le correspondía mantenerlo, lo que no sólo significaba abastecer de leña combustible (y de carbón cuando se disponía de este mineral) al artefacto, generalmente una estufa de hierro, sino traerlo de fuera cuando se agotaba la provisión del interior y no había ayudante a mano para colaborar.

Así, el fuego del hogar, era mucho más que el simple calor para un mundo de puertas adentro como era -y aún lo es- la familia en el meridión; significaba mucho más: el ambiente acogedor propicio para el trabajo cotidiano y la convivencia íntima, para la enseñanza de los hijos y para el mero solaz. La mujer era, por vocación ancestral, la mantenedora del fuego del hogar.

Decir fuego, es traer a cuento una de las tareas femeninas esenciales como lo era la de alimentar a la familia. Y de allí, por tanto, pasar a la faena culinaria, que más tenía -como tiene- de arte que de tarea rutinaria. Porque, para el caso era hacer con poco algo variado, usando del ingenio, la sapiencia o la habilidad de que podía disponerse; nutritivo y ojalá sabroso, para dar

placer y agrado a los alimentarios. Cocinar en el hogar era así una manera por lo demás elocuente de manifestar amor, en un inacabable día a día. Bien se ha dicho alguna vez que alimentar no es sólo eso; es todo un mundo de cosas.

El disponer de los ingredientes básicos era, está claro, algo esencial. Ello estaba en relación directa con la capacidad del padre como jefe responsable de la familia de procurárselos en variedad y cantidad suficientes. Administrar así lo que podía ser bastante o escaso según las circunstancias, era otra insustituible habilidad de la mujer. Para eso, también era de su incumbencia el hacerse cargo de otros complementos alimentarios habituales en la vida familiar de antaño. Tales el cuidado de la quinta o huerta familiar y la crianza de animales domésticos. De una venían las hortalizas y las legumbres indispensables para la variación y riqueza alimentarias, y todavía algunos frutos menores posibles de obtener por cultivo (grosellas, parrilla, ruibarbo), o, también por colecta ocasional como es el caso de los silvestres (calafates, frutillas de campo). La otra actividad suministraba huevos, carnes blancas de las aves de corral, y rojas y algo más si la crianza incluía la tenencia y engorda de cerdos.

En la economía de la autosuficiencia alimentaria, que por larguísimo tiempo fue una suerte de desiderátum familiar, la cautela y la responsabilidad femeninas eran fundamentales, lo que, por cierto, no excluía la parte que en ello incumbía al padre y aun a los mayores de los hijos varones.

Con los ingredientes suficientes a mano, talento culinario de por medio, aparecía la variedad de preparaciones alimenticias. En eso importaba el conocer y retener recetas, desde las tradicionales que pasaban de madre a hija o de abuela a nieta, hasta las recibidas de terceras personas como fruto de la relación vecinal. En este aspecto, cada cultura disponía de un acervo variado que podía ser riquísimo, y la concurrencia de gente de diferentes orígenes, lo plural de la sociedad magallánica, ofreció la oportunidad de intercambiar conocimientos y experiencias culinarias.

Es cierto; preciso es convenir que en la repetida tarea cotidiana de la preparación de alimentos para los de casa, había una suerte de trascendente sentido casi religioso, evocador de la obra de la Divinidad.

Con lo importante que podía ser -y que es- lo culinario en el afán cotidiano de la mujer, esta debía hacerse tiempo para otros menesteres y quehaceres. Entre ellos estaba el de usar de sus hábiles manos creadoras en las tareas referidas al vestuario: coser, remendar, parchar, zurcir, con un conocimiento que igualmente surgía de lo más profundo de la herencia ancestral; y tejer, hilar y cardar lana, y bordar, que también podía incluir la satisfacción de otras necesidades hogareñas como la de fabricar sábanas, manteles, paños de ornato, cojines, choapinos, etc.

En ello, en el primer aspecto en particular, la mujer debía darse mucha maña en ocasiones cuando la ropa de vestir era escasa y no siempre se estaba en situación de reemplazarla, bien porque no alcanzaran los recursos económicos, o porque simplemente no hubiera dónde adquirirla, referencia esta al tiempo lejano en que el comercio puntarenense era todavía embrionario o elemental.

Quizá de tantas labores manuales ninguna pueda parecer más simple e insignificante que la de coser, remendar y zurcir, pero sólo “parecer” porque, otra vez, vemos en ellas la expresión de un quehacer antiquísimo que se remonta hasta el tiempo de las cavernas, en que la mujer primitiva con paciencia increíble ¡y con arte! unía cueros mediante la costura, cuya calidad en cuanto a firmeza y terminación se refiere ha soportado el paso de los siglos¹⁵. Por cierto, durante mucho tiempo tal faena manual hubo de hacerse con el solo concurso de agujas y dedales, pero inventada la máquina de coser y dada su notable practicidad, su perfeccionamiento mecánico y su abaratamiento de costo, su uso

¹⁵ En una tumba de una mujer kawéskar encontrada el año 2000 en el canal Abra (zona occidental de la Tierra del Fuego) y con una antigüedad de poco más de novecientos años, se encontraron partes intactas de vestimenta de cuero de lobo, en la que se aprecia la maestría de ejecución de las costuras.

se universalizó y alcanzó hasta el remoto Magallanes de antaño. Es posible que hacia los años de 1880 se popularizara el empleo de esta maravilla mecánica, gracias a la que muchísimas mujeres vieron aliviado y mejorado su trabajo manual.

El tejido, de tan rancia estirpe histórica como la costura, hubo de ser otra faena manual de frecuente ejercicio en el interior del hogar, y con toda la complejidad de las faenas previas y necesarias del hilado, lavado, teñido si era el caso, y el ovillado de la lana, con la que al fin la hacendosa y variada artesana que era la mujer confeccionaba distintas prendas de abrigo, de rústica apariencia tal vez, pero de indudable utilidad.

No es nuestro propósito hacer un inventario riguroso de las faenas domésticas que atañían a la mujer, sino tan sólo ejemplarizar con algunas de ellas acerca de su significado.

Pero hay un aspecto en que cabe detenerse por interesante. No se refiere a una diferente manualidad o quehacer hogareño, sino a una cultura, por así llamarla, de la vida doméstica en las familias magallánicas del tiempo viejo y que a falta de un nombre mejor llamamos "cultura del aprovechamiento". Se trata de la arraigada costumbre en forma de conservación y utilización de cantidad de efectos, objetos u elementos que habiendo sido fabricados para un fin determinado, posteriormente y una vez acabado el mismo, eran empleados para distintos propósitos prácticos en vez de ser desechados o destruidos. Esta concepción económica esencialmente utilitaria, incomprensible hoy en día en que el consumismo ha impuesto la cultura botarate de lo desechable, respondía al profundo sentido de la austera previsión propio de la cultura europea y se incorporó plenamente al modo de ser magallánico de antaño.

En tal virtud, las mujeres de otrora, las amas de casa en particular, representaron cabalmente en sus costumbres tal práctica, que ciertamente debe ser valorizada como buena y provechosa. Los ejemplos huelgan por conocidos v. gr. (la botella de ginebra, de cerámica, llena de agua caliente y utilizada para calentar la cama en las noches frías; la llamativa caja de

toffees ingleses, devenida depósito para guardar infinidad de cosas: útiles para coser, hilos para bordar, botones, etc.; y el tarro de conservas empleado como macetero para plantas, etc. etc.), pero en su esencia tal hábito, amén de su utilidad directa, generó una conciencia de la previsión y el ahorro que en mucho contribuyó al mejor ordenamiento personal y familiar a lo largo de varias generaciones de magallánicos.

Personalmente fuimos criados en esa saludable cultura, cuya practicidad y sentido didáctico para la vida cotidiana apreciamos en lo que realmente valen, como factores de saludable ordenamiento social.

Pero la mujer en el seno del hogar, amén de cocinera, costurera y tejedora, criadora y educadora, diligente y previsora, hubo de ser, y lo fue ciertamente, enfermera *ad hoc*, para hacer frente a las contingencias y circunstancias imprevistas referidas a la salud de la familia. Debía cuidar al esposo y a los hijos, además de a sí misma, en caso de enfermedades o accidentes, procurando de la mejor manera que pudiera el alivio y la recuperación de la salud. Remedios caseros, mientras no los hubo de farmacia, debió prepararlos con la ciencia transmitida de sus abuelas o bien se asesoraba con alguna amiga o vecina mejor dotada para el caso, o más conocedora sobre tan delicada práctica doméstica. Fue así la mujer un ángel bondadoso que administró su tremenda capacidad de amor y entrega para consolar y sanar, si podía, a los que padecían alguna dolencia.

Antes que los médicos se establecieran en Magallanes y aun después, cuántas veces los socorridos emplastos, cataplasmas, pociones de yerbas, composturas de huesos y demás pudieron sacar de apuros a más de algún enfermo. Claro es que no siempre tuvo éxito o suerte esa "medicina de circunstancias" en cuanto al diagnóstico o tratamiento de dolencias, pero al fin, la sola preocupación y esfuerzo de la mujer-enfermera hubo de bastar consolando a sus pacientes.

Pero hubo más, por cierto, en el vivir y quehacer cotidianos,

en los que la mujer debió intervenir y con provecho. Entre varios otros aspectos estaba algo tan recurrido y poco considerado por vulgar, como es el lavado de la ropa familiar. No pretendemos hacer una apología de la lavandera, pero, caramba, cuánto de dedicación y de fatiga hubo de requerir tan humilde cuanto necesaria y meritoria faena. Otro visitante del antiguo tiempo, Julius Beerbohm, captó algo de ello en su paso por Punta Arenas en noviembre de 1877, al describir las diferentes escenas pueblerinas que encontraba a su paso por el poblado, entre ellas... *las dueñas de casa, recogiendo sus pequeños lavados en los cordeles de secado y chismeando bastante al hacerlo, como es su costumbre*¹⁶.

Por fin, cabe una referencia a un quehacer más bien ocasional de aparente menos provecho familiar, pero no menos importante en el sentido espiritual. A la mujer de antaño, en particular a la del tiempo pionero, se debe la introducción de la bonita costumbre del cultivo y tenencia de flores, bien en las ventanas de las cocinas o galerías, o en pequeños jardines inmediatos a la casa. Se puede vivir sin la presencia de plantas de flores, pero vaya que tiene más sentido hacerlo en compañía de las mismas en cuanto alegran el espíritu y contribuyen a predisponer a las personas, así lo entendemos, hacia actitudes abiertas a la belleza de lo simple y a la bondad por las criaturas naturales, al modo que lo hiciera el seráfico Francisco de Asís. Amar a las flores, como amar a la naturaleza, es una práctica que ennoblece el alma, y ello, en el caso de que se trata, se lo debemos a las mujeres.

Agregamos como dato histórico que debe atribuirse a los colonos suizos, más bien a sus mujeres, arribados entre 1876 y 1878 la introducción de plantas florales tan conocidas como son los geranios o pelargonias (“cardenales”) y su cultivo en tarros, a manera de macetas (la “cultura del aprovechamiento”), para adornar las ventanas, con placer estético para residentes

¹⁶ *Wanderings in Patagonia*, Londres 1879, págs. 225 y 226.

y viandantes.

He aquí una de las tantas contribuciones culturales de la inmigración europea en Magallanes. La de la traslación más inconsciente que consciente de algunos elementos constitutivos de su ambiente original, al nuevo lugar de radicación. En el caso, explicable además en un pueblo como el helvético que ha hecho de las flores un elemento de su existencia y su cultura. Quien haya visitado aquel admirable y encantador pequeño país alpino, o que tan sólo haya tenido a la vista algunas de las tantas ilustraciones referidas al mismo, comprobará lo afirmado: las flores conforman parte del vivir cotidiano de los suizos, al punto que virtualmente no hay casa familiar que deje de lucirlas. No es de extrañar, entonces, que inmigradas a Magallanes las hacendosas mujeres helvéticas, quizá con la nostalgia del lejano terruño, buscaran recrear en el medio extraño que las acogía algo del ambiente que les era familiar y, entre otros aspectos, lo hicieron con las flores que lucían en sus ventanas.

Esta costumbre gustó al vecindario puntarenense, tanto que no tardó en generalizarse. El periodista norteamericano John R. Spears que visitó Punta Arenas en mayo de 1894 pudo comprobarlo con agradable sorpresa: *El hablar de las flores en el frontis de este club [el del Cuerpo de Bomberos] me recuerda que Punta Arenas es la mayor ciudad para flores que he visto. Cada casa tiene jardines en sus ventanas y muchas casas tienen miradores ["bow windows"] y habitaciones separadas [galerías] para plantas en macetas de flores y arbustos. Hay muchas flores en proporción a la población aun más que en ciudades tropicales como Río*¹⁷.

¡Cuánto significado tiene el cultivo floral como expresión de sensibilidad espiritual! En rigor histórico habrá que convenir que ello, como manifestación cultural, es una contribución genuina de la mujer.

En la vida cotidiana de otrora, las mujeres debieron fungir

¹⁷ *The Gold Diggins of Cape Horn*, G. Putnam's Sons, New York-London, 1895, pág. 45.

de agentes de buena vecindad, relacionando familias entre sí -a riesgo de chismes-, ayudando a la convivencia, estimulando la amistad y la solidaridad, y favoreciendo en variado sentido el vivir común en lo que decía con la salud moral pública. Ello pudo ser tan intenso y prolongado en su vigencia que, de nuevo, fue algo que caracterizó la existencia de varias generaciones de magallánicos y, como siempre, para bien, al dar forma real a una "gran familia", como efectivamente entendieron sentir y compartir nuestros padres y abuelos.

Está visto, así, cómo y cuánto de determinante pudo tener la presencia y actividad de la mujer en el acontecer de un largo tiempo magallánico, extendido por más de medio siglo, cuya huella subyace aún hoy en una época tan diferente por donde se la compare con la que se ha procurado describir, aflorando de tanto en tanto o circunstancialmente como un eco que viene del pasado y que escuchamos con nostalgia. Todo eso y más es historia auténtica y por tal lo recogemos.

La vida alegre en el tiempo de la colonización pionera

No por importante, pero sí por inocultable en el suceder de una comunidad, cabe una mención al comercio sexual organizado históricamente en Magallanes, en el que el elemento femenino ha sido una pieza clave.

No resulta fácil para el investigador acceder a esta clase de información. En una sociedad pacata como era la chilena -y la magallánica- de antaño, influenciada como lo estaba por la tradición colonial todavía cercana y por la moda victoriana que campeaba en Occidente, las referencias son mínimas, por incómodas o no gratas, de allí que es poco lo que se ha conseguido conocer, no obstante que suficiente para dar

cuenta de los inicios de una actividad de neto protagonismo femenino.

Se ha visto cómo en el período precedente al poblamiento propiamente colonizador en la Colonia de Magallanes, esto es, antes de 1868, las autoridades del establecimiento de Punta Arenas, tanto la política y civil, como la religiosa, se quejaban de la ocurrencia de situaciones reñidas con la moral y las buenas costumbres, que debieran tomarse como prostitución *de facto*. Pero, iniciado ese proceso y en la medida que el conglomerado social iba cobrando sustancia y forma, aquellas situaciones pudieron y debieron repetirse. Con todo, el comercio sexual de manera organizada, por así decirlo, data de mediados o fines de los años de 1880.

Es lógico que así fuera. Para entonces, durante los primeros años de esa década, se había divulgado el hallazgo de oro en yacimientos fluviales de la Tierra del Fuego y aluviales en la costa de la Patagonia, inmediata al cabo Vírgenes, circunstancia que había significado el arribo de centenares de inmigrantes y aventureros al territorio magallánico, todos con la esperanza de hacerse ricos lavando arenas auríferas. Agréguese el desarrollo de las pesquerías de lobos marinos, ocupación durísima pero rentable como pocas, y especialmente el desenvolvimiento creciente de la crianza ovina en los campos de Patagonia, para comprender cómo la población territorial se había duplicado entre 1875 y 1885, sobrepasando los dos millares de individuos, de los que una elevada proporción eran varones y parte importante de los mismos, de origen europeo.

Punta Arenas pudo tener en diferentes momentos una población masculina flotante de un par de centenares de hombres, a lo menos, ansiosa de desfogar sus energías físicas y de encontrar en los excesos de alcohol y del sexo, una suerte de compensación, no obstante que efímera, para el prolongado lapso de continencia y abstinencia en un trabajo rudo y agotador en distintas faenas de la inmensidad territorial.

La primera y única evidencia de la vigencia de la prostitución

organizada la dio Mariano Guerrero Bascuñán, Delegado del Supremo Gobierno en Magallanes, que permaneció aquí durante algunos meses de 1896.

Esta fue la referencia, contenida en el extenso informe que acerca de su cometido elevó al ministro de Colonización, al ocuparse de la salud pública en Punta Arenas:

Las afecciones venéreas de toda clase, blenorragias i sífilis van aumentando de una manera asombrosa.

Hace tres o cuatro años atrás no existía la prostitución pública en Punta Arenas. Desde esa fecha han principiado a venir casi por cada vapor de Montevideo i Buenos Aires mujeres públicas salidas de las casas más bajas de prostitución de esas grandes ciudades. Por otra parte, como puerto de mar, llegan a Punta Arenas individuos de todas partes, i muchos de ellos con afecciones venéreas que se propagan rápidamente.

Hai pues necesidad de reglamentar cuánto antes la prostitución, con sanción penal, para siquiera disminuir el desarrollo asombroso que van tomando estas enfermedades. Pueblo cosmopolita, Punta Arenas, se presta más que ningún otro de la República por la implantación de medidas que detengan los estragos de este mal necesario. Sin ellas no sería posible evitar males que son irremediables en la mayoría de los casos. Sería bien sensible que la juventud cayese en los primeros pasos, i muchas veces con afecciones que duran toda la vida¹⁸.

Pero quien mejor y con más color dejaría constancia para la posteridad sobre tal hábito social, sería el ya mencionado periodista John R. Spears. Este, con la desinhibición propia de una educación más liberal, no tuvo remilgos en buscar e informarse apropiadamente sobre la materia durante su estadía en Punta Arenas en 1894.

¹⁸ Memoria que el Delegado del Supremo Gobierno en el Territorio de Magallanes Don... presenta al señor Ministro de Colonización (Imprenta i Librería Ercilla, Santiago de Chile, 1897), tomo I, pág. 202.

Y lo hizo a poco de desembarcar, preguntando sin segunda intención a un vecino con el que se encontró, sobre cuántas casas deportivas había en la pequeña ciudad, a lo que el informante dándoselas de listo y entendido le contestó que *muchas, añadiendo Ud. encontrará las niñas más bonitas en la segunda casa más allá del correo, directamente por esta calle*¹⁹. Spears, en respuesta le hizo saber que en verdad consultaba por casas de juego (*gamblings*), queriendo significar garitos, pero ya que se daba, preguntó enseguida acerca de cuántas casas de baile podían existir en el lugar. Se le contestó que sólo una, de buena calidad.

Satisfecha su curiosidad, con ésas y otras preguntas para ambientarse en el lugar, el norteamericano siguió calle arriba para conocerlo mejor. Ello y otras varias observaciones le permitió escribir después que... *Punta Arenas es una ciudad cuyas características son absolutamente asombrosas, aun para un viajero experimentado. Vaqueros, ovejeros, madereros, mineros y marineros procuran gastar allí sus caudales en un vivir licencioso, y efectivamente lo hacen, pero no hay un garito en la ciudad, y el único salón de baile únicamente tiene dos niñas y un órgano manual para tocar música*²⁰.

Más adelante, dando cuenta de sus impresiones, Spears agregaría... *Las señoritas que tienen sus salones comúnmente están sentadas en la entrada tejiendo o cosiendo durante el día. Uno que las ha visto dice que su trabajo podría ser más prolongado si ellas permanecieran detrás de la barra del bar o usaran velos. Es en pequeñas casuchas de madera con techos de hierro corrugado -casuchas sórdidas enteramente desprovistas- donde se puede encontrar la vida licenciosa de Punta Arenas y no hay allí un rasgo llamativo o de brillo respecto del cual pueda darse excusa por su existencia*²¹.

He aquí cómo a través de este abonado testigo-cronista nos

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 36.

²⁰ *Ibid.*, pág. 38.

²¹ *Ibid.*, págs. 39-40.

enteramos acerca de la existencia de dos sitios de atracción para los hombres ansiosos de desfogarse físicamente: uno recomendable, aunque escaso de personal, y otros abominables, algunos vulgares lupanares de arrabal.

Estos, ciertamente por ese tiempo y después debieron concentrarse en un sector de la pequeña ciudad, calle Errázuriz arriba, pasada la avenida España, que se haría famoso en el ambiente. Más tarde, quizá entrado el siglo XX, debió aumentar y mejorar en calidad la oferta con el arribo de nuevos contingentes de hetairas -algunas de ellas de nacionalidad polaca- que ganarían celebridad; pero siempre hubo en el ramo categorías, una de primera o selecta, y otra de menor, a veces ínfima, clase.

Por fin, consignamos como mero dato de referencia estadística que en el censo ordenado levantar por la Junta de Alcaldes del Territorio de Magallanes en 1906, fueron registradas 47 mujeres como prostitutas, 35 de ellas chilenas y el resto extranjeras.

Es todo.

Mujeres notables de antaño y ogaño

Dos mujeres de excepción

Sara era la hija mayor del matrimonio constituido por Elías Braun y Sofía Hamburger. Había nacido en Talsen en 1862, en la región de Kurlandia (actual Letonia) perteneciente al Imperio Ruso. Junto con sus hermanos Mauricio y Oscar, nacidos también en Talsen; Ana, en Paraguay, y Fanny, Juan y Mayer que nacieron en Punta Arenas conformaron una típica familia de inmigrantes pobres, de las tantas que antes, entonces y después

saldrían desde diferentes partes de Europa para establecerse en América en busca de nuevas condiciones de vida.

Los Braun eran judíos de cultura alemana y como tales habían debido soportar las restricciones, mortificaciones y vejámenes que eran comunes para la gente de su religión en las naciones de la Europa oriental y en particular en las zonas occidentales del vasto Imperio Ruso. No obstante sus menguados recursos, eran personas que poseían una instrucción pasable, de sana contextura moral y de buen talante, según se comprobaría por su fácil inserción en el incipiente medio social puntarenense. Elías ejercía la profesión de hojalatero.

Habían emigrado de la tierra originaria hacia 1872, arribando al puerto de Buenos Aires al año siguiente. Una vez allí, una epidemia de fiebre amarilla al parecer, los llevó a reemigrar al Paraguay, donde el clima no les sentó bien, retornando al puerto rioplatense. Aquí circunstancias casuales pusieron a Elías en relación con el ministro de Chile, Guillermo Blest, enterándose entonces de las ventajas que se ofrecían para radicarse en Punta Arenas y así decidieron emigrar a la Colonia de Magallanes.

Llegados a Punta Arenas en enero de 1874, el jefe de la familia obtuvo para sí y los suyos los beneficios que el gobierno chileno había acordado a los inmigrantes, esto es, un solar en Punta Arenas para edificar la vivienda familiar, una parcela en su inmediata vecindad, dos vacas y una yegua, algunos materiales de construcción y ración de víveres por los seis meses siguientes a la fecha del arribo. Así, con el esfuerzo y dedicación que son de imaginar, Elías, con la ayuda de su mujer, erigió su modesta vivienda inicial y comenzaron a ambientarse en aquel lugar tan diferente al de sus tierras originarias, de clima áspero y hasta severo, pero donde esperaban encontrar las posibilidades de vivir en paz, sin mortificaciones ni atropellos a su dignidad y, si las circunstancias les eran propicias, también de mejorar de condición económica y aun llegar a ser una familia próspera.

Durante ese período inicial y a lo menos por el siguiente lustro,

Sara fue creciendo en edad, pasando de niña a adolescente, para llegar a ser al fin una joven que debía llamar la atención por su atractiva presencia, pero también por su compostura y educación, pues para ella esos años fueron de un permanente trabajar, ayudando a la madre en sus variados menesteres, atendiendo a la crianza de sus hermanos menores, instruyéndose y educándose en el hogar cual correspondía en la honorable y digna tradición familiar judaica, y asistiendo por un tiempo a la escolita pública de la colonia.

Elías Braun, entre tanto, se había esforzado por consolidar la precaria situación del comienzo, sacando el mayor provecho posible de su escaso patrimonio, multiplicando sus afanes y estableciendo relaciones de amistad y confianza con otros habitantes de Punta Arenas, en lo que mucho pudo ayudar su bonhomía y natural buen trato. Una, en particular, le sería harto propicia para él y para toda su familia. Fue la que entabló con el portugués José Nogueira, que para fines de los años '70 era fuera de cualquier duda el empresario más importante del lugar, pues era propietario de una flotilla de pequeños veleros con la que armaba frecuentes expediciones de caza de animales marinos de piel fina, actividad ruda y difícil por lo arriesgada, desarrollada en un medio litoral bravío, pero lucrativa como la que más pues los cueros de lobos de dos pelos se exportaban y muy bien a Europa, donde eran especialmente cotizados; ejercía además el negocio de fletamento y poseía un establecimiento mercantil dedicado a ramos generales. En verdad no sólo era el más importante empresario, sino el hombre más rico de aquel lugar de frontera colonizadora. Nogueira disponía entonces de suficientes recursos y sus miras apuntaban hacia una mayor riqueza posible de obtener mediante la explotación de otras actividades económicas que por la época se advertían promisoras para el adelanto colonial, en especial la crianza ovina extensiva, a la manera que se desarrollaba con éxito en las islas Malvinas, y para la que el territorio magallánico disponía de una vasta extensión de campos esteparios vírgenes

y desocupados.

En ese contexto y en tal ambiente, Elías Braun encontró en Nogueira un hombre confiable y abierto, que le brindó amistad y, sobre todo, apoyo para progresar económicamente. De ese modo, a partir de 1880 formaron una sociedad -Braun y Nogueira- para explotar el abasto de carnes. Asimismo iniciaron en conjunto una explotación ovejera en los campos de Río Pescado, y, al parecer, el lusitano interesó a Braun en la explotación de lavaderos de oro en los ríos de la sierra Boquerón, Tierra del Fuego.

Está visto así que estos años fueron trascendentales para la familia Braun Hamburger, pues durante su transcurso y merced al empeño de su jefe, al cual debió sumarse la segura colaboración de los hijos mayores, de Sara desde luego, las cosas se fueron dando muy favorablemente para ellos, al punto de que al promediar la década de 1880 Elías Braun se contaba entre los vecinos pudientes de Punta Arenas, respetado y considerado por sus dotes personales; disfrutando el conjunto familiar de las ventajas sociales que tal situación le brindaba en aquel medio todavía rústico y con un auténtico carácter pionero.

Sara, por consecuencia, sin mengua de la obligada participación personal en las cosas familiares y eventualmente en los asuntos paternos, tuvo la oportunidad de instruirse mejor y de cultivarse lo suficiente como para parecer una dama joven de calidad, lo que unido a su atractivo físico, hacían de la misma un buen partido casadero.

Fue entonces que el próspero empresario José Nogueira puso sus ojos en ella.

El lusitano había tenido una experiencia matrimonial previa que había resultado difícil y tormentosa, que había concluido en separación²². En noviembre de 1885 había fallecido tuberculosa Rosario Peralta, la desgraciada mujer que había sido su esposa y

²² Al lector o lectora interesados en conocer con mayor detenimiento este aspecto les sugerimos consultar nuestro libro *Nogueira, el pionero* (Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1985).

así aquél quedó en libertad para contraer nuevas nupcias.

Fue explicable, en consecuencia, que José Nogueira se fijara en Sara Braun. Él era un hombre todavía joven y ella con sus 24 años estaba en edad apropiada para merecer marido. La frecuencia de trato que tenía aquél con los Braun Hamburger, por la amistad que los unía con los padres y por los negocios que mantenía con Elías, hubo de ofrecer múltiples ocasiones de trato con Sara, acabando por simpatizar con ella. Pero, más allá de ello, es posible, sino probable, que de acuerdo con la mentalidad que imperaba en la época, que respondía por lo demás a una antiquísima tradición, hubieran sido los padres de Sara quienes arreglaron su futura unión con Nogueira. Tal vez hubiera no poco de cálculo interesado en ello: el empresario era, decididamente, un excelente partido, vistos los recursos económicos de que disponía. La diferencia de edad era una minucia. Es harto difícil que por entonces hubiera en la colonia otros varones con alguna posición en quienes fijarse para el caso. De cualquier modo y como hubiera sido, debiera aceptarse que más allá de los cálculos y voluntad paternos, entre Sara y Nogueira existiera una corriente de recíproca simpatía y aceptación que pudo hacer las veces de vínculo sentimental.

Las nupcias tuvieron ocurrencia el 24 de junio de 1887 en lo tocante a la ceremonia civil, en tanto que la religiosa lo fue el 1 de enero de 1888, habiéndose debido aguardar la conversión de Sara a la fé católica, condición *sine qua non* para la unión sacramental.

Los años que siguieron debieron ser tiempos de agradable disfrute y convivencia para la pareja, incluyendo viajes y estadias en el centro de Chile, tanto más cuanto que durante su transcurso se fueron gestando y desarrollando ambiciosos planes de expansión empresarial que llevaron a Nogueira al cenit de su situación económica y por ende de su prestigio y respetabilidad social. Ello dice relación con las gestiones que fue menester realizar ante los más altos poderes y círculos

del gobierno, incluyendo al propio Presidente José Manuel Balmaceda, y que culminaron exitosamente con tres sucesivas concesiones de terrenos pastoriles en la Tierra del Fuego, en favor de José Nogueira²³.

Más allá de la responsabilidad que tales circunstancias habían echado sobre los hombros del pionero, cabe aceptar que las mismas debieron contentarlo al máximo tanto como a su esposa, por cuanto de promisorio se mostraba el porvenir con las perspectivas económicas de enorme magnitud que aseguraba. Estamos persuadidos de que mucho de lo acontecido, en cuanto a formulación de proyectos, estrategias de acción y presentación de los mismos y las gestiones variadas que implicaron en su desarrollo debieron contar con la segura participación de Sara, que así pudo contribuir con su talento y su agudeza a su mejor resultado.

Pero, por otra parte, durante el curso de esos años tan ajetreados se fue haciendo notar el deterioro progresivo de la salud de Nogueira. Su ruda vida marinera de otrora, más algún exceso y la falta de cuidado, le habían significado contraer la tuberculosis, enfermedad temible en la época por la dificultad de su cura. Así, en la medida que la misma progresaba se fue agriando el genio del pionero enfermo que veía que la vida se le escapaba, no obstante los esfuerzos y gastos que se hacían para curar su mal, cuando más requería de ella para materializar sus acariciados proyectos de explotación pastoril a gran escala. Tal descompostura anímica lo puso violento y aun grosero, mortificando y agravando con tal actitud a Sara, que con abnegada y amorosa dedicación lo cuidaba, quien debió soportar pacientemente el injustificado trato que se le daba.

El paulatino agravamiento de la enfermedad condujo al deceso de Nogueira el 21 de enero de 1893, cuando todavía no

²³ En abril de 1889 el empresario pionero recibió 180.000 hectáreas a su nombre, y en noviembre del mismo año otras 170.000 a nombre de su cuñado Mauricio Braun, quien servía de testafiero. El 9 de julio de 1890 por fin un decreto gubernativo concedió al primero por veinte años el arrendamiento de 1.009.000 hectáreas.

enteraba los 48 años de vida. Quedó así Sara, como joven viuda, dueña de una importante fortuna que, no obstante con mucho era sólo potencial habida cuenta que dependía de proyectos que debían llevarse a buen término, y que de partida debió defender de las alegaciones y pretensiones de terceros²⁴.

Durante el año que siguió al deceso de Nogueira, Sara, obrando con el valioso concurso de su talentoso hermano Mauricio, fue arreglando los principales asuntos referidos a la sucesión de Nogueira, de manera que pudo acceder al uso y goce de sus bienes²⁵. Estos fundamentalmente eran la estancia "Peckett Harbour", excelente establecimiento ovejero constituido sobre la base del arrendamiento de campos fiscales, y su importantísima cuota accionaria en la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, la compañía que había debido crearse para llevar adelante la explotación económica pastoril de la gran concesión fundiaria fueguina.

La joven así devenida empresaria, debió organizar su vida para atender sus intereses y, primeramente, el estado de su salud que se había resentido como consecuencia de sus preocupaciones, lo que tal vez no excluía la posibilidad de un contagio con la enfermedad de que había padecido su difunto esposo. Eligió por tanto para restablecerse y radicarse temporalmente el pequeño, grato y saludable poblado de Quilpué, próximo a Valparaíso, y más tarde Viña del Mar, la bonita e igualmente grata ciudad que surgía en los aledaños del gran puerto citado. La misma sería el lugar de su segunda residencia, pues la principal la mantendría en Punta Arenas por muchos años.

Talento propio aparte, incluida la visión y habilidad para los negocios propios de la gente de su origen, Sara contó inicialmente para el manejo de sus intereses con el concurso de su hermano Oscar, así como de la asistencia permanente de Mauricio, con quien tuvo desde niña una particular empatía. Poco a poco, en

²⁴ Cfr. obra citada.

²⁵ Véase del autor *Menéndez y Braun prohombres patagónicos* (Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 2001).

la medida que recuperaba su salud, fue asumiendo en plenitud el manejo de sus asuntos y negocios. Llegaría a ser así la primera y única empresaria, con cabal propiedad, de la historia magallánica y una de las poquísimas -si es que las hubo- de la historia nacional chilena contemporánea.

Entrado el siglo XX, el antiguo arrendamiento de "Peckett Harbour" devino valiosa propiedad tras los remates de tierras fiscales realizados entre 1903 y 1906. Sobre esa base sólida, más la apertura de una casa de comercio de importación de ramos generales, del armado de naves y de algunos importantes intereses y participaciones industriales, se formó al fin la Sociedad Anónima Ganadera y Comercial "Sara Braun", de la que la empresaria era la dueña virtual. Aparte quedaba, todavía, su revalorizado cuantioso paquete accionario en la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, cuyo desarrollo empresarial y resultado económico habían ido e iban más allá de todo cálculo, tanto que para 1910 esa compañía era virtualmente un sólido e influyente imperio pastoril. Por otra parte, la exitosa crianza ovejera en suelo magallánico había llevado a varios empresarios pioneros de Punta Arenas a extender el ámbito de sus negocios hacia territorio argentino, tanto en la Patagonia (Santa Cruz), como en la Tierra del Fuego. Entre ellos estuvo Sara Braun, quien adquirió vastas extensiones de buenos campos ganaderos en uno y otro territorios, sobre cuya base se constituyeron varias estancias importantes ("Bellavista" y "Sara" entre otras). Ello, a su tiempo, exigió la formación de la Sociedad Anónima Estancias Sara Braun, cuya presidencia, obviamente, asumió la hábil e inteligente empresaria.

La discreción con que Sara Braun manejó sus asuntos personales y sus negocios -característica de los Braun Hamburger y particularísima de ella-, y la falta de toda ostentación social y su propio carácter tranquilo y mesurado, con mucho de seriedad, que no dificultaba el buen trato, definieron su existencia dándole, casi intencionalmente, un bajo relieve. Por tal razón no es tarea fácil informarse sobre tales particulares,

en especial sobre los más íntimos. La única novedad, si así puede llamársela, fue el matrimonio de Sara con el capitán de navío, después contra-almirante de la Armada de Chile, Leoncio Valenzuela, en 1901, unión que no habría de durar muchos años y que concluiría en 1929 con la declaración de nulidad del contrato matrimonial. De esa manera, la reservada existencia de Sara Braun prosiguió entonces y proseguiría hasta una alta ancianidad, inalterable, dedicada a sus importantes intereses económicos que supo incrementar con habilidad, y a compartir con sus familiares más allegados, en particular con Fanny Gazitúa Braun, hija de su hermana homónima, devenida sobrina y acompañante preferida.

Tal bajo perfil significó que no se conservara alguna memoria particular de sus hechos empresariales, en los que, vale repetirlo, tenía la dirección superior no obstante su condición de mujer, bien asistida por fieles colaboradores.

Debemos al bien afamado escritor de temas australes Francisco Coloane la única referencia conocida sobre esta dama singular, en cuanto empresaria, a propósito de la recordación de su tiempo inicial en Magallanes, cuando tras los años escolares se encontró necesitado de empleo.

En efecto, así relata el encuentro: *Al dejar el uniforme y volver a la vida civil, se me hizo apremiante la necesidad de trabajar. Alguien me dijo que en las estancias de doña Sara Braun necesitaban gente. Entonces me apersoné a las oficinas de esta dama, poderosa estanciera de fama legendaria en la región, socia de la empresa naviera Braun y Blanchard.*

Me encontré con una mujer de mediana edad, con un físico interesante e imponente para un joven que todavía no sabe desenvolverse con seguridad en la vida. Vestía, a la usanza antigua, unos pollerones largos, como los que llevaba mi madre. Mi credencial era haber hecho el servicio militar y haber salido de él como sargento de reserva. Fue cordial. Sentada ante un escritorio monumental, entintó la pluma en un tintero y escribió una tarjeta de presentación, dirigida

a un funcionario de su empresa, un tal Mr. Gibbons. De inmediato me dirigí a su oficina y éste dispuso que yo debía trasladarme de Punta Arenas a Porvenir, Tierra del Fuego para trabajar en la estancia Sara, la mayor de las que poseía doña Sara Braun²⁶.

He aquí en síntesis, una buena semblanza de la empresaria cuando frisaba los setenta años: todavía atractiva, algo olvidada de la moda, cordial y ejecutiva.

Sin embargo y a pesar suyo, esta mujer notable haría temprana fama, que acrecentaría con los años y que recogería la posteridad, por su espíritu filantrópico.

A su manera, con quietud y reserva, Sara Braun usó de su cuantiosa fortuna para hacer el bien a los demás. Poseía por herencia genética y por formación familiar un alma grande, manifestada en la comprensión de las necesidades y sufrimientos de los demás, por tanto en la solidaridad para con los carenciados y dolientes, pero también para impulsar la enseñanza y favorecer con ello las posibilidades del porvenir para los educandos. Sus donaciones frecuentes y generosas se orientaron así, de preferencia con fines de beneficencia y promoción humana, hacia instituciones como la Sociedad de Dolores y La Gota de Leche, la Liga de Damas Católicas, la Cruz Roja y el Asilo de Huérfanos, entre otros, todos de Punta Arenas, así como de las entidades congéneres de Valparaíso y de Viña del Mar. Eso motivó en su hora las designaciones honorarias como Presidenta de la Liga de Damas Católicas y de La Gota de Leche que llevaba su nombre, las membresías honorarias de la Cruz Roja de Magallanes, de la Sociedad de Dolores y de la Sociedad de Instrucción Popular, y, particularmente que el Supremo Gobierno, a través del Ministerio de Educación Pública, dispusiera que el Liceo de Niñas de Punta Arenas llevara su nombre (1936), como ya ocurría desde 1919 con la escuela profesional anexa al Colegio "María Auxiliadora", formada a sus

²⁶ *Los pasos del hombre. Memorias* (Mondadori, Barcelona, 2000), págs. 79-80.

expensas. Ese predicamento generoso, comprensivo y solidario lo mantuvo hasta el fin de sus días; basta leer su testamento, otorgado en 1954, para comprobarlo.

Razones demás hubo entonces para que se le reconociera públicamente su filantropía. Así el 26 de marzo de 1945 la Municipalidad de Punta Arenas le rindió un homenaje especial declarándola "Benefactora Pública". Un año después, el 23 de marzo de 1946, la misma corporación edilicia, en una reunión solemne presidida por el alcalde Emilio Salles, entregaba la Medalla Municipal a los benefactores y ciudadanos distinguidos de Magallanes. Entre ellos estuvo la distinguida dama de que se trata, de quien al galardonarla dijo el edil [...] *doña Sara Braun a través de su obra bienhechora se tiene bien conquistado -repito- el cariño de este pueblo, que la considera con toda propiedad como su verdadera hada madrina.*

Sara Braun falleció en Viña del Mar en 1955, a los 92 años de vida, aureolada por la buena fama de mujer de gran corazón y generosos sentimientos filantrópicos; que supo usar de su enorme fortuna y hacer de ella un instrumento de bien para consuelo y alivio de sus semejantes y para la promoción del progreso social, particularmente en Magallanes la tierra que la había acogido en 1874 y a la que llegó a querer más que a la propia de su nacimiento, habiendo asumido con merecimiento y afecto la nacionalidad chilena por personal decisión²⁷.

La excepcionalidad de su gestión empresarial, exitosa por demás, en un tiempo en que el medio social apenas si toleraba la intervención femenina en tal campo del quehacer humano, y la generosidad anímica que la caracterizó durante su larga existencia, hacen que su mención doblemente protagónica sea por demás merecida en el contexto de esta obra.

- O -

²⁷ Al darse cuenta de su deceso y rendirsele un homenaje póstumo, la Municipalidad de Punta Arenas acordó por unanimidad dar el nombre de la benefactora a una calle principal de la ciudad y erigir un busto de la misma en la Avenida Presidente Bulnes. Este monumento nunca fue erigido y en cuanto a la calle, hay una vía corta y secundaria en la periferia urbana que ostenta el nombre de tan ilustre mujer. Está visto que a veces las buenas intenciones, como las palabras, se las lleva el viento.

La notoria y gravitante presencia extranjera en la vida y economía de Magallanes a la que se ha hecho reiterada mención precedente, ciertamente ponderable y bien valorizada históricamente por sus benéficos resultados, no fue igualmente percibida como tal por algunos en épocas ya lejanas en el interior del propio territorio y en el centro de la República. Quienes apreciaban las cosas con estrechez óptica, juzgaron que tal presencia de gente extraña, sin embargo de encontrarse fuertemente arraigada en el país, podía conllevar inevitablemente a una desnacionalización de un territorio de suyo desvinculado físicamente del resto del cuerpo de la República por obra de la geografía y los acuerdos limítrofes con Argentina.

Era necesario, así se creyó sinceramente, fomentar entonces la chilenidad de la Región Magallánica, como principio esencial para su ulterior evolución.

Tal pensamiento, ni más ni menos, estuvo implícito en la decisión adoptada por Pedro Aguirre Cerda, ministro de Instrucción Pública en el gobierno del Presidente Juan Luis Sanfuentes, al firmar el decreto supremo por el que se designaba Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas a la educadora Lucila Godoy Alcayaga, ya afamada y conocida también como Gabriela Mistral, el seudónimo elegido para su actividad literaria. Tal sentimiento hubo de explicitarse, ya en términos menos formales, cuando el secretario de Estado participó la destinación de que era objeto, a su amiga maestra y poetisa. Y tal fue la comprensión de la misma, cuando entendió que se la “desterraba” en su propia patria.

Con todo el respeto que se merece la memoria de quien fuera un ilustre estadista, el Magallanes de entonces no requería ser “chilenizado”. En este territorio, ninguno, que se sepa, de los que había llegado desde lejos, había desconocido su pertenencia nacional. Por tanto, todos cuantos habían radicado en él y fundado familias y realizado las más variadas acciones conducentes de uno u otro modo al adelanto económico y social, lo habían hecho por y para Chile, aunque tal sentimiento no

apareciera de manera ostensible. La chilenidad de Magallanes era, como lo sería después y lo es hoy, un hecho y una verdad inconcusos, con la fuerza que emana de la consubstanciación anímica del hombre con el medio rudo en el que habita, que termina transformándose en querencia. La chilenidad de Magallanes, en el silencio de muchos la gritarían las piedras, parafraseando el Evangelio. Que tal sentimiento se percibiera de manera diferente a la que pretendía y pretende el estereotipo surgido en la zona metropolitana del país, era, como lo es, harina de otro costal. La propia Gabriela lo reconocería más tarde, de modo patente, al recordarlo... *los chilenos somos los de aquí señores; los que no se nos parezcan no lo son...*²⁸.

Nada había -como no la hay- con más sentido profundo de nacionalidad que la sustancia de la tierra por donde el país de Chile había sido descubierto para el conocimiento de Occidente y que, además, había estado en el clarividente pensamiento postrero del Libertador y organizador de la República, y que al fin había sido ocupado, poblado y hecho productivo bajo el amparo de la bandera tricolor.

Roque Esteban Scarpa, nuestro eminente coterráneo, hace tiempo se ocupó de la presencia de la Mistral en Magallanes, en sus variados aspectos, y al mismo nos remitimos. Pero no para volver sobre lo que fuera la permanencia y la experiencia de tan excelsa mujer en el territorio meridional chileno, pues ello ha sido magistralmente tratado por ese autor, sino para recoger tan sólo el resultado de tal permanencia-experiencia, que resumimos en que quien venía con ínfulas de "chilenizar" un territorio, habría de retornar del mismo "magallanizada" hasta los huesos, que es lo mismo que decir hasta el meollo de la chilenidad.

Quedamos aquí, por ahora, en la consideración de tan esencial aspecto, pues ya volveremos sobre el punto. Cabe antes ocuparse, siquiera brevemente, de lo que fue su variada

²⁸ Prólogo al libro *La desterrada en su patria*, de Roque Esteban Scarpa (Editorial Nascimento, Santiago, 1977), pág. 12.

actividad durante los dos años en que permaneció en el antiguo Territorio.

Desde luego su importante cometido administrativo como fuera el de poner orden y reorganizar un establecimiento de enseñanza pública tan importante como lo era el Liceo de Niñas de Punta Arenas, lo que consiguió plenamente, contando con la comprensiva colaboración del profesorado en el que revistaba Laura Rodig, educadora y escultora que había venido con ella y que era su amiga íntima, poniéndolo en debido funcionamiento y restituyéndole su antiguo prestigio. Es más, lo dejó mejorado, como que a su demanda se creó en 1919 el cuarto año de humanidades y por su iniciativa se formó y puso en funciones la Biblioteca del establecimiento. Tan del agrado de quienes debían evaluar su tarea fue la misma, que al tiempo de su nuevo traslado y retorno a Chile central la Visitación de Liceos le dirigió una nota encomiástica por lo realizado y el resultado obtenido, y otro tanto hizo el Gobernador del Territorio de Magallanes.

En simultaneidad con esas labores administrativas y docentes, Lucila Godoy en cuanto Gabriela Mistral pudo desarrollar una notable actividad de animación cultural. Sorprendida gratamente con el ambiente proclive a las bondades de la cultura que encontró en la Punta Arenas que a la sazón se hallaba en la fase terminal de un esplendoroso período de progreso social y económico -los años dorados-, su sola presencia convocó en torno a ella a un grupo de personas amantes de las bellas letras como Julio Munizaga Ossandón, su coterráneo; Carlos Foresti, Luis E. Swart, Carlos Anabalón Sanderson y otros, con los que conformó un verdadero ateneo cultural, cuya apropiada manifestación fuera la revista *Mireya*, cuyo contenido habría de recoger no solamente aspectos literarios, sino que del arte en general y aun de asuntos de interés cívico trascendente.

Con ella y con sus escritos en otros diarios locales, y sus conferencias sobre los más variados tópicos, que comprendieron temas que fueron desde la importancia de la instrucción pública

hasta la consideración de las enfermedades que diezmaban a la niñez proletaria y la miseria que agobiaba a los hogares de los pobres, Gabriela llevó a feliz término una tarea de difusión y afirmación de valores morales y cívicos, y de toma de conciencia social, que tan sólo por eso ya le otorga una excepcionalidad histórica.

Pero Gabriela Mistral, asimismo, y en lo que se refiere a su tarea literaria privativa, no sólo encontró en el meridión razones suficientes que motivaron su mutación conceptual acerca de lo que era su nacionalidad, sino que encontró allí, en su geografía, en su naturaleza y aun en su gente variopinta elementos sugerentes que enriquecieron y animaron su estro poético y la llevaron a escribir páginas magníficas por lo magistrales, recogiendo la esencia, el tesoro de lo telúrico.

Reiteramos, no es este el lugar, ni es nuestro propósito el hacer la exégesis de la obra literaria de la gran mujer que fuera la primera americana en ganar el Premio Nobel de Literatura en 1945, brindando inigualado lustre a su patria, sino tan sólo recordar y poner de relieve la magallanidad en sus creaciones, que a nuestro entender la han hecho acreedora para ser reconocida como hija adoptiva y no por ello menos legítima, de la tierra meridional.

La estadía magallánica de Gabriela fue un período indudablemente fecundo en su afán literario.

Aquí, en el "país de la noche larga" como gustó denominarlo poéticamente, encontró suficientes motivos de inspiración; valgan algunos ejemplos: el bosque -y el árbol- tanto en su esplendor vital como en el espanto de la muerte vegetal; en la rica vida silvestre y en el viento, "capataz de tempestades", en muy acertada imagen literaria; en la humilde hierba, en la nieve y la escarcha, en las noches de invierno, en el esplendor escénico de los fiordos, en las nubes del polifacético cielo del austro, en fin.

Basta solamente mencionar el conjunto de poemas presentado bajo el nombre de *Desolación*, creación magnífica y sentida

tenida con razón como magistral, que calificaría toda su obra poética de valor universal. Pero, por cierto, hubo más, mucho más en sus versos, lo que prueba de manera irredargüible que su corta permanencia fue más que fecunda, alentada como debió estar por la fuerza motivadora de la tierra meridional. Preguntada muchos años después de su alejamiento, en 1953, si la Patagonia había influido en su poesía, la respuesta que dio fue clara y rotunda: *De manera absoluta. Determinada por un fuerte viento de olor de especias que estropea la hierba pero no la mata*²⁹.

Y también Gabriela Mistral escribió trozos admirables en prosa, haciendo gala de un rico y variado verbo. Entre sus piezas más conocidas del género están la bien conocida *Oración de la Maestra*, de la que escribió a lo menos dos versiones a cuál más sentida y conmovedora; sus poemas en prosa inspirados en la vida y padecimientos del Divino Maestro de Galilea (*Los olivos, El beso, El alfarero, La sangre, etc.*) y muchas otras creaciones admirables. Pero también ocupó su pluma en escribir en prosa acerca de hechos contingentes en el Magallanes de entonces (*Instituciones de Beneficencia, La mala caridad, El amor de la ciudad*, entre otros varios artículos de prensa), usando de notable agudeza y franqueza, sin ahorrarse alabanzas o críticas severas cuando procedía.

Tornando al punto del que nos ocupamos más atrás, si su obra variada de alguna forma explicitaría la chilenidad del austro, la maestra-poetisa lo reafirmaría aún más con el paso de los años, en la medida que la invadía la nostalgia por aquel remoto Magallanes en el que había visto y sentido al Chile originario.

Nadie, ni yo misma, escribió años después, cayó en que era un contrasentido el quedar en mi patria y declararse expatriada. Más tarde, lo expresé, al reparar que era aquello un mundo rebanado por la indiferencia; poseído y virgíneo

²⁹ En Scarpà, *op. cit.*, tomo I, pág. 258.

a la vez, para nosotros: la posesión venía de la legalidad de nuestro aposentamiento y la virginidad del olvido que le dábamos los chilenos de Llanquihue arriba³⁰.

Y en esta tierra, aparentemente extraña por diferente a otras conocidas propias del estereotipo nacional, donde lo extranjero superabunda, fue descubriendo poco a poco cómo en ella, en su forma material y en su sugerencia espiritual radicaba la esencia verdadera de lo chileno.

Así pudo concluir reconociendo palmariamente: *...mi real chilenización integral, abierta al universo y a lo plural americano, aunque siempre mantenga mi debilidad por la fuerza telúrica de mi valle de Elqui, que me hizo y me dio infancia, comenzó en su tierra*³¹ y cumplí lo que, en carta tardía a Matilde Ladrón de Guevara, escribiera: “Lo que más quiero de mi país es Magallanes y bien quisiera poner en el Recado sobre Chile una descripción más larga de esta zona que de las otras”, y aun supe reírme de aquella mi primera visión trágica, eso sí, después de afirmar que a esa Patagonia “Yo me la viví y la llevo / en potencias y en mirada”, “hablen demás los que nunca / tuvieron Madre tan blanca”, “oye mentir a los tontos / y suelta tu carcajada”³².

El doble influjo telúrico y humano que recibiera, no obstante que cada vez más lejano en el tiempo, tuvo en ella una permanencia prolongada visible o soterrada. De ese modo, muchos años después todavía escribía con tan fuerte motivación.

No resistimos transcribir algunos de sus admirables párrafos: *Chile dio el nombre de Magallanes a la franja chilena de su hazaña, como quien devuelve sus derechos al voceador de aquellas postrimerías australes. En una extensión que es la de un pequeño país europeo, o sea en la Patagonia nuestra, llevan sobre sí la gracia de su apelativo y le pertenecen por tanto, desde el pastel dulce en que sus marineros se tendieron*

³⁰ *Op. cit.*, pág. 12.

³¹ Recuérdese que le escribía al magallánico Scarpa.

³² *Op. cit.*, pág. 13.

*felices de ver y tocar hierba, hasta la población cosmopolita de Punta Arenas. Y suya es la oveja que en el mercado inglés se llama patagónica, y suyo el lobo de dos pelos y la nutria sombría. Y hasta los poemas que hacemos allá, en la pradera volteada de viento, llevan sobre su bulto de aire la marca del luso mayor*³³.

También rememora la pampa, sin duda la característica física más notoria del país austral: *...este llano patagónico que posee el desahogo grande y da al ojo la euforia del cielo ilimitado, el país manso y seguro de llanura extendida, con soledades que pueden quebrar el alma*³⁴.

He aquí, en otro notable párrafo, una perfecta lección sintetizada de geografía, humanidad y economía del meridión: *...en estas soledades de la Patagonia, sólo el elemento trágico recuerda al habitante su tremenda ubicación austral: el viento, capataz de las tempestades, recorre extensiones abiertas, como una dignidad nórdica, castigando los restos de los bosques australes, sacudiendo la ciudad de Magallanes [Punta Arenas] clavada a medio estrecho, y aullando con una cabalgata que tarda en pasar días y semanas. Los árboles de la floresta castigada del Dante, allí me los encontré, en las largas procesiones de cuerpos arrodillados a medio alzar, y me cortaron la marcha en su paso de gigantes en una penitencia sobrenatural. El viento no tolera en su reinado patagón sino la humillación inacabable de la hierba; su guerra con cuanto se levanta deseando prosperar en el aire es guerra ganada; sólo se la resisten la ciudad bien nombrada del navegante y las aldeas de pescadores, refugiadas en el fondo de los fiordos o en refugios donde él llega un poco rendido, como el bandolero hecho pedazos. Pero esta patria del pastel bajo es la de nuestra riqueza más fácil; la oveja pide apenas unos grupos de pastores y, después de la esquila y de la matanza, los frigoríficos mantienen en esta zona, que el europeo cree*

³³ "Magallanes desde el recuerdo", en *op. cit.*, tomo II, pág. 319.

³⁴ *Ibid.*, pág. 325.

*de penuria, una riqueza constante mayor que la de nuestra pampa salitrera. El turismo ha empezado a descubrir la extraña hermosura del ángulo del mundo que se llama Patagonia. El verano ofrece allí las noches que se prolongan con un crepúsculo inefable, hasta las veinticuatro horas; y el furor del viento, otro espectáculo soberano que han contado en páginas preciosas los grandes geógrafos europeos*³⁵.

Por fin, en lo que fue su cabal entendimiento acerca de la realidad y bondad del crisol social austral, donde lo extranjero había servido de pretexto justificatorio para una tarea de chilениzación que nunca llegó a emprender, reconocería que: *...comienza a crearse en Magallanes un Chile a lo nórdico, con población trabajadora que bien come, bien se aloja y bien vive. El tipo chileno, que es vigoroso, pero no bello, parece aupado por la sangre alemana y la yugoslava [croata], y los deportes más hermosos, que son los que rige la nieve, ponen en ese cuerpo nuevo algo de alerta y de clásico que no tiene el cuerpo tieso y pesado del centro*³⁶.

Y remataría, en una síntesis de contricción y gratitud: *¡Alabado sea el espíritu nacional que los deja cooperar [a los extranjeros] en nuestra faena sagrada de cuajar las vértebras eternas de una patria, sin odio, con una hidalga comprensión de lo que Europa nos da en ellos!*³⁷

Lucila Godoy Alcayaga-Gabriela Mistral llegó prejuiciada a Magallanes y descubrió aquí al que proclamó como verdadero Chile, por su nobilísimo origen geográfico e histórico.

A la vista de la trascendente labor realizada durante su permanencia en la región y después, bien ganada está, pues, su condición de auténtica magallanidad.

³⁵ Parte de su discurso ante la Unión Panamericana durante los años '40. En *op. cit.*, tomo II, págs. 325-326.

³⁶ *Op. cit.*, tomo I, pág. 22.

³⁷ *Ibid.*, págs. 22 y 23.



Mujeres aónikenk delante de su toldo.
Parte de un grabado de E. Goupil en Puerto Peckett 1838



Old Julie o "Abuela Julia", indígena yámana de Río Douglas, Navarino.
Fotografía de 1957



*Matrosenkneipe
in Punta Arenas*

Taberna de marineros en Punta Arenas.
Parte de un dibujo de Theodor Ohlsen en 1883



María Luisa Cabero de Viel junto a su esposo, hermana e hijas.
Fotografía de Peter Adams 1874



Grupo de vecinos de Punta Arenas en un picnic social hacia 1880-85.
En el grupo se encuentran María Behety de Menéndez, Sofía Hamburger de Braun, Sara Braun, Edelmira Bahamonde de Adams, entre otras



Mujeres sélknam en la Misión de San Rafael, isla Dawson, 1899.
(Gentileza Museo Regional de Magallanes)



Empleada doméstica de la familia de Hermann Eberhard,
en Villa Luisa, Última Esperanza, hacia 1910



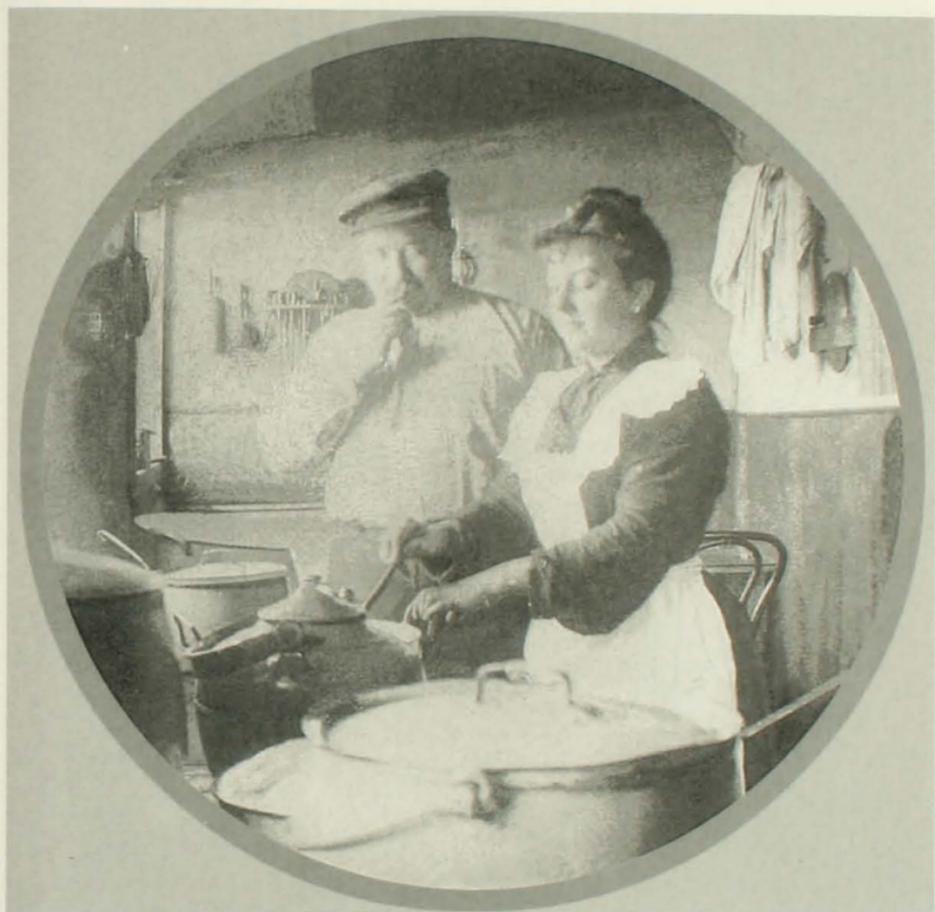
Procesión religiosa en Punta Arenas, 1899. Obsérvese el uso de mantillas negras en las mujeres de origen chileno.
(Gentileza Museo Regional de Magallanes)



Sara Braun viuda de Nogueira hacia 1900.
(Gentileza Museo Regional de Magallanes)



Gabriela Mistral junto a Carlos Foresti hacia 1918 ó 1919.
Esta es una de las raras fotografías que le fueron tomadas
a la poetisa durante su estadia en Magallanes.
(Gentileza del señor Carlos Foresti Serrano)



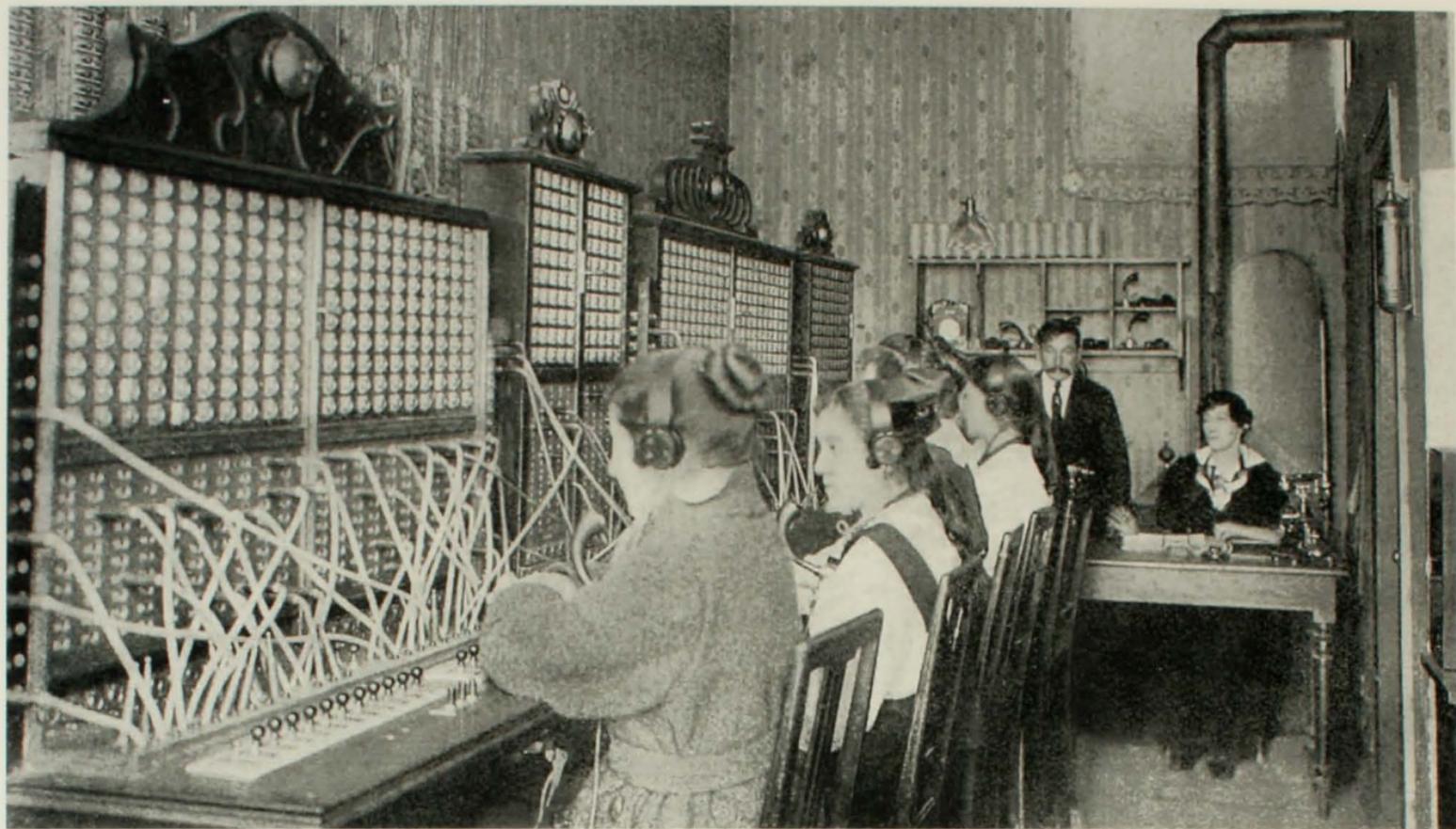
Martha Aelbig, cocinera del antiguo Hotel Kosmos, hacia 1914.
(Gentileza de la señora Teresa Mladinic de Bitsch)



Grupo de voluntarias de la Cruz Roja de Magallanes hacia 1915.
Al centro la presidenta María Menéndez Behety de Campos



Directorio de la Asociación de Damas "La Mujer Croata" en 1914.
(Gentileza Club Croata de Punta Arenas)



Operadoras de la Compañía Telefónica de Magallanes, Punta Arenas 1918.
Este fue uno de los primeros oficios propiamente femeninos de la época



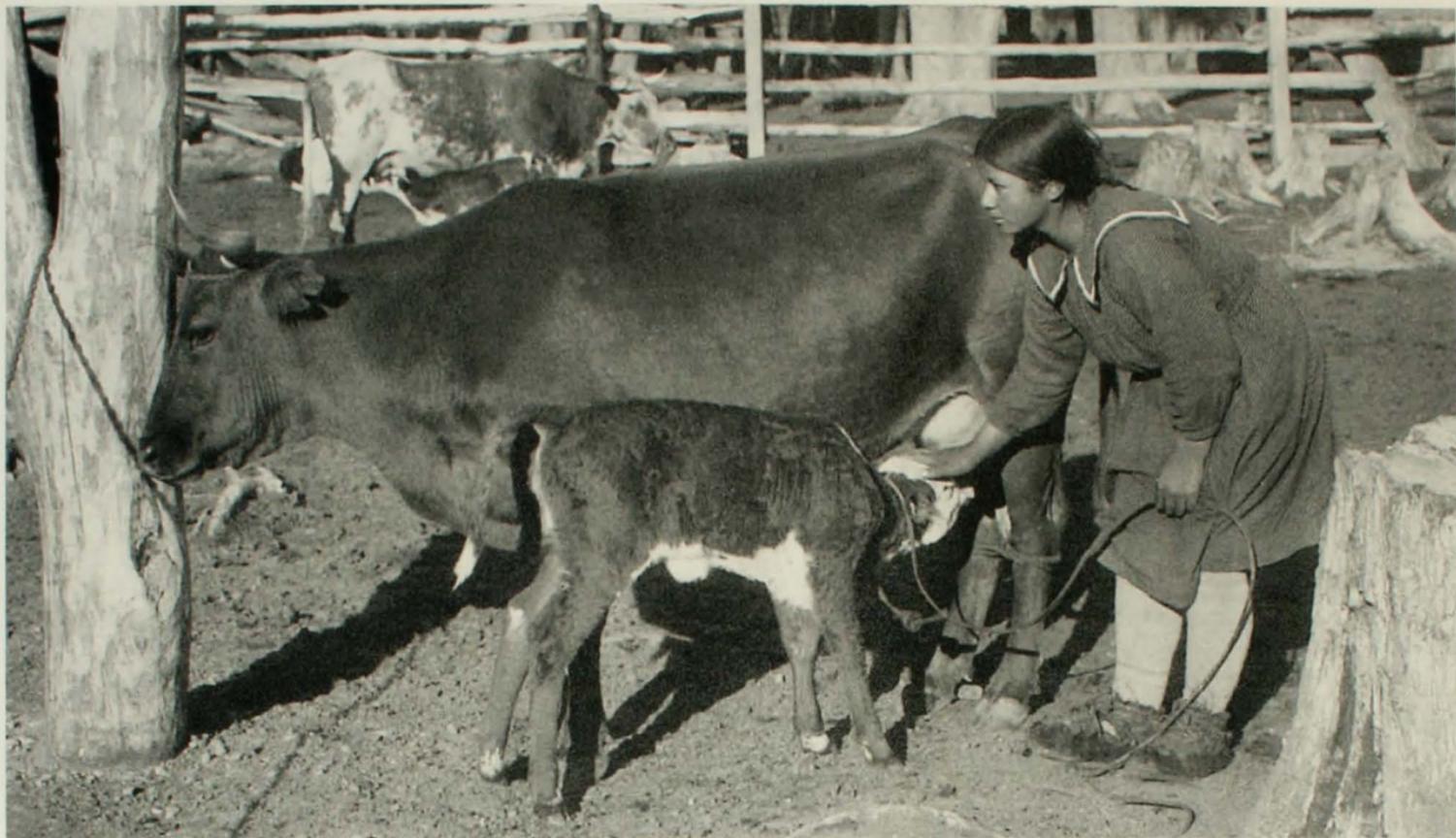
Directora y maestras de la Escuela Elemental N° 5 de Puerto Natales.
Fotografía de época desconocida, posiblemente hacia 1920.
(Gentileza del señor José Luis Oyarzún Barria)



Grupo de modistas y costureras en Puerto Natales. Fotografía de época indeterminada, posiblemente hacia 1920-25.
(Gentileza del señor José Luis Oyarzún Barria)



Niña hilando lana en la Estancia de Candelario Mancilla, lago O'Higgins.
Fotografía de Augusto Grosse 1944



Niña ordeñando en la Estancia de Candelario Mancilla, lago O'Higgins.
Fotografía de Augusto Grosse 1944



Cuerpo de profesores de la escuela particular Eusebio Lillo de Punta Arenas. Fotografía hacia 1925-30.
Obsérvese la predominancia femenina entre los docentes



Arqueóloga Dominique Legoupil junto al autor
en el yacimiento de Ponsonby, isla Riesco, 1997

Maestras y educadoras

En el quehacer femenino de antaño, como en el de ogaño, la primera actividad que cobra relieve por el protagonismo de las mujeres es la de la enseñanza; particularmente la de las primeras letras o de la instrucción elemental. Es comprensible y obvio el que tal haya sido y sea por cuanto hay en la mujer una inclinación indesmentible, es más, una verdadera vocación por la educación infantil, que emana de su natural predisposición hacia la maternidad y la crianza de la prole, de las que la educación no es sino una etapa siguiente y necesaria. Madre y maestra son conceptos que se complementan entre sí a cabalidad. Por tanto puede afirmarse sin exagerar que en cada mujer hay una maestra en potencia.

Esfuerzos para abrir y mantener una escuela en la Colonia de Magallanes los hubo varios y sostenidos durante las primeras tres décadas de su existencia. Por diferentes circunstancias durante ese lapso no se consiguió dar satisfactoria continuidad a las clases y no pocas veces porque no se pudo disponer de un preceptor que permaneciera en su cargo, al punto que en ocasiones el propio Gobernador, o algún oficial voluntario de la guardia militar o inclusive alguno de los capellanes debieron hacer las veces de tal, pero sólo por un tiempo, y después la enseñanza acababa por suspenderse. Así transcurrió el tiempo hasta que, como en tantos otros aspectos referidos al adelanto colonial, cupo al diligente gobernador Oscar Viel ocuparse de tal solución satisfactoria para tan manifiesta cuanto perjudicial carencia social como era la del funcionamiento regular de una escuela pública.

Para ello contó con la colaboración de una de las inmigrantes procedentes de Chiloé, Elena Barria de Téllez, maestra de profesión, quien se hizo cargo de la escuela de niñas de la colonia en 1872. Fue una elección acertada y feliz la que hizo Viel, por cuanto aquélla fue una docente ejemplar que dio la anhelada continuidad a la enseñanza elemental, tanto por su responsable

dedicación cuanto por su calificada labor. Doña Elena había establecido con anterioridad una escuelita particular por lo que el Gobernador había solicitado para ella una gratificación por tal causa, haciendo referencia a la misma en su memoria administrativa correspondiente al período 1871-72. Años después (1875) Petronila o Petrona Malloch de López, una inmigrante catalana, fue nombrada profesora auxiliar de la escuela de niñas. Está visto que donde por largo tiempo fallaron los hombres tuvo al fin éxito una mujer. Ciertamente es un hecho de significación histórica. Ese establecimiento fundador llevó el número dos en el orden administrativo (el número uno correspondió a la escuela de varones) y por muchísimo tiempo fue conocido con la denominación de Escuela Superior de Niñas N°2, que por continuidad corresponde a la actual Escuela "Portugal".

Tras la huella pionera de esta notable maestra llegarían otras muchas mujeres bien dotadas y dispuestas para servir tan digno y noble oficio como es el de abrir el mundo del conocimiento y, mediante el mismo, entregar una herramienta de superación en la vida. Muchas de ellas serían igualmente originarias de Chiloé, por el hecho de funcionar en Ancud una antigua y bien acreditada institución formadora, la Escuela Normal de Preceptoras de esa ciudad. Esta sería el semillero de muchas maestras que ejercerían la profesión en Magallanes, en varios casos por toda una vida de meritoria entrega. Entre tantos nombres de educadoras ejemplares recordamos a Teresa Triviño, que llegó en 1885 como maestra normalista y que dirigió la escuela N°2 desde 1894 a 1899. Posteriormente ingresó al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora en el que profesó como religiosa en 1902, y donde realizaría una notable labor como misionera y como educadora. También Luisa Mayorga de Descourviers, Laura y Sara Soto Corbett, Carmela Cárcamo de Johnston, Laura Castro de Zelada, Amelia Delgado de Díaz, Rebeca Aguilar de Hraste y Elvira Rubín Villa, todas de Punta Arenas, así como Baudilia Avendaño de Youssuff, en Puerto Natales, y Olga Barassi de Kalazich, en Porvenir.

La huella pionera de las mujeres en la enseñanza elemental quedó en el historial particular de los distritos de Tierra del Fuego y de Última Esperanza. En el primero, Lucrecia Rojas fue la fundadora de la primera escuela mixta abierta en Porvenir en 1897, mientras que Ermelinda Mansilla y Mercedes Barrientos de Césped asumieron la responsabilidad docente y directiva de las escuelas municipal creadas en Puerto Natales en 1913 y 1915, respectivamente.

En la enseñanza secundaria o humanística fiscal cabe mencionar a Margarita Schulz de Guerrero, educadora a la que correspondió poner en marcha el Liceo de Señoritas, después de Niñas, en Punta Arenas (1906), en calidad de directora, quien desarrolló una tarea que en pocos años le ganó prestigio al establecimiento. Además Lucila Godoy Alcayaga (Gabriela Mistral), de tan eficaz gestión directiva y docente; Hilda Rojas, que la sucedió y ejerció la dirección del Liceo por largo tiempo, y Carlina Barrientos de Barrientos, que dedicó casi toda su vida a su querido liceo en tareas docentes y de prolongada dirección, a satisfacción de la comunidad por lo demás. Otras profesoras que compartieron sus actividades entre los dos establecimientos fiscales de enseñanza humanística fueron Fanny Proust de Daudet, Teresa Urroz de Cofré y Ada Murúa de Salsilli, entre varias meritorias educadoras. La enseñanza vocacional femenina tiene un nombre señero en Isabel Díaz viuda de Zurach, fundadora de la primera escuela del género, quien la dirigió y la mantuvo por largo tiempo, hasta que la tomó a su cargo el Estado hacia fines de los años de 1930. Por fin, en el campo de la enseñanza especializada mercantil merece recordarse Florence Stuart con carácter de docente ejemplar.

Con el transcurso de los años y las exigencias del progreso civilizador, según adelantaba de modo sorprendente el Territorio de Magallanes, el número de escuelas se multiplicó varias veces. No sólo lo fue en el de la instrucción primaria, sino además en los correspondientes a los colegios de humanidades y los llamados vocacionales, estos referidos propiamente a la

formación técnica de las alumnas en labores propias del sexo, que junto con brindarles conocimientos las habilitaba para desempeñarse con mayor eficacia en la vida.

Fue ese un esfuerzo sostenido digno de encomio y reconocimiento, posible gracias a la participación de muchas mujeres, mayormente anónimas, en distintos niveles de responsabilidad, que desarrollaron una tarea de abnegada entrega personal a favor de la educación de la niñez y la juventud, honrando ciertamente el servicio público.

En el adelanto de la educación -honrosa preocupación de las autoridades gubernativas y de la propia comunidad magallánica a lo largo de los años-, la iniciativa privada asumió un temprano papel colaborador de la enseñanza fiscal y municipal en el Territorio. Y allí, nuevamente, las mujeres desempeñaron un protagonismo determinante.

Entre tanto esfuerzo creador corresponde destacar lo realizado por el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, como participe en el proyecto misional y civilizador de la Sociedad de San Francisco de Sales, por otro nombre Congregación Salesiana, concebido por su fundador, el visionario sacerdote italiano Juan Bosco, para ser desarrollado en los territorios meridionales de América, en el caso en la Patagonia austral, la Tierra del Fuego y las islas Malvinas. A meses de establecida en Punta Arenas la primera comunidad de religiosas, estas no demoraron en abrir una escuela para niñas (marzo de 1889), actual Liceo "María Auxiliadora". La formaban sor Ángela Vallese, la superiora, sor Luisa Rufino, sor Rosa Masobrio, sor Arcángela Marmo y sor María Nicolà, todas de nacionalidad italiana, quienes supieron arreglárselas para llevar adelante una obra educacional, evangelizadora y cultural que desde un principio fue múltiple, superando inicialmente la barrera idiomática y no pocas veces las dificultades de un ambiente vecinal que no siempre se mostró amistoso y comprensivo. Pero salieron adelante y paulatinamente fueron extendiendo su admirable actividad a través de nuevas comunidades, esto es, con otras casas y colegios en distintos

puntos del extenso territorio magallánico: San Rafael y el Buen Pastor, en la isla Dawson; Sagrada Familia, en Punta Arenas, así como en Porvenir y en Puerto Natales, cuyas escuelas llevaron igualmente el nombre de la excelsa patrona del Instituto. No es improbable que sor Ángela Vallese fuera la primera maestra de las alumnas puntarenenses habida cuenta de su dominio del idioma castellano por haber vivido algunos años en Argentina. De recio temple y hechura pionera como lo exigían las circunstancias y el ambiente, fue digna émulo de monseñor Fagnano en su campo privativo, consiguiendo establecer con firmeza la presencia austral de su congregación y desarrolló, además, una tarea educadora loable por espacio de los muchos años en que estuvo al frente de la obra. En su fecunda huella siguieron otras muchas religiosas a través del tiempo hasta el presente, todas con una entrega total a su misión formadora, muchas de ellas habiendo dejado patria y familia, en favor de la juventud magallánica. Valga ejemplarizar entre tantas almas generosas con el recuerdo de sor Eloísa Cañizares y sor Margarita Favaro, maestras de primeras y segundas letras, y de manualidades, que llegaron a octogenarias virtualmente sin descansar en su admirable tarea por excelencia formadora y docente. La tarea educadora de las Hijas de María Auxiliadora ha sido de manifiesta relevancia histórica y se enmarca en la formidable obra evangelizadora y civilizadora de los Salesianos en la Patagonia y la Tierra del Fuego.

Otra entidad privada que concurrió tempranamente con su concurso en la enseñanza escolar fue The British Association of Magallanes, al crear en 1899 la escuela dominical que con el tiempo daría origen al British School, hoy en día Colegio Británico, cuyo desarrollo a contar de 1915 fue asumido por The Anglican Society of Punta Arenas, fundada expresamente para asumir la realización de las labores religiosas y educacionales. En su historial particular es de toda justicia reconocer el trabajo dedicado y responsable desarrollado por largos años por dos mujeres que sin tener una preparación especial, respondieron

a una notable vocación educadora: Olive Aldridge y Margaret Harper, quienes llevaron a cabo una labor que en mucho contribuyó a cimentar el buen nombre del Colegio Británico.

Pero, asimismo, debe mencionarse y reconocerse la importante contribución hecha a la enseñanza elemental por algunas mujeres con alma y corazón de maestras, aunque carecieron de estudios o formación para la tarea docente, que crearon en Punta Arenas unas modestas escuelitas que sostuvieron a su costa, gracias al comprensivo apoyo que les brindó el vecindario, y que realizaron una labor cooperadora en el campo de la educación pública reconocida por las autoridades y por la comunidad. Estas emprendedoras y ejemplares maestras autodidactas fueron Sara S. de Navarrete, Ema Bravo, Miss Giffen, Miss Meredith, Zilly Goudie, Julia Garay Guerra y Mildred Sharp, por cuyos establecimientos, todavía recordados, pasaron y aprendieron con provecho generaciones de niños magallánicos.

Así estas esforzadas mujeres, como las maestras fiscales y las religiosas iniciaron y llevaron a cabo una tarea educativa formidable, proseguida por sus sucesoras hasta el presente. Tarea docente y formadora que debe ser valorizada y entendida en el contexto de la educación como factor de progreso social, que conforma una muy honrosa tradición caracterizadora de la sociedad austral chilena³⁸.

³⁸ Una prueba de la importancia de la participación femenina en la actividad educadora y docente se tiene en el notorio predominio que las mujeres han tenido tradicionalmente en el magisterio magallánico. Vale para el caso el antecedente proporcionado por la Secretaría Regional de Educación y referido al registro del magisterio en funciones durante el año 2001. De un total de 1.670 profesores (municipalizados y particulares), 1.153 eran mujeres (70%) y 517 varones. Es seguro que en tiempos pasados el porcentaje femenino pudo ser todavía mayor.

Misioneras

Aquel incidente ocurrido al capitán Fitz Roy en 1830, al que se ha hecho mención precedente, fue el origen de una preocupación personal del navegante, del que derivaría una acción concreta, primero, y todo un proyecto, más tarde, en procura de la evangelización y la civilización de los indígenas canoeros del sur de la Tierra del Fuego, a los que se veía tan primitivos y desprovistos, al punto de ser considerados por el entonces joven naturalista Charles Darwin, durante su paso en 1832, como integrantes del segmento más atrasado de la humanidad, muy próximos a los seres irracionales.

No es el caso abundar sobre tan interesante materia, pero sí, para ubicarnos en el contexto comprensivo que interesa al tema que nos ocupa, mencionamos que tras el fallido intento misional encomendado por el propio Fitz Roy al catequista Richard Matthews, asumió la tarea con apostólica entrega Allen Francis Gardiner, antiguo oficial de la Real Marina Británica, que creó en 1844 para tal efecto la Patagonian, después South American, Missionary Society. Tras los trágicos episodios protagonizados por el propio fundador en 1851 y por sus seguidores en 1859, al fin el tenaz empeño y el celo de los religiosos ingleses tuvo éxito con la fundación de la misión de Ushuaia, en 1870, puesta bajo la responsabilidad del pastor Thomas Bridges. Este centro estuvo en operaciones hasta 1884, año en que se cerró luego del dramático descenso poblacional de los aborígenes que lo frecuentaban, a consecuencias de las epidemias introducidas por los blancos en el territorio y que habían afectado al conjunto étnico.

Pasados algunos años y habiendo considerado la superioridad de la Sociedad Misionera la necesidad y conveniencia de atender a los indígenas que vivían desperdigados en parajes distantes, se dispuso la apertura de un nuevo centro, esta vez más al sur, en el archipiélago del Cabo de Hornos. Esta fue la misión de la isla Bayly, en el grupo de las Wollaston, puesta a cargo del

catequista Leonard H. Burleigh y de su esposa Nellie, e instalada a partir del 14 de diciembre de 1888.

El lugar a más de remoto respecto de poblados civilizados como Ushuaia y Punta Arenas, llamados a prestarle apoyo, era naturalmente bravío y de clima riguroso para la vida de los misioneros, amén de precario en cuanto a condiciones naturales tales como suelo para cultivos, disponibilidad de bosque maderable y otros. Aparte de lo reparado de su ubicación, al abrigo de los vientos dominantes del suroeste, se le había elegido por su relativa proximidad al cabo de Hornos, por cuyas aguas entonces se realizaba un importante tráfico de veleros mercantes, por lo que eran habituales los siniestros marítimos. De allí que se pensó que la misión pudiera servir para el eventual auxilio de los náufragos.

En ese paraje tan duro y poco favorable, los esposos Burleigh desarrollaron a lo largo de cuatro años una tarea abnegada y dedicada a favor de los indígenas yámana de los alrededores, en medio de privaciones y sacrificios personales, aislados virtualmente de todo auxilio o amparo urgente, jugándose literalmente la vida cada día, estando como estuvieron a la virtual merced de los naturales cuya índole no siempre era tan pacífica como se requería.

Las autoridades misionales no demoraron en comprender lo infructuoso del esfuerzo en ese lugar, por lo que decidieron el traslado de la misión a una ubicación más apropiada y acogedora para la vida de los misioneros, lo que de cualquier manera se dilató hasta 1892. A contar de mayo de ese año se inició el traslado y la ulterior instalación en forma del nuevo centro, ahora algo al noroeste, en la bahía de Tekenika, costa de la isla Hoste. Allí funcionaría hasta el año 1906, desde donde se mudaría al estuario del río Douglas, en la isla Navarino, donde permanecería hasta 1917, año del cierre definitivo de la meritoria labor de la South American Missionary Society entre los yámana.

No es nuestro propósito historiar de manera pormenorizada

la actividad misionera³⁹, sino poner de relieve la participación femenina en ella, que asumió un grado de indesmentible importancia.

Fue el caso de Nellie Burleigh y de las mujeres que ocasionalmente colaboraron con ella y la reemplazaron a contar de 1894 luego de enviudar como consecuencia del trágico fallecimiento de su marido; referencia esta a las señoras Hawkes, Hemmings, a las señoritas Harvey y Fletcher, y a las señoras de los pastores Robert Whaits y John Williams.

El trabajo misional de Nellie Burleigh históricamente adquiere un carácter paradigmático. A la misma cupo trabajar mano a mano con su esposo Leonard, en igualdad de condiciones; soportando sin duda con más sacrificio personal por su condición de mujer las durísimas condiciones de vida, principalmente durante los cuatro años de permanencia en Bayly. Allí, con un celo apostólico inquebrantable, ella se entregó al servicio de los indígenas que pasaron a congregarse y a vivir en su inmediata vecindad, como de otros que arribaron con frecuencia. En ello hubo una noble y amorosa entrega, inflamada de caridad evangélica, que permitió sobrellevar naturales incomodidades y desagradados propios de aquellos hombres y mujeres miserables, famélicos, malolientes y enfermos que conformaron su grey. Fue menester asearlos, vestirlos, alimentarlos, cuidarlos y procurar aliviarlos en sus dolencias y, al fin, por si faltaba, procurar instruirlos en hábitos de civilización y en hacerles comprender el iluminador mensaje evangélico.

Y en esas condiciones de sacrificio pasar cotidiano, con un trabajo incesante y las más de las veces abrumador, supo dejarse un tiempo para su esposo para darse no sólo amor sino también consoladora fortaleza para seguir ambos en la brega, y para los hijos que vinieron en esas avaras condiciones, que fueron concebidos, desarrollados en su vientre y paridos

³⁹ Al lector o lectora interesados sugerimos consultar nuestro estudio "El postrer esfuerzo misional, entre los yámana (1888-1917). Significado en la decadencia étnica. Estado de la comunidad final (1918-2000)", *Anales del Instituto de la Patagonia*, serie Ciencias Humanas, volumen 29, Punta Arenas 2001, págs. 5-27.

en medio de tanta privación.

Fue la suya, la de esta mujer casi desconocida, una conducta heroica, en una debida apreciación justiciera.

Admirable, en verdad, la tarea abnegada de servicio hacia los semejantes cumplida por las trabajadoras misioneras inglesas en el archipiélago austral de la Tierra del Fuego, y digna por tanto de ser puesta con relieve en la historia regional.

No fueron, por cierto, las mencionadas las únicas mujeres misioneras en el acontecer del Magallanes de otro tiempo. También las hubo en contemporaneidad en la isla Dawson, en el centro misional de San Rafael. Se trata de las religiosas pertenecientes al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora que se desempeñaron allí entre 1889 y 1911.

Ello exige igualmente una referencia general contextualizadora.

No bien arribado a Punta Arenas en 1887 monseñor José Fagnano, como responsable jerárquico, para dar principio a la tarea de evangelizar y civilizar a los aborígenes de la Patagonia austral y de la Tierra del Fuego que soportaban ya los embates y las consecuencias que de modo directo o indirecto les ocasionaba la presencia y permanencia foránea (colonizadora) en sus territorios ancestrales, no demoró en advertir que la situación requería de urgente dedicación si se quería salvar a los naturales de la amenaza de extinción que se cernía sobre ellos.

De esa manera, después de un recorrido de reconocimiento por la isla grande de Tierra del Fuego -cuyos habitantes, los *sélknam*, eran los que se veían más amenazados-, e informarse sobre diversas circunstancias atinentes al trascendente asunto, concibió el proyecto de crear un centro misional en la isla Dawson, situada en la parte central del curso del estrecho de Magallanes, para concentrar allí a los indígenas que pudieran ser rescatados en caso de riesgo para sus existencias, y asimismo a los que voluntariamente se allegaran, para atenderlos y procurar civilizarlos y cristianizarlos. Para ello solicitó y obtuvo del gobierno

de Chile, presidido a la sazón por el ilustre estadista José Manuel Balmaceda, la concesión de la mencionada isla, en calidad de arrendamiento fiscal por espacio de veinte años (1889).

Allí, a partir de ese mismo año se inició la instalación de la misión de San Rafael, en puerto Harris, sobre la costa oriental, que devendría todo un complejo edificado, un verdadero poblado, compuesto de viviendas para los indígenas, casas unifamiliares y barracones, para los misioneros y misioneras; capilla, cocina, escuela, bodegas y dependencias diversas, etc., amén de un aserradero, un tambo para vacunos, galpones de trabajo, corrales, muelle y demás, que exigieron un esfuerzo sostenido y cuantiosas inversiones, con recursos financieros obtenidos gracias a la infatigable laboriosidad, diligencia y constancia de Fagnano, y, no poco, a la ayuda de la Providencia.

A ese centro de misión fueron llegando centenares de aborígenes, mayoritariamente sélknam, extraídos forzosamente de la isla grande de Tierra del Fuego, luego de la violencia desatada en su contra por las compañías colonizadoras pastoriles, y también algunos canoeros de la Patagonia occidental y parte central del Estrecho, los kawéskar. Se sabe que durante el período de funcionamiento ingresaron cerca de un millar de indígenas, mayormente mujeres y niños, pues muchos varones pagaron con la vida sus acciones predatoras y sufrieron el consiguiente castigo. Allí permanecieron acogidos con sincero afecto y atendidos con abnegación, pero acabaron sucumbiendo en poco tiempo víctimas de las enfermedades aportadas por los hombres blancos, a las que sus vírgenes organismos no pudieron resistir⁴⁰.

En el elenco fundador del establecimiento misional formaron dos hermanas de María Auxiliadora, sor Luisa Rufino, de 22 años, y sor Filomena Michetti, uruguaya, novicia de sólo 17

⁴⁰ Hay un recuento que señala un total de 862 fallecidos para el lapso indicado (Cfr. Fernando Aliaga, *La Misión Salesiana en Isla Dawson (1889-1911)*, editorial Don Bosco, Santiago, 2000).

años, quienes a tan temprana edad y sin experiencia previa -tan sólo con su voto de obediencia y su gran corazón, y no poco de valentía- hicieron así sus primeras armas misionales⁴¹. Más tarde las siguieron otras hermanas, que en 1897, de acuerdo con el informe de Fagnano, eran entonces sor Juana Valgimigli, maestra de cocina; sor Antonieta Tafarello, maestra de tejido a telar y de canto; sor Arcángela Marmo, maestra de primeras letras y del taller de calzado; sor Catalina Dabbene y sor Herminia Sánchez, a cargo de la enseñanza de costura. Quizás antes hubo otras, tras las primeras, y también después, entre ellas sor Virginia Florio, llegada también muy joven, de 23 años en 1899 y que falleció en 1902, en lo que con razón se consideró una inmolación en la noble causa del amor al prójimo, en el caso de sus hermanos indígenas.

Su tarea cotidiana colmó sus horas disponibles, tal vez quitándole horas al merecido reposo, y la misma debió estar referida a aspectos tales como el aseo de las indias y sus niños, primero ocupándose personalmente de la ingrata tarea y después enseñándoles a hacerlo personalmente; a la instrucción escolar elemental; a la educación, que hubo de comprender desde las formas de comportamiento personal hasta las de convivencia colectiva; la enseñanza de oficios manuales; la alimentación y el cuidado de la salud, aspecto este que tantísimo daría que hacer. Fue en suma una labor abnegada y no pocas veces heroica por ingrata y difícil, hecha invariablemente en el nombre de Dios y por amor a ellos.

Estas meritorias hermanas cuya vida, va de suyo, no fue fácil ni cómoda y, por lo tanto con mucho de privaciones y mortificaciones personales, amén del natural renunciamiento propio de la vida religiosa, hicieron cuanto pudieron, en tarea individual y colectiva, para que la nobilísima tarea misional y civilizadora se desarrollara tan bien como se quiso que fuera.

⁴¹ Sor Luisa Rufino tuvo una prolongada vida misionera y docente y cuando ya era octogenaria recibió del gobierno chileno la condecoración de la Orden al Mérito "Bernardo O'Higgins", por su meritoria trayectoria de servicio.

Para graficar las penurias de su labor cotidiana con las indias, vale ejemplificar con el sacrificio que significaba tener que soportar su fortísimo olor corporal, propio de su hábito consuetudinario de untarse con grasa animal: *Si el Señor no nos diera fuerza física, además de la moral, no se podría en realidad resistir el convivir con los indios; es tan repugnante el hedor que emanan*⁴², se anotaría en la crónica diaria de las religiosas.

Unas y otras misioneras, las católicas y las protestantes, cumplieron, se reitera, una labor abnegada y a veces heroica, de entrega total a un servicio nobilísimo como fuera el procurar el consuelo y la luz de la religión cristiana y los beneficios de la civilización a unos aborígenes que venían sufriendo, en su gran mayoría, el desarraigo de su suelo con cuanto ello conlleva de rebaja en su dignidad y de agobio espiritual, padeciendo físicamente por enfermedades y dolencias y al fin sobreviviendo en miserable condición, todo de uno u otro modo como consecuencia activa o pasiva del enfrentamiento inevitable entre las frágiles culturas aborígenes y la avasallante cultura del foráneo instalado en sus lares ancestrales. En conjunto aquéllas conformaron un grupo selecto y excepcional, por único e irrepetido en la historia regional.

Hicieron ellas, como sus compañeros misioneros, todo cuanto estuvo a su alcance con una entrega sin reservas, pero al fin no pudieron evitar que la paulatina reducción étnica hasta llegar a la virtual extinción, que tanto temían, acabara consumándose igualmente. No fue por cierto su responsabilidad, ceñidos como hubieron de estar a la concepción filosófica imperante en la época y que inspiró su labor que, no obstante que inadecuada en sus métodos -según los consideramos en el presente- quiso la supervivencia de los habitantes originarios.

⁴² *Crónica de la Isla Dawson. Hermanas de María Auxiliadora.* Archivo Liceo "María Auxiliadora", Punta Arenas.

Samaritanas

El corazón de las mujeres, bien se sabe, es una fuente inagotable de amor y de bondad, de comprensión y de compasión por las necesidades y aflicciones humanas. De allí que nada es más natural y propio de la condición femenina que la vocación de servicio a los semejantes en toda circunstancia. En un ambiente social tradicionalmente hegemonizado por los hombres como era el vigente hasta el principio del siglo XX, éstos advirtieron la necesidad de brindar un espacio para el ejercicio de la beneficencia, entendiéndola con toda razón como una función que correspondía con entera legitimidad a las mujeres.

En la historia magallánica se sabe de algunas acciones de tal carácter durante la década final del siglo XIX, algunas ocasionales surgidas ante situaciones de emergencia o de necesidad para la comunidad como fueran los casos del pavoroso incendio forestal que en 1894 asoló los sectores poniente y norte aledaños a Punta Arenas, el de la habilitación del nuevo cementerio y la organización del Hospital de Caridad de la ciudad, en cuyos momentos se encomendó a otras tantas comisiones *ad hoc* integradas por damas de la localidad, la colecta y entrega de auxilios a los damnificados, y la demanda y recepción de las erogaciones en sus casos.

Inclusive, hay información todavía anterior, que da cuenta acerca de una poco conocida Sociedad de Beneficencia, se ignora si de carácter público o privado, que funcionó durante los primeros años de la década de 1870 y en cuya gestión, conjeturamos, debieron intervenir o tener alguna ingerencia directa doña María Luisa Cabero de Viel y doña Julia Alquízar de Dublé, esposas de los gobernadores de la época, damas que dejaron recuerdo de su permanencia por su carácter humanitario y su afabilidad.

Pero fue en el ámbito privado donde desde los años de 1880, a lo menos, no sabemos si como acciones independientes o como continuidad de aquella actividad de la década precedente,

se desarrollaron de manera inorgánica y casual, algunas acciones altruistas en favor de sectores necesitados del vecindario que consagrarían el nombre de varias damas puntarenenses, entre ellas el de María Behety de Menéndez protagonista pionera, cuyo recuerdo conservaría la posteridad. Es posible que las mismas dieran vida a una entidad nombrada Damas de Caridad, fundada en Punta Arenas en 1898, de existencia efímera, y sobre la que se desconocen otros antecedentes.

En esa honrosa tradición surgió en 1902 la primera organización con fines filantrópicos, la Sociedad de Dolores de Beneficencia, o simplemente Sociedad de Dolores. Tuvo su origen en la visita realizada a Punta Arenas por el obispo de Ancud, monseñor Ramón Ángel Jara, quien alentó a las damas con las que hubo de alternar a constituir una entidad inspirada en los objetivos y normas del instituto de caridad evangélica fundado en 1818 por el Director Supremo Bernardo O'Higgins en los albores de la República. Aceptada la sugerencia, se reunieron para el efecto las señoras Ana B. de Correa, Josefina Menéndez de Braun, Cristina Ovalle de Aguirre, Lucrecia Z. de Evans, Fidelia Gandarillas de Campaña, Ismenia S. de Fierro, Manuela G. de Watson, Elena T. de Fritis, Julia B. de Crisóstomo, Teresa F. de Brandt, Isabel M. de Pietrogrande y Elena de Perkins; y las señoritas Carmela Correa y Julia Gandarillas. Primera presidenta y vice-presidenta de la sociedad fueron elegidas Cristina Ovalle de Aguirre y Josefina Menéndez de Braun, respectivamente, en tanto que secretaria lo fue Julia Gandarillas. La prestigiosa vecina doña María Behety de Menéndez fue designada presidenta honoraria.

Esta entidad desarrolló durante el prolongado período de vigencia que se extendería hasta los años de 1930, una tarea eficaz a favor de los sectores más necesitados de la población puntarenense, conformados básicamente por familias de inmigrantes pobres, mayoritariamente de origen chilote, que habían arribado al Territorio atraídos por la fama de prosperidad que para entonces había ganado más allá de sus fronteras. La

obra asistencial se propuso cubrir requerimientos referidos al vestuario, la alimentación, la protección sanitaria y la higiene de la gente necesitada, amén de otros ocasionales siempre concurrentes con el objetivo altruista principal de la Sociedad, todo ello posible gracias a erogaciones personales y la generosa disposición de vecinos y empresarios.

A la misma se entregaron con fervor filantrópico decenas de damas magallánicas, pertenecientes al estrato superior de la sociedad regional, brindando parte de su tiempo a una causa social de relevancia y con el más amplio reconocimiento ciudadano. En su dirección, como presidentas, se sucedieron Elena de Perkins, María Williams de Curtze, Josefina Menéndez de Braun, Claudina Williams de Manns, Ema C. de López, Sara Bloom de Hobbs, María Menéndez de Campos, María Prendes de Mulet, Ana Braun de Gazitúa, Irma Ciscutti, Fidelia Gandarillas de Campaña y Blanca Swett entre otras⁴³.

Otra entidad del género surgida en Magallanes fue la Liga de Damas Católicas, fundada en 1913 por iniciativa del entonces Gobernador Eclesiástico del Territorio, presbítero Luis Héctor Salaberry. Sus objetivos generales estaban referidos a la conservación de la fe cristiana en las familias, a la pureza de las costumbres en la sociedad y a la colaboración para la formación de instituciones de caridad a favor de los desvalidos, como asilos de huérfanos y de ancianos. Sin perjuicio de los primeros, fue, en lo que interesa, en el último de éstos en que se centró la acción de la Liga, particularmente en la creación de una suerte de entidad derivada *ad hoc*, como fuera La Gota de Leche, a la que se dio manejo autónomo.

Para valorar su significado ha de tenerse presente que al promediar los años de 1910 se hizo notoria una situación social que según avanzó el tiempo llegó a adquirir caracteres

⁴³ Otras damas que ocuparon cargos de responsabilidad fueron May de Burbury, Graciela Préndez de Menéndez, Eugenia Montes de Vásquez, Flora de Ewing, Flora de Ciscutti, Elena Adams de Gómez, Lilian de Paton, María de Detaille, Adela Rodet de Jaca, Luz Sáenz de Urrutia y Matilde A. de Siegers, todas, como las antes nombradas, pertenecientes a familias de antiguo y cercano arraigo en Magallanes.

dramáticos, como fue la constatación del raquitismo infantil en familias de los sectores proletarios, como una consecuencia del infraconsumo o inclusive la ausencia total de consumo de leche. En ello había causas motivadoras económicas como la insuficiencia de salarios, pero también culturales, propias estas del segmento inferior de origen chileno, de la sociedad magallánica. El asunto devino preocupante para las autoridades territoriales y municipales y para la propia comunidad, y motivó un sostenido esfuerzo que fue desarrollado durante años hasta conseguir la erradicación del perjudicial fenómeno sanitario.

A ese esfuerzo mancomunado se sumó oportunamente y con una acción ciertamente eficaz La Gota de Leche, mediante la distribución gratuita del producto fresco a las familias que lo requerían. Pero, es claro, la actividad samaritana no paró allí, pues se complementó con una campaña informativa acerca de las bondades de la lactancia natural, sobre el cuidado que debía darse a la salud infantil e instrucciones sobre la alimentación de los menores. Asimismo se recomendaron medidas de higiene doméstica y familiar, y se instituyeron premios para los niños mejor criados y la casa mejor tenida, todo lo cual, obviamente, apuntaba a mejorar cualitativamente las condiciones y el nivel de vida de los hogares proletarios.

La exquisita sensibilidad que poseía Lucila Godoy (Gabriela Mistral) le hizo percibir en profundidad la magnitud de esa situación que afligía a una parte menor, pero no por ello menos importante, de la comunidad con la que convivía, como era la infancia proletaria, y por tanto no dejó de escribir sobre la asistencialidad que operaba eficazmente, poniendo de relieve que tal generosa acción conllevaba un doble beneficio, el material, para quienes la recibían, pero también el espiritual para quienes la brindaban, en tanto cuanto la misma permitía una comprensión real sobre la situación que afligía a la clase popular:

Tienen las instituciones de beneficencia femeninas, comentó en su revista Mireya, una trascendencia mayor que la de su objeto inmediato de socorrer: es ésta el revelar a las clases

altas, cuyos miembros la forman casi siempre, la miseria de un pueblo y darles, de ese modo, una comprensión viva y una impresión durable del mal. Cuando en las Gotas de Leche, una dama pesa el niño raquítrico que le entrega la madre obrera, es como si pesara el dolor del pueblo; tiene en sus manos un documento humano palpitante de la hora que vivimos. No hay ni puede haber revelación mayor que la miseria. Cuando las diversas sociedades que socorren a las familias envían a los hogares necesitados un óbolo, el tugurio entrega a la protectora el cuadro de su pobreza con una desnudez y una verdad inolvidables. Aunque la comprensión parezca tardar, hasta parezca no realizarse, es la verdad que la semilla del dolor no se ha perdido, y el deseo de justicia, y el amor que le sigue, han de venir. No se mira en vano tales cosas, no se las conoce inútilmente.

Ese solo bien que tales sociedades trajeran ya sería grande⁴⁴.

En la materialización de este notorio esfuerzo de asistencia ha de reconocerse la erogación económica de doña Sara Braun Hamburger, que la hizo posible en su inicio y en su desarrollo por largo tiempo; del mismo modo como el aporte personal de las socias que con comprensiva entrega en una tarea periódica durante años hicieron una obra de beneficio popular y contribuyeron con ella a la exitosa campaña pública para erradicar la vergonzosa lacra social del raquitismo infantil.

A la vista de tan consolador trabajo de beneficencia, cabe transcribir lo que en su hora se escribiera respecto del mismo:

¿Cómo no ha de estimarse y distinguirse a quienes, abandonando sus propias comodidades, van tendiendo la mano al caído; enseñando al que no sabe, mitigando congojas; higienizando hogares y protegiendo en toda forma desde la cuna al niño: al que no sabe hacerlo por su propio esfuerzo,

⁴⁴ *La desterrada en su patria*, citada, tomo II, pág. 268.

al que representa para la patria la futura generación en que ha de descansar su fuerza y su grandeza?⁴⁵.

Obra notable de solidaridad y de patriotismo, sin duda alguna.

Si importante esta acción asistencial de la Liga de Damas Católicas, no fue la única. Otras acciones estuvieron dedicadas al vestuario -Sección Roper- y particularmente a la protección de los huérfanos. Este importante aspecto condujo a un proyecto ambicioso como fue la construcción del Asilo de la Infancia, en el sector urbano de Miraflores, obra edificada de gran envergadura que por sí sola califica para la historia la obra filantrópica de la Liga. El asilo de huérfanos inició su actividad en instalaciones provisionales conseguidas para el efecto, en 1916, y después fue puesto bajo el cuidado experto de la Congregación de las Hermanas Verónicas, que echaron los fundamentos de un establecimiento de provecho social y de prestigio que permanece hasta nuestros días.

Todo ello supuso, como es de imaginar, la necesidad y disponibilidad de recursos cuantiosos, que se obtuvieron con las cuotas de las socias⁴⁶, con erogaciones ocasionales de bienhechores y bienhechoras (socios fundadores y socios protectores), de aportes anuales de empresas ganaderas y mercantiles, amén del producto de colectas públicas, de *kermesses* sociales, conciertos y carreras hípicas de beneficio, etc.

Es de justicia recordar a algunas, ya que no es posible a todas, de cuantas mujeres pusieron entusiasmo, ingenio, talento y tiempo (y a veces recursos extras de su propio peculio), para llevar adelante una obra admirable de servicio filantrópico. Entre sus dirigentes estuvo Josefina Menéndez de Braun, que desempeñó la presidencia de la Liga por casi tres lustros (1915-1929); Eugenia Montes de Vásquez, Luisa Morandé de Morandé, Ana Campos de Grenade, María Menéndez de

⁴⁵ La obra de la mujer en Magallanes, *Revista Menéndez Behety*, mayo de 1926, número 29, Punta Arenas.

⁴⁶ Estas en marzo de 1925 sumaban 110.

Campos, Sara Bloom de Hobbs, Estrella G. de Boré, Olivia H. de Ihnen y Herminia Valdés de Pisano. En la dirección particular de La Gota de Leche estuvieron Graciela Préndez de Menéndez, Olivia H. de Ihnen, Augusta Brauckmann, Matilde A. de Siegers y la Dra. Elena Ancic de Barrios, que tanto se desempeñó como vice-presidenta, cuanto brindó permanente asistencia médica a los beneficiarios.

No fueron las mencionadas instituciones las únicas que desarrollaron una labor samaritana durante las décadas iniciales del siglo XX. Merecen asimismo recordarse la Liga de Estudiantes Pobres, dependiente de la Sociedad de Instrucción Popular; la Conferencia de San Vicente de Paul, entidades estas en las que, invariablemente, muchas mujeres prestaron su colaboración, y por fin el Comité de Damas de la Cruz Roja Chilena, cuya loable labor social merece una consideración particular.

Fue creado en 1912 como rama femenina de la Cruz Roja de Magallanes, institución que había sido fundada en 1903 bajo el nombre de Cuerpo de Asistencia Pública, por iniciativa del inmigrante italiano Victorio Cuccuini y la participación de algunos otros hombres, todos sencillos artesanos unidos por el noble afán de auxiliar a los enfermos y heridos mediante la prestación de primeros socorros. Pocos años después la entidad humanitaria adhería a los principios de la Cruz Roja Internacional, adoptando la denominación tradicional, y pasó a ser la institución fundadora e inicialmente la rectora para Chile en este género del servicio filantrópico. La fundación de Cuccuini y compañeros dio de esa manera una muy honrosa primacía histórica a Magallanes.

En su gestación y primeras actividades hasta 1932 estuvieron damas de posición social relevante, algunas de ellas ya partícipes en organizaciones del género semejantes, tales como María Williams de Curtze, la primera presidenta de la entidad; María Menéndez Behety de Campos, Eugenia Montes de Solo de Zaldívar, Emilia Bois de Chesne, Ana de Crisóstomo, Elena Adams de Gómez, Magdalena Scotti de Larravide, Virginia A.

de Cucuini, Inés Cucuini de Zanzi, Polinesia Tangacis, María Caseaux de Pourget y Kathe Petersen de Wahlen, la última presidenta del período.

A contar de 1933 el Sub-Comité de Damas fue integrado al Comité Central de la Cruz Roja de Magallanes, perdiendo autonomía y perfil, situación en que se mantuvo hasta 1957. Para entonces se había hecho evidente la importancia de la participación femenina en la institución, surgiendo así la Asociación de Señoras de la Cruz Roja de Punta Arenas, cuya gravitación fue creciente en la misma medida que perdía relevancia la participación masculina tradicional, al punto que en 1982, la entidad femenina pasó a representar corporativamente a la Cruz Roja en Magallanes, al obtener para sí la calidad de filial por disposición de la autoridad institucional a nivel nacional. En 1996, por fin, esta misma autoridad creó el Comité Regional de la Cruz Roja, sobre la misma base de la organización preexistente, con filiales en Punta Arenas, Puerto Natales, Porvenir y Puerto Williams.

Dirigentes y socias de actividad destacada en el período histórico reciente (desde 1957 en adelante) han sido Inés Zanzi de Matic y Susana Suárez de Doberti, que ejercieron la presidencia institucional por años; Lily Gómez de Descourvieres, Ludomila Barrientos de Kairis, Herminia Rial de Camelio, Humberta Santana de Álvarez, Ruth Vergara de Mac Lean, Silvia Arentsen de Barroso, Lidia Vidal Álvarez de Bravo, Dionisia David de Yaksic, Carmen Maldonado y Olga Ursic Bonacic de Alarcón, presidenta del Comité Regional de Magallanes a contar de 1996.

En cuanto a las actividades institucionales -tareas samaritanas por excelencia-, desde un principio las mismas dijeron relación con la atención de los accidentados y enfermos en lo tocante a primeros auxilios, que con el tiempo se extendieron a labores de filantropía tales como la asistencia ocasional a los menesterosos y desvalidos, y la participación en campañas de interés público como las luchas por la erradicación del raquitismo infantil, de la

tuberculosis y el alcoholismo, y por la difusión de prácticas de higiene popular. A lo largo de toda su existencia institucional, ya casi secular, ha abordado con eficacia la formación y capacitación de auxiliares de enfermería -para el efecto se creó en 1920 una Escuela de Enfermeras, a cargo de Marina S. de Bianco y del médico Oscar Munizaga Ossandón- y paramédicos, y la atención del policlínico, del dispensario gratuito y del banco de sangre, tareas todas de tradicional relevancia. Para entenderlo, cabe recordar que la asistencialidad médico-sanitaria pública en Magallanes ha tenido un desenvolvimiento gradual en el tiempo; si hoy día es masiva y de amplia cobertura social, durante muchos años tuvo un alcance más restringido (hasta 1950 aproximadamente), de manera que la labor asistencial de la Cruz Roja de Señoras fue de notorio provecho para la comunidad, en ocasiones casi providencial, como sucediera en Puerto Natales y Porvenir, cuando sus hospitales dejaban mucho que desear por sus notorias carencias y atrasos. Así la institución se ganó tempranamente el merecido prestigio de que goza entre las instituciones magallánicas, con el correspondiente unánime reconocimiento ciudadano.

En la consignación de las acciones femeninas relevantes del género benéfico y filantrópico, cabe una mención particular para la congregación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, que por décadas se incorporó al servicio asistencial público en la atención especializada de enfermos y de huérfanos. De tantas religiosas que prestaron un abnegado cuanto callado ministerio, cabe ejemplarizar con sor Andrina Vozelj, de recordada memoria por su competencia profesional en enfermería y por su espíritu auténticamente samaritano.

Entre las actividades de beneficencia de las que virtualmente no queda memoria debe hacerse referencia a una casi curiosa, el Comité Billiken "Gregorio Iriarte Heredia", que tuviera vigencia durante el curso de los años de 1920.

Las entidades de tal denominación -Comités Billiken- eran corporaciones infantiles internacionales, constituidas en forma

de sociedades de beneficencia, cuyo fin principal tendía al acercamiento espiritual de las poblaciones sudamericanas y habían sido fundadas años antes en Buenos Aires por inspiración de algunos escritores de renombre como Constancio C. Vigil, Eduardo Carrió y Carmen S. de Pandolfini, todos motivados por el amor a la niñez.

En Punta Arenas la primera y única entidad de la especie que se conociera en Magallanes, y tal vez en Chile, se fundó el 3 de diciembre de 1922 por iniciativa de una joven de particular sensibilidad, María Fernández Echagüe, que además estaba ligada por amistad con los fundadores, quien fue elegida como la primera presidenta y reelegida por varios períodos.

La actividad del Comité Billiken "Gregorio Iriarte Heredia", no obstante la especificidad de su objetivo en el hecho hubo de extenderse a los sectores sociales cubiertos por otras instituciones locales, y tuvieron como beneficiarios a los niños de los hogares proletarios, a los huérfanos y a los enfermos, pero también a quienes ya hacía tiempo habían dejado el período de la niñez, como eran los conscriptos que cumplían con sus obligaciones militares. Las ayudas, variadas, incluían el suministro de ropa de abrigo, alimentos, pago de recetas médicas y de medicamentos, costeo de estudios y de pensión, buscando compartir con los beneficiados entregando afecto y camaradería y procurándose que los agentes solidarios fueran jóvenes y jovencitas.

La vocación de servicio distintiva de las mujeres magallánicas se manifestó durante la segunda mitad del siglo XX con la progresiva participación de cuantas que han entregado y entregan parte de su tiempo en el bien de los enfermos y, en general, de los necesitados. Es por definición el voluntariado femenino, como se lo identifica en el presente. Expresiones varias del mismo son el Centro de Amigas del Hospital Regional de Punta Arenas, la primera de estas organizaciones surgidas en Magallanes hacia los años de 1950; y las agrupaciones conocidas como Damas de Rojo y de otros colores, según los correspondientes a sus uniformes distintivos, y otras organizaciones

que han asumido la tarea asistencial de colaboración en especialidades patológicas o minusvalías inhabilitantes, acreedoras todas por igual al amplio reconocimiento ciudadano de que gozan. Asimismo debe mencionarse a la Conferencia de San Vicente de Paul, reactivada al promediar el siglo XX tras un receso de años, y en la que se ha distinguido como figura caracterizadora Elena Martínez Miguez de Fernández, por su admirable entrega y su constancia a favor de los necesitados; la Fundación Humanitaria Cvirata, dirigida por Elena Rada de Baeriswyl, dedicada a la atención de las ancianas; y la notable acción asistencial de los clubes de Leones de Punta Arenas en favor de los discapacitados, cuya expresión paradigmática es el Centro de Rehabilitación "Cruz del Sur", acción animada por Susana Alasevic de Rasmussen y Athina Stefadouros de Icónomos, entre otras varias damas de admirable dedicación solidaria. Para concluir viene al caso mencionar a los centros de madres y talleres parroquiales surgidos en el país y en Magallanes a contar de la década de 1960, como organizaciones femeninas con objetivos orientados a la dignificación de las mujeres modestas a través de la capacitación técnica, la formación cultural y la promoción humana y que han realizado, como realizan, una tarea social de indudable trascendencia.

Por fin, corresponde una referencia siquiera breve sobre algunas mujeres que se han destacado en la labor propiamente profesional de atención sanitaria. Así la doctora Elena Ancic de Barrios, la primera médica magallánica por antonomasia, de prolongado servicio calificado por su hondo sentido social. También María Asunción Requena, la primera magallánica que ejerció la odontología y que sin mengua de su labor profesional supo darse tiempo para la creación literaria. En el campo de la atención obstétrica, iniciado con la labor pionera de las comadronas de antaño, como fuera doña Toribia Benavides, la primera trabajadora de la especialidad de que se tiene memoria, víctima del motín de los artilleros en 1877. Más tarde se hizo notoria la incorporación de algunas inmigrantes europeas con

estudios académicos, tales como Juana Milostic y Petronila Krzelj de Romanelli, matronas tituladas ambas. Leonor López fue la primera matrona chilena que llegó a ejercer en Punta Arenas; lo hizo en 1911 y trabajó durante más de tres décadas con unánime reconocimiento. De actuación contemporánea y posterior fueron entre otras Magdalena Scotti de Larravide, Valentina Calderón de Díaz, Brisalia Uribe de Alarcón, Mercedes Yutronic Caracciolo, Ester Céspedes, y Ema Osorio Peric, la primera magallánica que obtuvo el título universitario de la especialidad, todas ellas de prolongado cuanto eficiente servicio. En las labores de enfermería es de justicia recordar a Benigna Silva, que prestó servicios en el Hospital de Asistencia Social entre 1907 y 1922; Domitila Mora y Juana Mutschke Ross, que lo hicieron en época posterior y por largo tiempo, y a Lidia Vidal Álvarez, esta igualmente la primera oriunda que obtuvo el título de enfermera universitaria.

Ciertamente el amplísimo campo de acción social surgido de la filantropía y del altruismo ha sido fecundo por demás en expresiones de genuino y nobilísimo protagonismo femenino, que han llenado con mérito el acontecer de un siglo en Magallanes.

Gestoras económicas: artesanas, empresarias, trabajadoras independientes

Forzada como estuvo la mujer a recluirse puertas adentro de su hogar por obra de los prejuicios de vigencia ancestral, su incorporación a la producción económica en carácter autónomo o independiente hubo de ser un suceso históricamente tardío. En efecto, ello vino a darse en Occidente con alguna notoriedad a partir de las postrimerías del siglo XIX y particularmente durante los inicios de la centuria vigésima.

Nos parece que fue su natural habilidad para la costura la que permitiría a las mujeres abrirse un espacio en el ambiente de la actividad económica hasta entonces dominio exclusivo de los varones. Y en verdad tal fue sucediendo paulatinamente.

En el caso de Magallanes, que es el que interesa, esta suposición encuentra su fundamento en el registro censal de 1906, que tan útil es como radiografía social de la época en que en el territorio se daba por completada la fase de la ocupación colonizadora, en general, y se daba comienzo a la de la consolidación en un contexto de sorprendente y rápido desarrollo social y económico que hemos denominado como "los años dorados".

Así, los datos aportados dan cuenta que entonces había 1.258 mujeres ocupadas en actividades económicas (excluidas las que ejercían la prostitución)⁴⁷. De ellas, como puede verse en la tabla que se acompaña, 272 eran potencialmente capaces de desempeñarse en forma autónoma o independiente, antecedente que no consta del registro censal. Lo interesante es que el 84% de las mismas poseían oficios referidos a o derivados de la costura como manualidad artesanal.

Ahora bien, es posible que una parte de ese total efectivamente se desempeñara en esa condición de gestión autónoma o de trabajo independiente, recibiendo tareas por encargo, a domicilio, y otra trabajara directamente como asalariada. Una porción menor gestionaba la actividad en calidad de artesanas independientes, esto es, actuaban como pequeñas empresarias. Sus motivaciones económicas por tanto, debieron estar o en la procura del sustento personal o familiar en su caso, total o parcialmente, o en el afán de abrirse un camino en la vida para mejorar de condición social.

⁴⁷ Conformaban la cuarta parte del total de personas censadas con declaración de profesión u oficio conocido (5.029 individuos).

*Profesiones femeninas en Magallanes (1906)**

Actividad	Cantidad	Nacionalidad	
Artesanías			
Aparadoras	2	(1 chilena	1 extranjera)
Bordadoras	3	(2 chilenas	1 extranjera)
Chalequeras	3	(3 extranjeras)
Colchoneras	1	(1 extranjera)
Corseteras	1	(1 chilena)
Costureras	151	(132 chilenas	19 extranjeras)
Floristas	1	(1 chilena)
Modistas	63	(18 chilenas	45 extranjeras)
Pantaloneras	3	(2 chilenas	1 extranjera)
Servicios domésticos			
Amas de llave	2	(2 extranjeras)
Cocineras	56	(35 chilenas	21 extranjeras)
Domésticas	81	(61 chilenas	20 extranjeras)
Lavanderas	221	(192 chilenas	29 extranjeras)
Niñeras	2	(2 extranjeras)
Planchadoras	22	(8 chilenas	14 extranjeras)
Sirvientas	554	(325 chilenas	229 extranjeras)
Varios			
Telefonistas	1	(1 chilena)
Enfermeras	4	(2 chilenas	2 extranjeras)
Matronas	4	(1 chilena	3 extranjeras)
Parteras	5	(4 chilenas	1 extranjera)
Profesoras de música	5	(4 chilenas	1 extranjera)
Educacionistas (maestras)	22	(19 chilenas	3 extranjeras)
Institutrices	4	(2 chilenas	2 extranjeras)
Prostitutas	47	(35 chilenas	12 extranjeras)

*Elaborado a base de datos contenidos en L. Navarro Avaria, Censo Jeneral de Población i Edificación, Industria, Ganadería i Minería del Territorio de Magallanes (Punta Arenas, 1908).

Por esos años en Punta Arenas las mujeres del estrato social superior o burgués, que disponían de recursos para el vestuario de calidad, debían surtirse con las prendas y vestidos que se importaban desde Europa, continente con el que el bien abastecido comercio de importación mantenía una antigua relación, favorecida por la excelente comunicación marítima que Punta Arenas tenía con los principales puertos del occidente europeo, en particular con algunos de Francia, país que, bien se sabe, dictaba normas entonces en la moda femenina. La gente bien, las esposas e hijas de los empresarios ganaderos, mercantiles e industriales, y de los funcionarios públicos de jerarquía superior, encargaban espléndidos *trousseaux* que lucían en sus frecuentes reuniones sociales, sobre las que ha quedado referencia en informaciones de la época. De allí que, conjeturamos, la labor de costura como actividad económica hubo de referirse más que a la confección propiamente tal a los ajustes y arreglos que eventualmente podía exigir para su uso la vestimenta femenina. De cualquier modo, siempre hubo de quedar un margen para la actividad de elaboración de prendas, trabajo que suponemos pudo crecer en cuanto a demanda de servicios según lo hizo la población y la disponibilidad de recursos.

Esta situación de abastecimiento de ropa para damas, como para varones desde Europa (en este caso preferentemente desde Inglaterra), continuó sin variaciones hasta el inicio de la Gran Guerra Europea (Primera Guerra Mundial). Este conflicto que se prolongó por poco más de cuatro años interrumpió en el hecho las conexiones marítimas regulares con Punta Arenas y, por tanto, el abastecimiento de mercancías. En lo que interesa hubo de servir para activar la costura, en distintos niveles, selectos, medios y populares. El retorno de la paz -el cese de las armas ocurrió en noviembre de 1918-, y la reanudación del tráfico con los mercados europeos no significó, sin embargo, el retorno a la situación anterior prebélica. Por una parte, la postguerra con la crisis sobreviniente afectó la producción industrial y por otra, la paz trajo consigo importantes cambios

culturales y sociales que influyeron en la vida de las mujeres, particularmente en lo tocante a modas y costumbres. En buenas cuentas, para la clientela de Magallanes la situación antes conocida no volvió a repetirse, no al menos en un grado de dependencia como el de antaño.

La consecuencia práctica estuvo en el auge de la confección de vestuario, con lo que comenzaron a proliferar los talleres de modas y el trabajo independiente de modistas y costureras. De esa manera cobró forma, en propiedad, el pequeño empresariado del ramo, genuinamente femenino, como hecho novedoso en la economía local.

El mismo ya había registrado algunos nombres de artesanas gestoras en 1906: Sofía Passadori, Elvira O. de Cendalli, Ester Águila (talleres de modas) y Magdalena Mayer (s sombrerería). Años después, en 1914, el Rol Municipal de Patentes Industriales y Comerciales agregaba a otras modistas como Italia M. de Timis, Carmen Sánchez, Lucía Schoon, Petronila Aragonés, Eugenia O. de Seller y J. García (talleres de modas); y Teodosia Muñoz y una tal Stolzmann (s sombrererías). Para 1926 avisaban en la prensa Emilia Campos de Villamor y Emilia B. de Gallardo, pero en ese tiempo eran varios los talleres que junto con recibir trabajos de confección eran un semillero de futuras modistas. Entre otros se recuerda el regentado por Natividad de Massanés, donde cosía Josefina Beros Pavisic, inmigrante croata que era autodidacta en el oficio pues desde pequeña había mostrado una clara vocación por la costura. Con los años llegó a ser muy acreditada profesional que trabajó hasta pasados los noventa años de su vida. En ese taller se capacitó entre otras, Stanka Bonacic de Ursic, afamada modista de los años '30 a los '50, formadora a su tiempo de aprendices y oficiales en el ramo. De esa misma época y por largo tiempo hasta promediar el siglo XX fueron asimismo conocidas profesionales Estefanía Galetovic, Guillermina de Lagos y Uberlinda R. de Cejas, quien creó una academia de corte y confección de acreditada trayectoria.

Hasta aquí esta extensa referencia a tan noble y tradicional oficio femenino como es el de la costura, sin duda el primero que surgió en el ambiente magallánico como manifestación de creatividad pequeño-empresarial y por tanto de independencia económica para sus cultoras.

Entre los cambios sociales que trajo consigo la primera postguerra, en especial durante el tiempo de los llamados “años locos”, estuvo la moda del pelo corto entre las mujeres y luego el uso de permanentes y peinados. Localmente tal práctica se introdujo hacia 1930 por especialistas al parecer formadas en Buenos Aires, y comenzaron a trabajar las primeras profesionales conocidas como “permanentistas” o “peinadoras”, entre las que dejarían fama Lucrecia de Buzolic, Rosita Obilinovic y Ramona de Sánchez.

No siempre el dominio de un oficio y la voluntad de querer surgir en la vida, o de otra parte la disponibilidad de algún capital condujeron a la generación o surgimiento de pequeñas empresas económicas. Algunas veces también las motivaron las circunstancias propias del vivir cotidiano como el fallecimiento del esposo, o incluso el abandono del hogar por el marido, las que pusieron a las esposas viudas o abandonadas ante el desafío de proseguir con las actividades por ellos iniciadas o interrumpidas con su muerte o alejamiento.

Si los primeros casos se dieron con la iniciación directa de actividades por algunas mujeres emprendedoras, como sucediera en 1906 con Magdalena Tarrío, propietaria de una panadería; otras veces lo fue el segundo, el que afectó a una tal viuda de Portas, igualmente devenida propietaria de una panadería, antes de 1906, y en tiempos históricamente más recientes, los de doña Margarita Mimica y de doña Ángela Marusic, al enviudar de don Pablo Musac y de don Nicolás Vukasovic, respectivamente, propietarios fundadores de los establecimientos panificadores “Universal” y “Dalmacia”. En las manos de estas empresarias de circunstancias la actividad productiva de los mismos se prolongó por años y con éxito económico. Los

negocios de restorán, de elaboración de alimentos para llevar y de repostería han sido y son igualmente actividades económicas de recurrente y notoria presencia femenina. Figura caracterizadora en el tiempo reciente ha sido Oliva Fernández de Fernández, a base de cuya maestría culinaria, como de su laboriosidad asturiana, se formó una afamada empresa familiar de fabricación alimentaria. También de ogaño, y no por ello menos pionera en el ramo, es Nora Weisser Felmer de Castro, exitosa iniciadora de la elaboración artesanal de chocolates.

Una situación semejante se dio con el ejercicio del comercio (tiendas, baratillos, almacenes de menestras). Ejemplarizamos con doña Dolores Montecinos de Neira, fundadora de una tienda para la venta de vestuario, sombrerería y anexos, de larga vigencia, durante la que acreditó merecida fama mercantil, cuyo local caracterizaría a una esquina del sector central de Punta Arenas. La otra situación, esto es, la gestión empresarial por causa de viudez, se dio repetidas veces. Basta recordar los casos de los almacenes de menestras de doña Anastasia Domic de Bahamonde, de doña Rosa Beros de Martinic y de doña Bonica Ostoic de Vrsalovic, quienes llevaron adelante sus correspondientes establecimientos comerciales por más de medio siglo, llegando hasta una edad octogenaria detrás del mostrador en loable ejemplo de dedicación y laboriosidad.

La hotelería ha sido históricamente otro ramo del quehacer mercantil en donde se ha lucido la mano de algunas empresarias de ayer y de hoy. Mencionamos para el caso lo acontecido con los hoteles rurales "Tres Pasos", "Carpa Manzano" y "Los Robles" (Río Rubens), gestionados por doña Juana, la viuda de Rogelio Figueroa, doña Jerónima Stipicic de Ursic y doña Adelaida Barrientos viuda de Ovando, respectivamente. Esta última, en particular, se hizo famosa por la excelencia de su cocina, como por la atención brindada en su prestigioso establecimiento. En tan admirable como digna escuela se formó su hija Ida Ovando de Mladinic, también estupenda cocinera y empresaria que fundó la hostería "Llanuras de Diana" en Última

Esperanza, a fines de los años de 1960 y que ganó un merecido renombre dentro y fuera de Magallanes.

Por fin, cabe una referencia a otra área de la vida económica en el que la actividad empresarial de la mujer magallánica, no por escasa y excepcional dejó de ser relevante. Es el caso del manejo de establecimientos ganaderos en tiempos de la colonización y recolonización de los campos regionales. Basta destacar los casos de Juana Gil Torrens, esforzada pobladora de la isla Navarino, no muy lejos del legendario cabo de Hornos, que supo vencer el agobio del aislamiento y tantas carencias, y sin embargo consiguió hacer productiva su estancia⁴⁸; el de Violeta Escala de Santelices, que se dio maña para manejarse en una actividad criadora que desconocía y salió adelante con su estancia en la isla Riesco, donde reside hasta el presente gozando del fruto de su dedicado esfuerzo de años; y el de Sara Cárdenas de Sepúlveda, pobladora en las fronteras territoriales del norte, al borde del campo de Hielo Patagónico Sur, en que faltaba de todo y no había virtualmente dónde procurárselo, sino a costa de ingenio y trabajo. ¡Qué ejemplo de pionerismo el de esta brava mujer que acompañó a su marido Ismael Sepúlveda Rivas cuando este se instaló en un pedazo de campo salvaje y de difícil acceso, junto a la laguna que el mismo bautizó "del Desierto", convencido de encontrarse en suelo chileno, y allí iniciaron una explotación pastoril tan difícil que debieron luchar casi día a día contra el puma predador que les diezmaba la hacienda!⁴⁹. ¡Qué fuerza anímica y qué reciedumbre física la de ella, que allí vivió, tuvo a sus hijos, trabajó mano a mano con su esposo y cuando este faltó⁵⁰, se empeñó en salir adelante con la avara explotación, procurando sacar algún provecho que pagara la pena de vivir con tantas privaciones como las

⁴⁸ Doña Juana fue distinguida en el año 1983 con la condecoración "Ciudadana Ilustre de Magallanes", por el Gobierno Regional.

⁴⁹ Esta ocupación fue uno de los fundamentos de Chile para reclamar el dominio sobre el territorio de la laguna del Desierto que, no obstante, el laudo arbitral de 1994 reconoció como de pertenencia argentina por encontrarse al oriente de la divisoria continental de aguas.

⁵⁰ Falleció en 1944.

que tuvo que soportar!

Andreas Madsen, un estanciero ubicado en suelo argentino en relativa proximidad y que la conoció bien, recordaría cómo los Sepúlveda llegaron al remoto paraje para instalarse y algunas cualidades de doña Sara:

Su marido, araucano chileno, decidió no seguir de peón y trabajar por su cuenta⁵¹. Toda la tierra más o menos accesible estaba ya ocupada, de modo que se internó, con toda su familia, a caballo, en el corazón de la cordillera a varios días de marcha del punto hasta donde llegaban las rutas transitadas, en la frontera misma con Chile, allí donde las alturas entre el Viedma y el San Martín dividen el curso de las aguas.

No había alma viviente en varias millas a la redonda. Allí tuvo doña Sara que construir su hogar, desafiando el aislamiento y las penurias de un clima áspero e implacable, a menudo sola con sus hijitos, encabezados por una niña de nueve años.

Cuando llegaba el verano, don Ismael salía a changuear en las esquilas para conseguir así algunos pesos que aseguraran comida y vestimenta para la familia. Durante esas ausencias doña Sara mantenía encendida la llama del hogar.

Era una de esas mujeres admirables. De origen humilde, con muy escasa instrucción, había sabido sin embargo transmitir a sus hijos lo poco que sabía, que para el lugar era mucho, especialmente un real espíritu de trabajo y un culto al honor del que a menudo carecen los niños criados en la comodidad y el bienestar⁵².

Como las mencionadas, que sirven de ejemplo, hubo -como hay- otras muchas mujeres a quienes trances ingratos de la vida las obligaron a enfrentar el futuro como estancieras o parceleras, y salieron adelante.

⁵¹ Ello sucedió en 1922.

⁵² *Cazando pumas en la Patagonia* (Madsen-Bertomeu, Buenos Aires, 1956), págs. 109-110.

Así, está claro, a lo largo del tiempo y en emprendimientos económicos de diferente clase, las mujeres magallánicas supieron manejarse en una suerte de pionerismo demostrativo de su capacidad en el seno de la sociedad. Era, se ve, cuestión de oportunidad lo que por tantísimo tiempo les había faltado. Ahora, a la luz de nuevos conceptos filosóficos y menos prejuicios se daba una posibilidad que con reiteradas demostraciones permitiría al fin en Occidente la superación de la minusvalía social que gravitaba sobre las mujeres, y la conquista de su legítima igualdad respecto de los hombres.

Las trabajadoras dependientes (servidoras personales y familiares)

Las especialidades laborales correspondientes (sirvientas, gobernantas y amas de compañía, amas de llaves, lavanderas, planchadoras y otras), debieron manifestarse tardíamente en el seno de la sociedad magallánica pionera. El supuesto necesario fue el enriquecimiento de una cantidad de familias que, de ese modo, fueron conformando un estrato social pequeño-burgués connaturales al cual eran algunas exigencias propias de la mayor comodidad y recursos de que se disponía, lo que hizo que las esposas y madres dejaran de realizar personalmente algunas tareas y dispusieran para ello de la colaboración de trabajadoras independientes. Surgió así en Magallanes hacia la década final del siglo XIX la institución de la servidumbre doméstica.

Se daban en ella varias especialidades, tales como las empleadas encargadas del aseo y otros menesteres de la casa, conocidas propiamente como sirvientas; las cocineras, lavanderas y planchadoras. Naturalmente, el contar con una o más mujeres para estas diferentes tareas dependía de las necesidades de

la familia y de la bolsa del jefe del hogar. Sin duda que hubo quienes pudieron tener personas para atender todas esas especialidades, pero otros porque no quisieron o no pudieron debieron conformarse con tan sólo lo que podían pagar.

En el Magallanes de fines de siglo XIX y las primeras décadas del XX, que fue el período de mayor vigencia para esta clase de empleos femeninos, abundaba la oferta de mano de obra correspondientes pues había mujeres inmigrantes o hijas del país que requerían del empleo para subsistir. Aunque las chilenas solían ser buenas sirvientas, en ocasiones se las contrataba entre gente de la misma nacionalidad del jefe del hogar o de la madre de familia, por razón de una mayor afinidad cultural, entendimiento del idioma y una mayor confianza.

Si la prole era crecida en número o el status lo exigía, se generaba la necesidad de otros empleos adicionales, tales como las nodrizas, gobernantas y damas de compañía, dependiendo de las edades y sexo de los hijos. En algunos de estos casos, en los dos últimos en particular, era obligada la contratación de mujeres de origen europeo, inglés, alemán o francés de preferencia, según los casos y con instrucción y educación, pues ellas asumían en parte un papel formativo para las niñas.

Otro empleo, de toda confianza, era el que decía con la responsabilidad del cuidado de las casas durante los períodos en que los propietarios marchaban de viaje o bien, como también solía darse, que residieran en Punta Arenas solamente una parte del año. Para el caso se elegía gente conocida y probada, cuya laboriosidad y limpieza, fidelidad y honestidad fueran intachables. De allí que algunos de esos cargos surgieran de entre antiguos servidores, que así, en cierta medida daban cima a una carrera en el servicio doméstico. Fue común que para el caso se eligiera a matrimonios en el que la responsabilidad de mayor confianza era para la mujer, en tanto que el marido servía como jardinero y en otros menesteres propios del sexo. Vivían comúnmente en un departamento o casa anexa a la mansión de cuyo cuidado respondían, y disponían de comodidades suficientes

para un vivir decente y tranquilo, aunque austero.

Sabemos de casos ejemplares de prolongado servicio de años, hasta una edad avanzada, por la recíproca aceptación de patronos y empleados. Tales los casos, entre otros varios, de don Jesús Rivero y su esposa doña Aurora Rodríguez, ambos inmigrantes asturianos que por toda una vida fueron apreciados cuidadores de la mansión de don José Menéndez y que en el curso de los años de 1910 pasó a manos de su hija María Menéndez Behety casada con Francisco Campos Torreblanca. También el de don Máximo Gutiérrez y doña Lucía Vásquez, igualmente originarios de Asturias, que por años sirvieron leal y devotamente a doña Sara Braun Hamburger, en el responsable cuidado de su residencia puntarenense. Tan del agrado de esta ilustre y acaudalada dama debió ser aquel servicio, que en su testamento dejó un legado a su hija Mercedes, también fiel colaboradora. Otros matrimonios cuidadores en los que, se reitera, las mujeres tenían la responsabilidad principal fueron los de Valentín Fernández y María Sánchez, responsables de la mansión de don Mauricio Braun, y Marcelo y Aurora Sánchez, que lo fueron de la casona de don Elías Braun.

A manera de digresión corresponde mencionar, porque viene al caso, como una curiosidad, que este tipo de servidores parece haber sido elegido con alguna preferencia entre inmigrantes asturianos. Esta gente buena, honrada, trabajadora como la que más y sobria, se adaptó de manera notable al territorio patagónico. Arribaron por centenares a Punta Arenas desde fines del siglo XIX y durante los veinte o treinta años siguientes, ocupándose en diferentes empleos y siempre dejando de sí fama de honrados y cumplidores de sus responsabilidades. Ellos dejaron descendencia numerosa que es parte preciada de la herencia social magallánica.

Estas dignas mujeres, de la nacionalidad que fueran, honraron con su responsable conducta y su fidelidad a toda prueba la confianza que en ellas depositaron sus patronas, e hicieron de tal particular oficio femenino un ejemplo de servicio personal.

Laboriosas y honradas, formaron dignas familias magallánicas legando a su descendencia una calificada herencia moral. A su modo y en lo suyo, ciertamente fueron ellas, como otras del género, mujeres notables del ayer dorado de Magallanes.

Y qué decir del más humilde y menos cotizado de los servicios domésticos como era el de la lavandería. A él sólo accedían las mujeres de baja condición, generalmente de origen chileno y proletario, pues para el mismo únicamente bastaban buenos brazos y mucho aguante para la pesada tarea que el lavado suponía. Este empleo, como el de la sirvienta común, al revés de otros oficios descritos, no fueron privativos de las familias burguesas, sino que, corriendo los años, fueron comunes inclusive entre familias de la clase media inferior. Aquí pudo darse una situación de frecuente ocurrencia en los hogares de inmigrantes europeos de antaño, esto es, la de estar el marido y padre parte del año trabajando en la zona rural, en tanto que la esposa y madre debía cuidar de los hijos, generalmente menores, responder del manejo de la casa y atender incluso el almacén de menestras instalado para la consolidación económica de la familia. Entonces la madre no daba abasto entre limpiar, cocinar, coser, atender el almacén y otros menesteres, por lo que la nada grata tarea del lavado de la ropa que se acumulaba cada semana o cada tantos días debía encomendarse a modestas mujeres que a su vez requerían del pequeño salario que tal labor permitía obtener, para atender a la propia manutención y a la de los hijos, porque tal vez el esposo y padre, si lo había, no ganaba lo suficiente o se encontraba temporalmente desempleado. Recordamos de los días de nuestra niñez hogareña a una de estas humildes trabajadoras, doña María Bahamonde, y en ella vemos quizá el paradigma de tantas mujeres de pobre condición que en aquella despreciada labor tuvieron un medio de ganarse honestamente la vida y contribuyeron a sustentar una familia y a educar a los hijos. Eso, otra vez, a su humildísimo modo, significó añadir una contribución personal a la historia social ignorada de Magallanes.

Partícipes societarias y activistas sociales

El afán gregario que distingue a las mujeres contribuyó a que el mismo diera ocasión a la creación de asociaciones diversas en el Magallanes de antaño, no obstante las restricciones que imponían las costumbres del tiempo con el abrumador predominio masculino.

Diversas razones inspiraron en su momento los movimientos asociativos. Inicialmente lo fue la devoción religiosa o las acciones de piedad, origen de la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús, la primera entidad del género fundada en Magallanes (1888), la Archicofradía de María Auxiliadora y la Asociación de las Hijas de María y The Anglican Society, de posterior data. Por razón de su mismo carácter de tranquila reserva en su accionar, pocas veces, si alguna vez lo hizo, trascendió el quehacer de las asociadas ampliado por lo común al ejercicio de obras de caridad privada. Entre varias de sus dirigentas han de mencionarse Natalia Crnosija de Boric, María Martinic de Scarpa, Rosa Beros de Martinic, Petronila Buvinic de Matic, Danka Martic de Damianovic, y Maritza Vladilo de Araneda en las obras de inspiración católica; y Olive Aldridge y Peggy Mac Kay de Fell, en las actividades anglicanas.

La promoción cultural de sus asociadas y también la ayuda benéfica en el seno de la comunidad croata inmigrante fueron los objetivos tenidos en consideración para la creación de la Sociedad de Damas "La Mujer Croata" (Gospojinsko Drustvo "Hrvatska Zena"), en 1914, entidad vigente hasta nuestros días, en cuyos años iniciales destacaron Josefina de Stipicic, Mila Blazina de Turina, Petronila Didolic de Bencur y Rita Mladinic de Violic, entre varias. El mutualismo, de temprano desarrollo regional registraría en medio de la abrumadora predominancia de las organizaciones masculinas, el surgimiento del Centro Femenino, después Sociedad Femenina de Socorros Mutuos, en 1918, y de la Sociedad Femenina de Socorros Mutuos

“Loreto”, en 1932, ambas en Punta Arenas, y de la Sociedad de Socorros Mutuos “María Menéndez de Campos”, en 1943, en Puerto Natales.

El vigoroso movimiento internacional de militancia católica de los años de 1930 a 1950, conocido como Acción Católica, tuvo expresiones en Magallanes entre varones y mujeres, haciéndose notar la presencia de éstas en la Acción Juvenil Católica Femenina, en cuya dirección destacaron Paulina Boric, y María y Magdalena Scarpa Martinic, entre otras dirigentas.

El deporte en Magallanes tuvo rostro masculino durante la primera mitad del siglo XX. La primera notoriedad femenina se registró hacia fines de los años de 1940 y durante la siguiente gracias al desarrollo que la actividad tenía en los establecimientos educacionales secundarios. Así fue como en el básquetbol, deporte pionero en el caso, comenzaron a realizarse competencias y torneos interescolares, y luego se constituyó una liga abierta para equipos y clubes femeninos. Figura epónima de la mujer deportista de este tiempo fue Fanny Livacic Peruzovic, como jugadora del Instituto Comercial y de la selección regional, y posteriormente como activa dirigente.

En el terreno de la participación política, que se hizo notar en la Provincia de Magallanes luego que a los ciudadanos de la misma se les reconociera el derecho a voto (1933), la gravitación de los varones fue manifiesta por años, en tanto que las mujeres quedaron excluidas del mismo, pero una vez obtenido ese derecho (1949) y aun antes, se hizo notar un emergente protagonismo femenino en las organizaciones políticas. Pero el mismo adquirió mayor relieve a principios de los años de 1950 cuando María Elena Vukovic, impulsó la creación del Partido Femenino Regional, como vocero de las aspiraciones de las mujeres, en especial de aquellas pertenecientes al estrato popular, y cuya dirección llevó por largo tiempo; y cuando Felicia Barría Vera, militante del Partido Radical y maestra fuera elegida la primera mujer regidora de la Municipalidad de Punta Arenas, y en tal calidad alcanzó posteriormente la titularidad

alcaldía. En años posteriores y hasta el presente las figuras políticas femeninas más conspicuas han pertenecido al Partido Socialista, entre ellas Nelda Panicucci Bianchi, que muy joven llegó a ser alcaldesa de Punta Arenas, en los años de 1960, y más tarde, en el 2000 fue designada Intendente Regional de Magallanes. De gran notoriedad ha sido igualmente la actividad pública de Sylvia Vera Pérez, profesora y dirigente socialista, quien durante toda la década de 1990 sirvió el cargo de gobernadora de Tierra del Fuego, haciendo gala de un notorio fervor fueguino. Su gestión, bien valorada por la comunidad, le mereció ser elegida posteriormente como alcaldesa de Porvenir.

Artistas y escritoras

El ámbito de la cultura fue un aspecto del desarrollo social en el que hubo también cierta notoriedad femenina durante el siglo XX.

El arte pictórico fue el primero en registrar tal manifestación con las acuarelas de Zilly Goudie, de excelente factura, y que han devenido vívidos testimonios del paisaje humanizado del Magallanes de comienzos de ese siglo. Hubo en el tiempo otras cultoras, ahora de la pintura al óleo, como Hebe Contardi y Leonor Hrdalo, entre ellas, pero es en nuestros días donde Zorka Hraste y Andrea Araneda han dado y dan muestras de singular madurez creativa y maestría expresiva con sus pinceles, como lo hace Paola Vezzani en la escultura. No todas las correspondientes creaciones se conocieron en vida de las artistas, como fuera lo acontecido con Johanna Roehrs, pintora autodidacta de exquisita sensibilidad, que tuvo en la naturaleza patagónica una sugerente fuente de inspiración que aprovechó con singular maestría. Así, flores y pajarillos, hongos y más

animales y paisajes, fueron sumándose en cartulinas en forma de acuarelas y, preferentemente, de grabados a tinta china o dibujos con lápices de colores, como expresión de un arte pictórico sorprendente, que guardó celosamente en vida y que sólo pudo conocerse tras su fallecimiento en una exposición pública. En la música y la danza también ha habido mujeres que se han destacado en el medio regional. En el arte de Euterpe, en la forma de algunas concertistas notables como Tena Canales de Yubero, integrante de la Orquesta Sinfónica de Magallanes y profesora de interpretación musical. En el arte de Tersípcore, de más tardía expresión, los nombres de Betty Chávez y de Mariné Yubero de Pérez adquirieron fama por su actividad interpretativa y docente.

Pero ha sido, como lo es, en el campo de la creación literaria donde el protagonismo femenino ha adquirido relieve consagratorio. Iniciada tal vez con la obra de la poetisa Olga Acevedo, que hubo de recibir el influjo magistral de Gabriela Mistral, a lo largo de los años con periodicidad estimulante una y otras veces se ha acreditado el quehacer femenino. Astrid Fugellie, Marina Latorre, Rosa Miranda de Amarante, Maruja Scott y Desenka Vukasovic de Draksler entre otras, en el mismo género poético; Patricia Stambuk, Sandra Rogel, Mábel Arratia de Lausic y Ágata Gligo en el de la prosa, habiendo alcanzado la última renombre nacional con su premiada obra *María Luisa* (1984), como lo hizo repetidamente en el género dramático María Asunción Requena (*Fuerte Bulnes, Ayayema, Piel de Tigre, Chiloé, cielos abiertos*, entre varias celebradas creaciones. En el periodismo de opinión corresponde citar a Alejandra Mancilla Drpic, profesional de talento y de agudo ingenio literario.

La introducción de la radiotelefonía comercial en los años de 1930, en su desarrollo hizo posible la aparición del radio-teatro como nuevo género artístico. En el mismo destacaron María Elena Vukovic Arecheta, ya mencionada, como intérprete y libretista, de igual modo como Igna Colomé, Elsa Díaz,

Rosa Ortega, María Velic y Marta Cáceres. Esta asimismo se consagraría como actriz teatral de carácter con su magistral y recordada interpretación del personaje de la chilota Hortensia, en el drama *Luka Milic, médico-cirujano*, de Domingo Tessier (1975).

Científicas

La investigación científica es una disciplina que únicamente por excepción ha interesado a las mujeres magallánicas. Esta excepción, y calificada por cierto, es la doctora Elisa Marusic, prestigiosa endocrinóloga que trabaja en la Pontificia Universidad Católica de Chile, contribuyendo en silente labor al adelanto de la ciencia biológica en el país.

Pero, a falta de magallánicas oriundas, parece pertinente que nos ocupemos en este parágrafo de otras investigadoras que con su tarea referida al territorio meridional americano justifican por demás una bien ganada magallanidad y, por tanto, una referencia particular a cada una de ellas. Son los casos de las arqueólogas Annette Laming-Emperaire y Dominique Legoupil, francesas, y Anne Chapman, etnóloga norteamericana, a cuya obra científica pasamos a referirnos.

Annette Laming-Emperaire (1917-1977), arqueóloga de profesión, doctorada en la Universidad de la Sorbonne (París), arribó a Magallanes por vez primera en 1953, acompañando a su esposo Joseph Emperaire, igualmente arqueólogo. La presencia inicial de este especialista databa de mediados de la década anterior, cuando conjuntamente con el Dr. Louis Robin y otros investigadores había integrado una expedición científica del Museo del Hombre de París cuyo propósito era el de realizar un estudio bioantropológico entre los sobrevivientes de la etnia kawéskar, indígenas canoeros de la Patagonia occidental (Misión

Scientifique au Chili Australe, 1946-1948).

El estudio, verdaderamente notable, fue una contribución importantísima y única que permitió profundizar y mejorar sustancialmente el conocimiento que se poseía sobre dicha etnia -desarrollado a base de una permanencia y convivencia de meses entre los aborígenes radicados en Puerto Edén, cuando todavía alentaba entre ellos algún fulgor de la cultura ancestral-, tuvo como consecuencia el surgimiento del interés particular de Emperaire por ubicar y excavar sitios antiguos de poblamiento de los cazadores-recolectores marinos de la Patagonia.

Así, en visitas posteriores (1951-1953) recorrió el territorio magallánico central, donde descubrió varios yacimientos arqueológicos de interés, particularmente en la cuenca del mar de Otway. Dos de ellos resultaron de importancia por la información que se había extraído y que se pensaba extraer de los mismos: el de la isla Englefield y el de Ponsonby, en cuya excavación encontró la muerte en 1957.

Tanto por su personal interés profesional respecto de un territorio que de primera la atrajo fuertemente y cuyo poblamiento primitivo apenas comenzaba a ser conocido, cuanto porque quiso dar continuidad a la tarea académica de su esposo, imprevistamente interrumpida con su fallecimiento, Annette Laming se fue comprometiendo paulatinamente en diversos estudios atinentes a la materia, cada vez con mayor dedicación. Tal preocupación la trajo varias veces a Magallanes (campañas de los años 1958-1959, 1960-1961, 1964-1965 y 1967-1968), acompañada de un conjunto de diferentes especialistas formado expresamente para llevar adelante los proyectos que había preparado. De uno u otro modo consiguió realizar diferentes trabajos exploratorios y prospectivos, todos, va de suyo, orientados a la búsqueda de nueva, mayor y mejor información acerca del pretérito aborígen que permitiera conocer y comprender las fases y características de su cultura, entre los que el más interesante fue el yacimiento encontrado en Marazzi, localidad costera de la bahía Inútil, en la isla grande de Tierra del Fuego,

que resultaría ser de una alta antigüedad; desarrollar también estudios interdisciplinarios complementarios sobre la base del material extraído de la excavación, y por fin formular conclusiones preliminares y hacer consideraciones generales sobre el poblamiento primitivo en Patagonia y Tierra del Fuego.

Marazzi fue sin duda su gran hallazgo arqueológico, más todavía porque hizo posible remontar la presencia humana primigenia en un territorio, ahora insular, hasta una antigüedad mayor a la que se suponía por la época (7620 años a. C. para el nivel cultural más profundo), lo que entregó una primera noticia fidedigna acerca de la dispersión temprana de los humanos en Fuego-Patagonia, fuera de la ya aportada en los años de 1930 por los trabajos de Junius Bird en las cuevas Fell y Pali Aike. Encontrado en 1965 y excavado a partir de entonces y hasta 1968, el estudio de sus restos culturales y animales significó una contribución sustancial en lo concerniente a los niveles del poblamiento medio (entre 8000 y 3000 años A.P.), que complementó los antecedentes entregados por Bird, extraídos de los yacimientos mencionados y del de Cañadón Leona, y por Emperaire en Englefield.

No menos importantes fueron sus estudios totalizadores referidos al poblamiento humano de Fuego-Patagonia, sobre la base de las noticias de que se disponía y sus propias deducciones, con hipótesis y conclusiones preliminares referidos a la periodificación tentativa y a las formas culturales de las diferentes ocupaciones. Entre otros cabe citar por su importancia los concernientes a la Cueva del Milodón (1954), a la Cueva Fell y otros sitios existentes en el distrito volcánico sudoriental de Patagonia (1963) y a los sitios arqueológicos de los archipiélagos de la Patagonia occidental (1972). Algunas de sus comunicaciones específicas estuvieron referidas al sitio de Englefield (1961) y al de Marazzi (1980-81). Recibidos con gran interés por el ambiente académico, sus trabajos y comunicaciones devinieron orientadores para posteriores investigadores del pasado austral.

Aparte de sus contribuciones científicas acerca de la vida pretérita en el sur del continente americano, Annette Laming dejó un libro verdaderamente notable con sus impresiones de viaje en Magallanes durante 1953: *Tout au bout du monde, hommes et bêtes de Patagonie* (París, 1954), traducido posteriormente al español y publicado bajo el nombre de *En la Patagonia, confín del mundo* (Editorial del Pacífico, Santiago, 1957). La obra contiene una descripción amena y sabrosa sobre la vida y costumbres de los habitantes, de la economía y del paisaje natural del Magallanes de mediados del siglo XX, también acertada y aguda, aunque no exenta de algunas apreciaciones un tanto exageradas que después estimaría como fruto de la ligereza. Pero además en la obra se agregan interesantes divagaciones y lucubraciones acerca de la vida primigenia de humanos y animales en el sur de la Patagonia, así como una extensa consideración descriptiva sobre la vida de los supérstites de la etnia kawéskar de Puerto Edén, que hacen del libro una contribución literaria fascinante y valiosa.

Esta distinguida investigadora falleció trágicamente en 1977, mientras se hallaba trabajando en Brasil, todavía relativamente joven, cuando podían esperarse nuevos frutos de un trabajo científico que la apasionaba.

Como en una carrera de postas imaginaria, Dominique Legoupil cogió a su tiempo el testimonio del relevo y decidió abordar el desafío de llevar adelante el proyecto inconcluso de las misiones francesas en la Patagonia austral.

Nacida en París en 1948, terminados sus estudios universitarios en la especialidad arqueológica, que concluyó con el doctorado en 1976, no tuvo dudas al momento de definir el campo geográfico de su futuro desempeño profesional tras algunas conversaciones con Annette Laming-Emperaire. Eligió así la Patagonia austral, teatro de los afanes e intereses académicos de varios investigadores franceses, sobre los que tenía suficiente información. Asumió pues su legado y en tan digna tradición se propuso algunos objetivos específicos que ceñirían su actividad

futura y le ganarían un excelente prestigio académico.

Los mismos estaban, como lo están, referidos a la comprensión más precisa acerca de las formas de vida y cultura de los cazadores-recolectores marinos, comenzando por aquellos que habían habitado preferentemente la cuenca del mar de Otway, en los que intuyó acertadamente podían hallarse los fundamentos explicativos sobre el misterio de la aparición y dispersión de los canoeros en el occidente y sur del continente, aspecto este que los antecedentes disponibles no aclaraban a satisfacción. A lo largo de veinte años, a contar de 1980 su labor de prospección y de excavaciones se centró en varios yacimientos importantes: Punta Baja, Bahía Colorada y Ponsonby, en la cuenca mencionada; en seno Grandi e islas Wollaston, en el distrito del Cabo de Hornos y en la cuenca del mar de Skyring.

Los resultados no han podido ser más halagadores para tanto esfuerzo sistemático y talento comprometidos, pues sobre su base Legoupil ha podido formular una hipótesis definitoria del comienzo del poblamiento humano de los litorales continentales y archipelágicos de la antigua Magallania, hacia el séptimo milenio antes del presente, establecer los rasgos ambientales caracterizadores durante tan extenso período histórico y determinar igualmente las formas y expresiones caracterizadoras de la cultura de los cazadores-recolectores-marinos. Por cierto, sus estudios de terreno y de laboratorio, de gran sistematicidad y rigurosidad científica, en los que ha contado con la colaboración de otros especialistas, entre ellos Nicole Pigeot, prestigiosa académica de la Sorbonne, Valerie Schidlowsky y María Eugenia Solari, han sido seguidos por una laudable política comunicacional en cuanto a sus características y resultados. Basta mencionar sus libros *Punta Baja. Ethno-Archeologie dans les Archipels de Patagonie: Les nomades marins de Punta Baja* (Editions Recherches sur les civilisations, París, 1989); *Bahía Colorada (ile d'Englefield). Les premiers chasseurs de mammiferes marins de Patagonie australe* (Editions

Recherches sur les civilisations, París, 1997) y el más reciente conjuntos de trabajos multidisciplinares sobre el yacimiento de Ponsonby, Cazadores-recolectores de Ponsonby (Patagonia austral y su paleoambiente desde VI al II milenio A.C., reunidos en un solo volumen extraordinario de Magallania (2003).

Sus labores académicas y sus contribuciones para el mejor conocimiento de la vida pretérita del sur de América, le merecieron a Dominique Legoupil el merecido galardón del Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Magallanes en el año 2000.

Etnóloga de profesión y humanista eminente, cuyo talento le permitió alcanzar el Doctorado de Estado en la Universidad de la Sorbonne, Anne Chapman, nacida norteamericana pero francesa por afición y cultura, llegó a Magallanes por vez primera en 1964 como miembro de la Misión Arqueológica Francesa en Chile Austral, acompañando a Annette Laming. Había ganado prestigio por sus trabajos en Centro-América y desde 1961, por otra parte, se desempeñaba como investigadora del Centre Nationale de la Recherche Scientifique de Francia.

Fue durante el viaje a Tierra del Fuego que Chapman conoció a Lola Kiepja, tenida entonces por la única sélknam de pura cepa que todavía vivía, circunstancia que la motivó tan profundamente que la endilgó definitivamente a los estudios etnológicos fueguinos. Los mismos contaron inicialmente con el respaldo del C.N.R.S., del Laboratorio de Antropología Social del Colegio de Francia y del Museo del Hombre de París y se extendieron entre 1966 y 1974, referidos específicamente a la etnia sélknam, en cuyo arcano cultural tradicional se introdujo con la colaboración de Lola, de Ángela Loij, igualmente indígena pura y de otros descendientes de los antiguos cazadores-recolectores de la isla grande.

Pudo así, con talento y competencia científica realizar un estudio tan amplio y profundo como pudo serlo, agotando las fuentes excepcionales de que disponía, interpretando las informaciones y cotejándolas con aquéllas obtenidas en su

tiempo por Martín Gusinde y otros estudiosos, obteniéndose al fin una visión novedosa, aclaratoria y complementaria respecto de las formas y motivaciones vitales de los sélknam a lo largo de los siglos. Los resultados de este trabajo académico fueron materia de varias comunicaciones científicas, de las que su libro *Drama and power in a hunting society. The Selk'nam of Tierra del Fuego* (Cambridge University Press, Cambridge-London-New York-Melbourne, 1982) es la más relevante⁵³.

Mientras desarrollaba el estudio en referencia, Anne Chapman se sintió igualmente atraída por los aborígenes de allende el canal Beagle a los que conociera a poco de su llegada a la Tierra del Fuego. De esa manera, concluidas sus investigaciones concernientes a los antiguos sélknam, determinó extenderlas a los yámana. Empleó para ello el mismo método que tan provechoso le había resultado en la isla grande fueguina y encontró en la comunidad sobreviviente de Ukika (isla Navarino), particularmente en las hermanas Úrsula y Cristina Calderón, informantes de primera clase.

Así fue como a contar de 1985 logró llevar adelante un trabajo de gran envergadura científica, verdaderamente enriquecedor para el más acabado conocimiento del acervo espiritual del pueblo de cazadores marinos que fuera tenido en una época como el más miserable y degradado de la especie humana, cuyos resultados han sido dados a conocer en una obra magistral como es *The Yaghans, before and after Darwin* (Londres, 2003)⁵⁴.

A la vista de los antecedentes consignados, ha de aceptarse como bien ganada la magallanidad de tan calificadas científicas extranjeras.

Pero pecaríamos de injustos si omitiéramos una mención sobre una mujer singular que sin tener formación científica,

⁵³ Publicado en español bajo el título de *Los Selk'nam. La vida de los onas*, por Emecé Editores, Buenos Aires, 1986.

⁵⁴ En mayo de 2003 Anne Chapman fue galardonada por la Universidad de Magallanes con el Doctorado Honoris Causa, por la relevancia de su contribución al conocimiento de la vida espiritual de los fueguinos.

habría de asociar su nombre a una actividad relevante del conocimiento al intervenir como eficaz colaboradora de su esposo, un eminente arqueólogo norteamericano.

El conocimiento histórico de la vida primitiva en la Patagonia austral en la amplitud y profundidad que en el presente se tiene, difícilmente habría alcanzado tales dimensiones de no haber mediado los trabajos del Dr. Junius B. Bird durante los años de 1930. Este eminente científico fue, genuinamente, el pionero de la investigación arqueológica que estableció los fundamentos para el estudio de las formas de vida y cultura de los primeros habitantes del territorio meridional de América. Con posterioridad otros especialistas, sobre su meritoria huella, consiguieron adelantar en el conocimiento del pasado, a lo largo del tiempo transcurrido hasta el presente, resultado que en su desarrollo no hizo más que confirmar las deducciones, planteamientos y definiciones originalmente formulados por Bird, lo que constituye una prueba palmaria de su genialidad intuitiva y de su sólida formación profesional basada en su gran experiencia como arqueólogo de campo.

Tuvimos el agrado de conocerlo en 1978, y todavía conservamos viva la primera impresión que formamos de él: un hombre jovial, sencillo y dinámico que con natural amable disposición invitaba al trato cordial. Así sucedió en efecto, y pudo establecerse entre nosotros una relación académica amistosa y fructífera que nos permitió apoyarlo, con la modestia de nuestros recursos institucionales de la época, en los que habrían de ser sus trabajos finales en la Patagonia, especialmente en el sitio de la laguna Thomas Gold.

Algún tiempo después conocimos también a Margaret -Peggy-, su encantadora esposa. Pese a su avanzada edad conservaba todavía los rasgos que debieron caracterizarla de joven: buenamoza, alegre y animosa, tal y como lo era su marido. Por cierto, parecían haber nacido el uno para el otro.

En esa época, además se desconocía cuán importante había sido ella en la carrera científica de su esposo, particularmente

durante los sacrificados comienzos del trabajo prospectivo y arqueológico que cimentaría la fama de aquél. Tal noción recién pudo ser tenida una vez que se conoció el contenido del diario de vida que Margaret llevara durante las memorables jornadas de campo en los años 1934 a 1937, documento que integra el libro editado por John Hyslop en 1988⁵⁵ y reeditado en castellano bajo los auspicios de la Universidad de Magallanes⁵⁶. Fue recién entonces que pudo comprenderse cuánto hubo de su contribución personal en la exitosa empresa rastreadora de las huellas del pasado meridional.

En el caso de Junius y Margaret Bird puede, con cabal propiedad, aplicarse el dicho tan común que afirma que tras un gran hombre hay siempre una gran mujer.

Margaret debió amar mucho a su esposo, como para seguirlo por cuanto perdido andurrial se le antojó -y este símil bien vale para el bravío mundo archipelágico de la Patagonia-, en especial durante los primeros años de su matrimonio.

Sufrida y con espíritu aventurero, acompañó a Junius en numerosas campañas en la que supo ser esposa amante, compañera servicial, ayudante calificada y remanso de serenidad y gratificante reposo al final de cada jornada. Sólo así se comprende que ambos hayan podido formar un equipo magnífico, excepcional, en el que actuaron a recíproca satisfacción. ¡Qué duda puede haber que fue su alter ego!

Creemos que la Arqueología debe mucho a Margaret Bird, especialmente por el trabajo realizado durante el curso de las campañas en Magallanes. Sin su presencia y concurso, quizá el resultado no habría sido al fin tan provechoso como en verdad lo fue.

Particularizando en su diario, debemos agradecer a Margaret Bird, entre tanta información complementaria de provecho sobre la materia fundamental del libro, la consignación de sabrosas minucias de la vida cotidiana, a veces no exentas de

⁵⁵ *Travels and Archaeology in South Chile* (University of Iowa Press, 1988).

⁵⁶ *Viajes y Arqueología en Chile Austral*, Punta Arenas, 1993.

toque de fino humor y de ternura, y que además informan sobre particularidades y costumbres de la vida rural magallánica en las grandes estancias de antaño, todo lo cual humaniza y da otra significación al contenido del libro, de suyo más árido por su carácter esencialmente científico descriptivo. El diario de campo, se reitera, posee el sabor encantador de las cosas comunes, la autenticidad de lo sencillo.

Abnegación, espíritu de servicio y amor por la ciencia, son los conceptos con los que resumirse la inapreciable colaboración de Margaret Bird a los memorables trabajos de su esposo⁵⁷.

Viajeras que dejaron memoria de su paso

En este acápite se hace mención a dos mujeres ciertamente notables que únicamente estuvieron de paso en la tierra magallánica y que tuvieron en común la nacionalidad británica, la pertenencia a la alta sociedad y la posesión de exquisita sensibilidad y cultura, que fueron motivadas por el paisaje natural del meridión americano y que, por consecuencia, dejaron memoria escrita de sus sensaciones.

Bajo la égida prolongada de la reina Victoria, como es bien sabido, Gran Bretaña vivió a contar del segundo tercio del siglo XIX un período de esplendor, prosperidad y poderío nunca antes conocido ni después repetido en su historia, que le permitió situarse a la cabeza de las potencias imperiales del mundo. Si políticamente fue una era del más alto prestigio e influencia, y económicamente llegó a ser el paradigma del máximo desarrollo modernizador de la revolución industrial, socialmente fue

⁵⁷ En 1985 un equipo de trabajo del Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes, durante un recorrido de prospección por la zona del paralelo 52° descubrió un gran cráter en la vecindad del meridiano 70°25' oeste, que fue bautizado "Peggy Bird" en homenaje a tan notable mujer. Posteriormente se realizó allí una excavación arqueológica.

una época que marcó profundamente la evolución de la cultura y las costumbres, todo lo cual en su conjunto, bien le merecieron ser históricamente conocido a tal período como “la era victoriana”, con entera propiedad. En ese contexto, la alta sociedad inglesa devino partícipe calificada de aquel variado acontecer suministrando políticos y estadistas, servidores públicos y administradores, marinos y soldados, artistas y agentes culturales, amén de empresarios y comerciantes que contribuyeron a cimentar la solidez del Imperio Británico. Además de la realeza y la alta nobleza, la clase señorial -la *gentry*- hubo de disfrutar plenamente de los beneficios que acarrearba tanto esplendor, poderío y riqueza.

Una de las expresiones caracterizadoras de ese disfrute fue la afición por los viajes que se generó entre los miembros de la alta sociedad inglesa, sentimiento que si tenía mucho de hedonista, también era considerado como una fuente inestimable e irremplazable de ilustración, de conocimientos generales y, al fin, de mayor cultura. Tal sucedió con la Región Magallánica, territorio remoto y de sugerente atractivo en aquel tiempo del cuarto final del siglo XIX, que despertó el interés de dos damas de gran alcurnia como fueran *lady Ann Brassey* y *lady Florence Dixie*, ciertamente dos mujeres singulares que con su paso fugaz se incorporaron a la historia regional.

Anna Allnutt había nacido en 1839 en el seno de una familia de la nobleza, y tras recibir la buena educación que correspondía a la gente de su clase, a los 21 años contrajo matrimonio con lord Brassey, hijo de un rico terrateniente y constructor de ferrocarriles, y él mismo ingeniero de la especialidad. Era de rancia estirpe, como que en su genealogía llegaba a los compañeros de Guillermo el Conquistador. La actividad profesional le permitió a lord Brassey adquirir gran fortuna, de la que disfrutó conjuntamente con su familia al mejor estilo de su época. Hizo construir para ello en astilleros de Liverpool un magnífico barco, el *Sunbeam*, a motor y a vela, con el que los esposos Brassey programaron entre otros, la realización de un

viaje alrededor del mundo.

Este se inició en el puerto de Hastings, el 1 de julio de 1876, zarpando el gran yate con destino a Sudamérica, con recaladas en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, cruzando el estrecho de Magallanes y navegando por los canales patagónicos australes para arribar a Valparaíso. Desde allí el *Sunbeam* cruzó el Pacífico hasta las islas de la Sociedad, dirigiéndose después al archipiélago de Hawai y de ahí al Japón, y después a Hong Kong, Singapur y Ceilán, cruzando los mares Árabe y Rojo para ingresar al Mediterráneo por Suez, saliendo al Atlántico y retornando a la patria al cabo de un periplo feliz, al mismo puerto de partida, el 26 de mayo de 1877.

En su paso por las aguas meridionales, el *Sunbeam* arribó a la colonia de Punta Arenas el 8 de octubre de 1876, día lluvioso y poco amigable. En el poblado modesto, todavía con apariencias de fortín fronterizo, poco pudieron encontrar de atractivo los viajeros, en particular la observadora lady Brassey, pero aquí conocieron al Dr. Thomas Fenton, médico irlandés a cargo de la salud de la población, quien satisfaciendo su curiosidad por los indígenas, en particular por los afamados patagones, les informó ampliamente sobre los mismos y sus costumbres, noticias que la dama recogería en su relación de viaje. El gobernador Diego Dublé Almeida a su turno les facilitó gentilmente caballos y guías acompañantes, como solía hacerse en la época con los visitantes de calidad, para hacer una excursión por los alrededores, hacia la punta Arenosa y el interior del valle del río de las Minas. Fue una cabalgata gratificante por demás, con buen tiempo y un despliegue de vida natural, plantas y animales. El día 7 lady Ann celebró su trigésimo séptimo cumpleaños en Punta Arenas y fue regalada por su esposo con un magnífico quillango de pieles de guanaco, bellamente decorado con pinturas, elaborado por las mujeres aónikenk, en tanto que sus hijitas le obsequiaron dos huevos de avestruz patagónico, uno y otros toda una novedad.

Zarparon de la colonia para seguir por el Estrecho y tomar

la ruta de los canales de la Patagonia. Para *lady* Brassey en especial fue un viaje en extremo placentero, tanto por las sensaciones que recibió al contemplar el cambiante esplendor escénico y vital a lo largo del recorrido, como por los encuentros con indígenas canoeros, en medio de condiciones de tiempo favorables. Las impresiones recibidas, que acompañó con bien logrados dibujos de parajes atractivos, las recogió en su diario de viaje, que posteriormente publicó en forma de libro con el título de *A Voyage in the "Sunbeam"* (Longmans, Green and Co., London, 1880).

En el transcurso de la navegación nada escapó al ojo escrutador y sensible de Ann Brassey, desde la descripción de escenarios naturales hasta el curioso fenómeno de una erupción volcánica ocurrida mientras la nave se hallaba en la latitud de Puerto Edén, que quedaría para la historia como el primer registro -virtualmente único hasta ahora- de la actividad de un centro volcánico ubicado en la alta cadena de los Andes Patagónicos, cuyo misterio se resolvería casi un siglo después⁵⁸.

He aquí dos botones de muestra con descripciones sobre el prístino ambiente natural del occidente magallánico:

Martes, Octubre 8 [Bahía Otter, canal Mayne] En la amanecida, cuando reanudamos nuestro viaje, el tiempo era todavía bueno; pero eran visibles por aquí y por allá unas pocas nubes luminosas y un viento glacial que bajaba de las montañas hacía parecerlo muy frío, no obstante que el termómetro -que aquí alcanza, supongo, 40° a 50° [Fahrenheit] todo el año- no estaba realmente bajo. La línea de las nieves perpetuas comienza aquí a una altura de 2.500 a 3.500 pies solamente, lo que añade grandeza a la belleza de la escena; y como estamos en la primavera temprana la nieve no se ha derretido hasta los 500 pies y aun menos desde la playa. Los estupendos glaciares corren directamente al mar e inmensas

⁵⁸ El centro de actividad, bautizado volcán Lautaro, ubicado en el campo de Hielo Patagónico Sur, en el límite entre las regiones de Magallanes y Aysén, fue finalmente descubierto en 1961 por el explorador inglés Eric Shipton.

masas de hielo algunas veces del tamaño de un barco, están formándose continuamente, con ruido de trueno, y cayendo en el agua, enviando grandes olas hasta la costa opuesta, y a veces obstruyendo completamente los canales. Algunos de estos glaciares, compuestos enteramente de hielo verde y azul y de nieve pura, miden quince y veinte millas de largo. Lejos son los más hermosos que ninguno de nosotros ha visto jamás; y aun aquellos de Noruega o Suiza se ven insignificantes al lado de ellos. Las montañas aquí no son tan altas como las de Europa, pero realmente aparecen más dominantes, porque toda su superficie, desde el nivel del agua hasta la cumbre, es claramente visible. En esta parte de los canales terminan en picos que parecen espiras góticas, labradas en la nieve más pura; verdaderamente "picos vírgenes", que el ojo humano raramente ha contemplado y el pie nunca ha hollado. Generalmente están velados por nubes de nieve, humedad y lluvia, y es una verdadera excepción verlos tan claramente como lo hacemos ahora⁵⁹.

[...] Miércoles, Octubre 11 [Puerto Bueno] Nunca en mi vida he observado algo tan maravilloso como la vista que tuve cuando subí a cubierta, un cuarto para las cinco. La luna estaba brillando, grande y dorada, alto en los cielos; los rayos rosados de la aurora estaban justamente coloreando la nieve virginal en los más altos picos con un color inicialmente tenue pero progresivamente más intenso; mientras todo alrededor, el follaje, rocas y témpanos estaba inmerso en profunda sombra. A medida que subía el sol, los picos rosados de las montañas cambiaban a dorado y amarillo y al fin a blanco deslumbrante, en tanto que la luz invadía los valles, iluminando los lugares oscuros y poniendo en escena verdes oliva, grises y púrpuras, en los más maravillosos contrastes y combinaciones de color. La grandeza de la escena aumentaba con cada revolución de la hélice, y cuando estábamos enteramente en la angostura

⁵⁹ Op. cit., págs. 115 y 116.

Guía pudimos parar y admirarla un poco más a nuestro gusto; Mr. Bingham hizo algunos dibujos mientras yo tomaba algunas fotografías. Es imposible describir en detalle el panorama. Imagínese la escena alpina más grandiosa que alguna vez se haya contemplado, con altos picos nevados y pináculos surgiendo de enormes domos cumbreños y vastos campos de hielo intacto; glaciares deslizándose al mar, en las cabezas de varias bahías; cada banco y promontorio ricamente cubierto con vegetación de matices de verde; rocas escarpadas y nobles acantilados, cubiertos con líquenes multicolores; los témpanos flotantes; el angosto canal en sí mismo, azul como el cielo, con pequeñas islas, cada una un conjunto de verdor, y reflejando en su superficie cristalina cada objeto con tal nitidez, que era difícil decir donde terminaba la realidad y comenzaba la imagen. He visto fotografías del Mirror Lake, en California, que tanto como conozco, es la única cosa que posiblemente podría dar una idea del maravilloso efecto de estos reflejos. Bahía Unfit, en la isla Chatham, mirando hacia las montañas cerca del canal Pill y el cerro Ladder que semeja como si una miríada de escalones hubieran sido labrados en su ladera, eran quizás los más distintivos puntos entre toda esta hermosura⁶⁰.

Concordemos en que bastan los párrafos transcritos para considerar a lady Ann Brassey como una auténtica precursora en la descripción de las bellezas naturales magallánicas.

Esta viajera impenitente realizó después otras travesías de placer y conocimiento en el *Sunbeam*. La última hubo de ser en 1887 cuando viajó a la India para celebrar allí el jubileo de la reina Victoria y fue entonces que contrajo una enfermedad que en un par de semanas la llevó a la tumba.

Catorce meses después que el *Sunbeam*, con los Brassey a bordo, había zarpado de Punta Arenas, arribaba a su rada el vapor *Britannia* con un grupo de aristócratas ingleses: sir Alexander

⁶⁰ *Id.*, págs. 117 y 118.

Beaumont Dixie, barón, su esposa *lady* Florence Caroline Douglas, hija menor del séptimo marqués de Queensberry -que era la entusiasta propulsora de la expedición turística que estaban a punto de comenzar, y su protagonista principal-, y sus hermanos *lord* Queensberry y *lord* James Douglas, y un buen amigo burgués, Mr. Julius Beerbohm, con una previa aventura patagónica a cuestas.

Conformaban un grupo de jóvenes entusiastas -*sportmen* genuinos-, característicos de la época victoriana y como tales amantes de la caza y los caballos, de la vida al aire libre y de los placeres mundanos a los que eran tan aficionados los nacidos en noble cuna. Entre ellos destacaba sin duda *lady* Florence, una mujer culta, fina, exquisita y sensitiva, pero fuerte también como lo probaría durante el viaje. Ésta gozaba de merecida fama por su talento literario, como que era autora de varios poemas y libros, pero también por su vigorosa defensa de los derechos femeninos, por sus condiciones de deportista y de competente amazona, por su afecto por los caballos y los perros, y en general por la vida silvestre. Más tarde, con posterioridad a su viaje a la Patagonia se interesaría en la política colonial y tomaría partido por los zulúes en las guerras africanas, escribiendo libros en su defensa. Era una mujer de sólo veinte años y tenía dos hijos, que prolongarían su linaje.

Beerbohm había sido quien, cuando *lady* Dixie y compañeros planeaban su aventurero viaje, y deseaban que el mismo se realizara en parajes remotos y ojalá exóticos, los había convencido de satisfacer tal anhelo yendo hasta la lejana Patagonia cuyo solo nombre evocaba todo un mundo de mitos y leyendas. De esa manera, al llegar al puerto del estrecho de Magallanes en los primeros días de enero de 1879, se encontraban a punto de iniciar la primera excursión turística -toda una aventura- de la que habría memoria en la historia magallánica.

Luego de contratar guía y caballos en la colonia, para lo cual la ayuda de Beerbohm fue ciertamente eficaz, salieron de Punta Arenas a los pocos días de llegados, con rumbo al norte: su

destino era un distrito andino virtualmente ignoto y con no poco de misterioso, situado a unos cuatrocientos kilómetros de Punta Arenas, conocido hasta entonces por los indígenas aónikenk y por algunos contados baqueanos. La partida excursionista viajó por espacio de un mes y algo más, moviéndose en zigzagueante trayecto desde el norte de la península de Brunswick hasta Cabeza del Mar, para seguir por la llanura costera hasta las proximidades de las cumbres de San Gregorio y penetrar en la zona indígena de Dinamarquero, entretenerse posteriormente por algunos días en los lomajes boscosos de Monte Alto, proseguir después por el sector oriental de la laguna Blanca, y continuar por el valle del río Zurdo para desembocar en el más amplio del Gallegos. Traspuesto este curso siguieron en derechura al septentrión hasta aproximarse a los contrafuertes orientales de la sierra Baguales y avistar desde allí, maravillados, el impresionante país interior hacia el oeste -el actual distrito del Parque Nacional "Torres del Paine", al que penetraron siguiendo el valle del río de las Chinas, en un trayecto indisputadamente descubridor en la comarca de la laguna Azul. Tras una estadía de varios días durante la cual los viajeros se llenaron de sensaciones variadas motivadas por el esplendor escénico y por la vida natural, que dejarían una honda huella en sus espíritus, retornaron sin contratiempos a la colonia.

Fruto magnífico de esa aventura singular fue el conjunto de impresiones cotidianas que el talento literario de la protagonista principal recogería y al que daría forma en un libro que llamó *Across Patagonia*, obra del género narrativo que se ganaría con absoluta legitimidad un lugar entre los libros clásicos sobre la Patagonia de otrora⁶¹.

⁶¹ El libro, enriquecido con los grabados realizados sobre la base de los bosquejos tomados por Julius Beerbohm durante el viaje -primeros testimonios gráficos sobre un país maravilloso-, fue publicado en Londres en 1880 por Richard Bentley and Son, y reeditado en alemán en Leipzig dos años después bajo el título de *Bei den Patagonien. Ein Damenritt durch unersforschte Jagdgründe (Entre los Patagones. Una amazona a través de inexplorados lugares de caza)*, circunstancia que revela el interés que pudo despertar entre los lectores europeos de la época. Traducido al castellano, fue reeditado por la Universidad de Magallanes con el título de *A través de la Patagonia*, en 1996.

Importa transcribir algunas de sus impresiones al acercarse y penetrar en el distrito montañoso-lacustre del Paine, para valorar su riqueza descriptiva:

Nos apuramos ansiosos de alcanzar la entrada al cañadón y avistar lo antes posible la tierra prometida, pero transcurrieron bastantes horas hasta que finalmente llegamos al punto más lejano y salimos de la penumbra a la luz del sol. Delante nuestro se extendía una pintoresca llanura cubierta de suave pasto verde y salpicada por aquí y por allá de grupos de hayas, atravesados en todas direcciones por murmurantes arroyos. El fondo estaba conformado por cerros boscosos, detrás de los cuales se encumbraba nuevamente la cordillera. Tres altos picos de tinte rojizo y de la misma forma que la aguja de Cleopatra, constituían un aspecto sobresaliente en el paisaje. Los arbustos de calafate eran aquí de un tamaño que nunca antes habíamos visto en las planicies y estaban cubiertos de frutos maduros, sobre los cuales gran número de pajaritos se deleitaban vorazmente. El aire parecía más suave y fragante que al que nos habíamos acostumbrado, y en lugar de los fuertes vientos que hasta ahora habíamos enfrentado, había una ligera brisa de apenas la suficiente fuerza como para temperar agradablemente el calor del sol. Por aquí y por allá los guanacos pastaban a la sombra de una extendida haya y por la forma indolente en que se alejaban al llegar nosotros, era fácil darse cuenta que ellos nunca habían sabido lo que era tener una docena de perros feroces y jinetes vociferantes en sus talones. Pronto todos nos apeamos alrededor de un enorme calafate y allí comimos hasta hartarnos de su dulce y jugoso fruto, llevándonos una provisión para comerlos después de la cena molido con azúcar, como postre. Luego cabalgamos contentos hacia los cerros pasando muchos rincones hermosos y disfrutando de una fascinante vista del paisaje doblemente encantador después de la fealdad de las pampas⁶².

⁶² A través de la Patagonia, págs. 167 y 168.

[...] Desde el espacio abierto donde estábamos parados ahora podíamos ver que un extenso lago yacía en la base de unos muy altos cerros detrás de los cuales se erguían las maravillosas y extraordinarias montañas que culminaban en los tres picos a los cuales estábamos deseosos de llegar. Como un cañadón parecía serpentear en esa dirección desde el nacimiento del lago, apuramos nuestro paso hacia este último, sacando provecho en ocasiones de los senderos de los caballos salvajes para hacer más expedito nuestro avance. Luego de una cansadora marcha de varias horas de duración atravesamos a los tropezones una última faja de bosque. A duras penas a través de una última ciénaga y luego de una corta cabalgata sobre un pastoso llano salpicado de arbustos que estaban literalmente azules con una gran profusión de frutos de calafate, nos encontramos en la costa de una espléndida extensión de agua. La vista bien valía la pena todo al esfuerzo. El lago que tenía dos o tres millas de extensión estaba rodeado por altas colinas cubiertas por espesa vegetación la cual crecía al borde del agua. Más allá de los cerros se erguían los tres picos rojos y la Cordillera. Sus blancos glaciares con las albas nubes descansando sobre ellos eran reflejados en una maravillosa perfección en el inmóvil lago, cuyas cristalinas aguas eran del más extraordinario azul brillante que yo hubiera jamás visto. Alrededor del lago se extendía una angosta faja de arena blanca y exactamente en el centro se levantaba una pequeña isla verde con un grupo de hayas en ella⁶³. Todos los colores -el blanco, el verde y el azul- eran tan brillantes y el panorama -los boscosos cerros, los glaciares elevándose hacia el azul de lo alto y sumergiéndose reflejados en el azul de más abajo- era tan único, la sensación de silencio y soledad que cubría todo era tan impactante, que por un largo rato estuvimos parados como hechizados, sin

⁶³ La Corporación Nacional Forestal que tiene la tuición del Parque Nacional "Torres del Paine", dio el nombre de Florence Dixie a este islote de la laguna Azul, acogiendo nuestra sugerencia.

*pronunciar palabra*⁶⁴.

Las profundas y gratísimas impresiones de aquel viaje memorable permanecerían indelebles por largo tiempo en el espíritu de *lady* Dixie. Muchos años después escribiría recordando aquellos momentos pasados en un territorio salvaje y remoto, en contacto con una soberbia naturaleza virgen e impoluta, regocijándose por haber sido la primera en conocerla como auténtica descubridora.

Bien ganada tiene pues esta singular mujer inglesa la extensa mención que hacemos sobre ella, por cuanto su aventura turística pionera y su consecuencia literaria forman parte de la historia magallánica.

⁶⁴ *Op. cit.*, págs. 201 y 202.

Colofón

Cuando en el presente se advierte la frecuencia y variedad de la presencia de la mujer en el quehacer cotidiano de los pueblos de Occidente, en campos tan diferentes como son los de las profesiones liberales, del empresariado económico, del magisterio en sus distintos niveles, del gobierno y la administración públicos, de las fuerzas armadas y las actividades religiosas, del arte, la ciencia y la cultura, del activismo político y social, de la asistencialidad y tantas expresiones de altruismo y filantropía, en fin, cuesta en verdad imaginar que este fenómeno presencial y protagónico es algo reciente y novedoso en la historia humana. Tanto lo es, que en una secuencia conocida de milenios, apenas un siglo o poco más conforman el historial de que se trata. Iniciado por las luchadoras pioneras, las sufragistas inglesas, y por las obreras manuales de diferentes nacionalidades hacia el cuarto final del siglo XIX, fue menester un sostenido esfuerzo, a veces con increíble tenacidad, de pacífico convencimiento del cuerpo social -de los varones esencialmente- para permitir la progresiva generación y ampliación de espacios para la incorporación de las mujeres, puertas afuera del *ghetto* doméstico se entiende. Determinantes fueron en sus correspondientes momentos los dos grandes conflictos bélicos europeos y mundiales, en tanto que al demandar la solidaridad popular y el esfuerzo colectivo -y por tanto la participación activa de las mujeres en el esfuerzo bélico y en la asistencia a los combatientes-, en las naciones involucradas en los mismos, ello implicó necesariamente un gran avance en el reconocimiento de los reclamos y demandas femeninos.

Así, desde la mitad del siglo XX, la historia social de Occidente, se reitera, fue constatando sin prisa, pero sin pausa, un adelanto cada vez más notorio del protagonismo de la mujer en el

sucedir cotidiano, hasta llegar a la realidad actual que nos es tan conocida, por familiar.

El caso de Chile, como nación abierta a los cambios exigidos por la modernidad, la materia en su evolución siguió históricamente una suerte de camino paralelo -pero con el obvio desfase temporal que implicó en su hora la aceptación de las tendencias sociales foráneas-, aquel prolongado y enaltecedor proceso de ruptura de tabúes ancestrales y de prejuicios, y la consiguiente liberación e igualdad femeninas en el seno del cuerpo social. De ahí que, también por conocido, no cabe abundar sobre el mismo.

La historia particular de Magallanes, que es la que se ha procurado esbozar en sus aspectos más notorios, en especial desde el establecimiento de la población colonizadora, si bien siguió un patrón de evolución semejante a los constatados para Chile y el mundo occidental, tuvo algunas características de peculiaridad. Ello pudo darse por el hecho de proceder la parte más calificada del contingente poblador venido desde Europa, que trajo consigo las ideas y aspiraciones sociales en boga en ese continente; y, porque el núcleo social magallánico basal, esto es, el de origen propiamente nacional estaba, así nos parece, menos influenciado por los prejuicios tradicionales heredados del espíritu hispánico, y, en cualquier caso, porque mostró ser un segmento permeable para la ideología europea socialmente más avanzada.

Así entonces, se pudo dar históricamente el surgiente protagonismo femenino en el acontecer regional que conforma, de manera indudable, un aspecto trascendente del suceder colectivo en el tiempo reciente. En la exposición se ha destacado el accionar femenino anónimo, pero llegado el caso de tener que ejemplarizar en situaciones de participación relevante, la referencia individualizadora ha sido necesaria. En esto, si en algunos casos la mención ha sido obligada, por única, en otros, lo reconocemos, ha debido ser necesariamente selectiva. De allí que esperamos una aceptación indulgente por la inevitable

subjetividad en tal proceder.

Pero lo que importa, quede bien entendido, es haber destacado la variedad y calidad de la participación femenina en nuestro acontecer de un siglo a esta parte, realizada con dignidad, eficiencia y eficacia en lo referido a su contribución al curso progresista del ambiente social meridional. Abundando, aspectos tales como la educación pública y en parte sustancial igualmente la privada, la asistencialidad filantrópica y altruista, expresiones específicas del artesanado y la pequeña empresa económica; el surgimiento y desarrollo de manifestaciones culturales, así como la realización de algunos estudios científicos relevantes como muestras protagónicas visibles, y, va de suyo, la ímproba tarea puertas adentro del hogar -fundamental en la vida de toda sociedad-, serían impensables sin la presencia y participación activa o pasiva de las mujeres. Esto las ha situado y sitúa en posición de legítimo merecimiento en la Historia de Magallanes.

Índice Onomástico

- Acción Católica, 113
 Acción Juvenil Católica Femenina, 113
 Adams de Gómez, Elena, 90n, 94
 Adelaida, reina, 19
 Águila, Ester, 103
 Aguilar de Hraste, Rebeca, 76
 Aguirre Cerda, Pedro, 67
 Alasevic de Rasmussen, Susana, 98
 Aldridge, Olive, 80, 112
 Allnutt, Anna (Véase Ann Brassey)
 Alquizar de Dublé, Julia, 88
 Anabalón Sanderson, Carlos, 69
 Ancic de Barrios, Elena, 94, 98
 Aragonés, Petronila, 103
 Araneda, Andrea, 114
 Archicofradía de María Auxiliadora, 112
 Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús, 112
 Arentsen de Barroso, Silvia, 95
 Aros, fray Miguel, 36
 Arratia de Lausic, Mabel, 115
 Asilo de Huérfanos, 65
 Asilo de la Infancia, 93
 Asis, Francisco de, 50
 Asociación de las Hijas de María, 112
 Asociación de Señoras
 de la Cruz Roja de Punta Arenas, 95
 Avendaño de Youssuff, Baudilia, 76
- Bahamonde, Edelmira, 40
 Bahamonde, María, 111
 Balmaceda, José Manuel, 61, 85
 Barassi de Kalazich, Olga, 76
 Barria de Téllez, Elena, 75
 Barria Vera, Felicia, 113
 Barrientos de Barrientos, Carlina, 77
 Barrientos de Césped, Mercedes, 77
 Barrientos de Kairis, Ludomila, 95
 Barrientos de Ovando, Adelaida, 105
 Bartels, Augusta, 35
 Beerbohm, Julius, 50, 131, 132n
 Behety de Menéndez, María, 89
 Benavides, Toribia, 98
- Beros de Martinic, Rosa, 105, 112
 Beros Pavisic, Josefina, 103
 Betelu, José María, 30
 Bianco, Marina S. de, 96
 Biedma, Andrés de, 24
 Bird, Junius, 118, 123, 124
 Bird, Margaret, 123, 124, 125
 Blakley, Roberto, 30
 Blaziña de Turina, Mila, 112
 Blest, Guillermo, 41, 57
 Bloom, Guillermo, 40
 Bloom de Hobbs, Sara, 90, 94
 Boat Memory, 19
 Bois de Chesne, Emilia, 94
 Bonacic de Ursic, Stanjka, 103
 Boré, Estrella G. de, 94
 Boric, Paulina, 113
 Bosco, Juan (San), 78
 Brandt, Teresa F. de, 89
 Brassey, lady Ann, 126, 127, 128, 130
 Brauckmann, Augusta, 94
 Braun, Ana, 56, 90
 Braun, Elias, 56, 57, 58, 59, 60, 110
 Braun, Fanny, 56
 Braun, Juan, 56
 Braun, Mauricio, 56, 61n, 62, 110
 Braun, Mayer, 56
 Braun, Oscar, 56, 62
 Braun Hamburger, Sara, 56, 58, 59, 61, 62, 63,
 64, 65, 66, 92, 110
 Braun y Nogueira, 59
 Bravo, Ema, 80
 Bridges, Thomas, 81
 Burbury, May de, 90n
 Burleigh, Leonard H., 82, 83
 Burleigh, Nellie, 82, 83
 Buvinic de Matic, Petronila, 112
 Buzolic, Lucrecia, de, 104
- Cabero de Viel, María Luisa, 38, 88
 Cáceres, Marta, 116
 Calderón, Cristina, 19, 122

- Calderón, Úrsula, 19, 20n, 122
 Calderón de Díaz, Valentina, 98
 Cambiazo, Miguel José, 32
 Campos de Grenade, Ana, 93
 Campos de Villamor, Emilia, 103
 Campos Torreblanca, Francisco, 110
 Canales de Yubero, Tena, 115
 Cañizares, sor Eloísa, 79
 Cárcamo de Johnston, Carmela, 76
 Cárdenas de Sepúlveda, Sara, 106, 107
 Carnicer, Ramón, 31
 Carrió, Eduardo, 97
 Caseaux de Pourget, María, 95
 Castro de Zelada, Laura, 76
 Cavendish, Thomas, 25
 Cejas, Uberlinda R. de, 103
 Cendalli, Elvira O. de, 103
 Centro de Amigas del Hospital Regional, 97
 Centro de Rehabilitación "Cruz del Sur", 98
 Céspedes, Ester, 99
 Chapman, Anne, 116, 121, 122
 Chávez, Betty, 115
 Ciscutti, Flora de, 90n
 Ciscutti, Irma, 90
 Cobos, Antonio de, 20
 Colegio Británico, 79, 80
 Coloane, Francisco, 64
 Colomé, Igna, 115
 Comité Billiken "Gregorio Iriarte Heredia", 96, 97
 Comité de Damas de la Cruz Roja Chilena, 94
 Conferencia de San Vicente de Paul, 94, 98
 Congregación de las Hermanas Verónicas, 93
 Congregación Salesiana, 78
 Contardi, Hebe, 114
 Contardi, Juan B., 41
 Correa, Ana B. de, 89
 Correa, Carmela, 89
 Crisóstomo, Ana de, 94
 Crisóstomo, Julia B. de, 89
 Crnosija de Boric, Natalia, 112
 Cruz Roja de Magallanes, 65, 94, 95
 Cuccuini, Victorio, 94
 Cuccuini, Virginia A. de, 95
 Cuccuini de Zanzi, Inès, 95
 Cuerpo de Asistencia Pública, 94
 Cuiña, Juan Antonio, 28

 Dabbene, sor Catalina, 86
 Damas de Caridad, 89
 Damas de Rojo, 97
 Darwin, Charles, 81
 David de Yaksic, Dionisia, 95
 Delgado de Díaz, Amelia, 76

 Detaille, María de, 90n
 Díaz, Anaisa, 41
 Díaz, Elsa, 115
 Díaz de Zurach, Isabel, 77
 Didolic de Bencur, Petronila, 112
 Dixie, Florence, 126, 131, 134n, 135
 Domic de Bahamonde, Anastasia, 105
 Drake, Francis, 21
 Drappeau, Adrián, 40
 Dublé Almeida, Diego, 127

 Elgueta, Venancia, 26, 27
 Empeiraire, Joseph, 116
 Escala, Erasmo, 30
 Escala, Manuel, 30
 Escala de Santelices, Violeta, 106
 Evans, Lucrecia Z. de, 89
 Ewing, Flora de, 90n

 Fagnano, José, 84, 85
 Favaro, sor Margarita, 79
 Felipe II, rey, 22
 Fenton, Thomas, 127
 Fernández, Valentin, 110
 Fernández de Fernández, Oliva, 105
 Fernández Echagüe, María, 97
 Fierro, Ismenia S. de, 89
 Figueroa, Juana de, 105
 Figueroa, Rogelio, 105
 Fitz Roy, Robert, 18, 19, 81
 Fletcher, señorita, 83
 Florio, sor Virginia, 86
 Foresti, Carlos, 69
 Fritis, Elena T., 89
 Fuegia Basket, 19
 Fugellie, Astrid, 115
 Fundación Humanitaria Cavirata, 98

 Gacitúa, Nicomedes, 35
 Gacitúa de Molina, Emilia, 30, 31
 Galetovic, Estefania, 103
 Gallardo, Emilia B. de, 103
 Gamalleri, fray Antonio, 34
 Gandarillas, Julia, 89
 Gandarillas de Campaña, Fidelia, 89, 90
 Garay Guerra, Julia, 80
 García, J., 103
 Gardiner, Allen Francis, 81
 Gazitúa Braun, Fanny, 64
 Giffen, Miss, 80
 Gil Torrens, Juana, 106
 Gligo, Ágata, 115
 Godoy Alcayaga, Lucila, 67, 69, 74, 77, 91

- Gómez de Descourvieres, Lily, 95
 Goudie, Zilly, 80, 114
 Guerrero Bascuñán, Mariano, 54
 Gusinde, Martín, 122
 Gutiérrez, Máximo, 110
 Gutiérrez Altamirano, Julián, 20
- Hamburger, Sofía, 56
 Harper, Margaret, 80
 Harvey, señorita, 83
 Hawkes, señora, 83
 Hemmings, señora, 83
 Hernández, Tomé, 25
 Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, 96
 Hraste, Zorka, 114
 Hrdalo, Leonor, 114
 Hugo Victor, 29
 Hyslop, John, 124
- Ihnen, Olivia H. de, 94
 India Maria, 18
 Instituto de las Hijas de
 María Auxiliadora, 76, 78, 79, 84
- Jara, Ramón Ángel, 89
 Jemmy Button, 19
 Jorge IV, rey, 19
 Jurgens, Juan D., 40
- Kiepja, Lola, 121
 King, Phillip Parker, 18
 Krzelj de Romanelli, Petronila, 99
- Ladrón de Guevara, Matilde, 72
 Lagos, Guillermina de, 103
 La Gota de Leche, 65, 90, 91, 94
 Laming-Empeaire, Annette, 116, 117, 119, 121
 Latorre, Marina, 115
 Legoupil, Dominique, 116, 119, 120, 121
 Leiva, Ignacia, 26, 27
 Liga de Damas Católicas, 65, 90, 93
 Liga de Estudiantes Pobres, 94
 Lillo, Eusebio, 31
 Livacic Peruzovic, Fanny, 113
 Llancalahuén, Juana, 28
 Loij, Ángela, 121
 López, Ema C. de, 90
 López, Leonor, 99
- Mac Kay de Fell, Peggy, 112
 Madsen, Andreas, 106
 Maldonado, Carmen, 95
 Mallich de López, Petronila, 76
- Mancilla Drpic, Alejandra, 115
 Mansilla, Ermelinda, 77
 Mansilla, Fructuosa, 40
 Mansilla, Rosario, 40
 Mardones, José de los Santos, 30, 31, 32
 Marmo, sor Arcángela, 78, 86
 Martic de Damianovic, Danka, 112
 Martínez Miguez de Fernández, Elena, 98
 Martinic de Scarpa, María, 112
 Marusic, Ángela, 104
 Marusic, Elisa, 116
 Masobrio, sor Rosa, 78
 Massanés, Natividad de, 103
 Matthews, Richard, 81
 Mayer, Magdalena, 103
 Mayorga de Descourvieres, Luisa, 76
 Menéndez, José, 110
 Menéndez de Braun, Josefina, 89, 90, 93
 Menéndez de Campos, María, 90, 93, 94, 110
 Meredith, Miss, 80
 Merrick, Andrew, 25
 Michetti, sor Filomena, 85
 Milostic, Juana, 99
 Mimica, Margarita, 104
 Miranda de Amarante, Rosa, 115
 Misión Arqueológica Francesa
 en Chile Austral, 121
 Mistral, Gabriela, 67, 69, 70, 71, 74, 91, 115
 Mladinic de Violic, Rita, 112
 Montecinos de Neira, Dolores, 105
 Montes de Solo de Zaldivar, Eugenia, 94
 Montes de Vásquez, Eugenia, 90n, 93
 Mora, Domitila, 99
 Morandé de Morandé, Luisa, 93
 Munizaga Ossandón, Julio, 69
 Munizaga Ossandón, Oscar, 96
 Muñoz, Ana, 40
 Muñoz, Teodosia, 103
 Murúa de Salsilli, Ada, 77
 Musac, Pablo, 104
 Musters, George Ch., 41n
 Mutschke Ross, Juana, 99
- Navarrete, Sara S. de, 80
 Navarro Avaria, Lautaro, 41
 Nicola, sor María, 78
 Nogueira, José, 58, 59, 60, 61
- Obilinovic, Rosita, 104
 O'Higgins, Bernardo, 89
 Orquesta Sinfónica de Magallanes, 115
 Ortega, Rosa, 116
 Osorio Peric, Ema, 99

Ostoic de Vrsalovic, Bonica, 105
 Ovalle de Aguirre, Cristina, 89
 Ovando de Mladinic, Ida, 105
 Oviedo, Pedro de, 20

Pacheco, Rosario, 40
 Pandolfini, Carmen S. de, 97
 Panicucci Bianchi, Nelda, 114
 Partido Femenino Regional, 113
 Partido Radical, 113
 Partido Socialista, 114
 Passadori, Sofia, 103
 Patagonian Missionary Society, 81
 Paton, Lilian de, 90n
 Peralta, Rosario, 59
 Pérez, José Joaquín, 37
 Perkins, Elena de, 89, 90
 Petersen de Wahlen, Kathe, 95
 Philippi, Bernardo, 33
 Pietrogrande, Isabel M. de, 89
 Pigeot, Nicole, 120
 Pinto, Domitila, 40
 Pontificia Universidad Católica de Chile, 116
 Prendes de Mulet, María, 90
 Préndez de Menéndez, Graciela, 90n, 94
 Proust de Daudet, Fanny, 77

Rada de Baeriswyl, Elena, 98
 Requena, María Asunción, 98, 115
 Rial de Camelio, Herminia, 95
 Ribera, Diego de la, 23
 Riobó, Damián, 35, 36
 Rivera, Justo de la, 28, 29
 Rivera, Victoriano, 40
 Rivero, Jesús, 110
 Robin, Louis, 116
 Rodet de Jaca, Adela, 90n
 Rodig, Laura, 69
 Rodríguez, Aurora, 110
 Roehrs, Johanna, 114
 Rogel, Sandra, 115
 Rojas, Aurora, 40
 Rojas, Hilda, 77
 Rojas, Lucrecia, 77
 Rothenburg, Enrique, 40
 Rubin Villa, Elvira, 76
 Rufino, sor Luisa, 78, 85, 86n

Sáenz de Urrutia, Luz, 90n
 Salaberry, Luis Héctor, 90
 Salles, Emilio, 66
 Sánchez, Aurora, 110
 Sánchez, Carmen, 103

Sánchez, Ramona de, 104
 Sánchez, sor Herminia, 86
 Sánchez de Fernández, María, 110
 Sanfuentes, Juan Luis, 67
 Santana de Álvarez, Humberta, 95
 Sarmiento de Gamboa, Pedro, 21, 22, 23, 24, 25
 Scarpa, Roque Esteban, 68
 Scarpa Martinic, Magdalena, 113
 Scarpa Martinic, María, 113
 Schidlowsky, Valerie, 120
 Schoon, Lucia, 103
 Schulz de Guerrero, Margarita, 77
 Schythe, Jorge, 35, 37
 Scott, Maruja, 115
 Scotti de Larravide, Magdalena, 94, 98
 Seller, Eugenia O. de, 103
 Sepúlveda Rivas, Ismael, 106
 Sharp, Mildred, 80
 Siegers, Matilde A. de, 90n, 94
 Silva, Benigna, 99
 Sociedad Anónima Estancias Sara Braun, 63
 Sociedad Anónima Ganadera y Comercial "Sara Braun", 63
 Sociedad de Damas "La Mujer Croata", 112
 Sociedad de Dolores de Beneficencia, 65, 89
 Sociedad de Instrucción Popular, 65, 94
 Sociedad de San Francisco de Sales, 78
 Sociedad de Socorros Mutuos "María Menéndez de Campos", 113
 Sociedad Femenina de Socorros Mutuos, 112
 Sociedad Femenina de Socorros Mutuos "Loreto", 112
 Solari, María Eugenia, 120
 Soto Corbett, Laura, 76
 Soto Corbett, Sara, 76
 South American Missionary Society, 81, 82
 Spears, John R., 51, 54, 55
 Stambuk, Patricia, 115
 Stefadouros de Icónomos, Athina, 98
 Stipicic, Josefina de, 112
 Stipicic de Ursic, Jerónima, 105
 Stolzmann, 103
 Stuart, Florence, 77
 Suárez de Doberti, Susana, 95
 Swart, Luis E., 69
 Swett, Blanca, 90

Tafarello, sor Antonieta, 86
 Tangacis, Polinesia, 95
 Tarrio, Magdalena, 104
 Tessier, Domingo, 116
 The Anglican Society of Punta Arenas, 79, 112
 The British Association of Magallanes, 79

- Timis, Italia M. de, 103
Triviño, Teresa, 76
- Uribe de Alarcón, Brisalia, 98
Urroz de Cofré, Teresa, 77
Ursic Bonacic de Alarcón, Olga, 95
- Valdés de Pisano, Herminia, 94
Valenzuela, Leoncio, 64
Valgimigli, sor Juana, 86
Vallese, sor Ángela, 78, 79
Vásquez, Lucía, 110
Velic, María, 116
Vera Pérez, Sylvia, 114
Vergara de Mac Lean, Ruth, 95
Vezzani, Paola, 114
Victoria, reina, 125, 130
Vidal Álvarez de Bravo, Lidia, 95, 99
Viel, Oscar, 37, 38, 39, 41, 75
Vigil, Constancio C., 97
Vishelavtsev, Alexei, 35
- Vladilo de Araneda, Maritza, 112
Vozelj, sor Andrina, 96
Vukasovic, Nicolás, 104
Vukasovic de Draksler, Desenska, 115
Vukovic, María Elena, 113, 115
- Wahlen, Augusto, 40
Watson, Manuela G. de, 89
Weisser Felmer de Castro, Nora, 105
Whaits, Robert, 83
Williams, John, 83
Williams, Juan, 27
Williams de Curtze, María, 90, 94
Williams de Manns, Claudina, 90
Wood, Carlos, 42n
- York Minster, 19
Yubero de Pérez, Mariné, 115
Yutronic Caracciolo, Mercedes, 99
- Zanzi de Matic, Inés, 95



Portada

Extracto dibujo de Theodor Ohlsen



*... sin ellas el acontecer vital
en el tiempo histórico
no habría sido como fue*